LA POESIA DE LA HISTORIA

Miscelánea

POR

A. ZAMBRANA

1907

San José de Costa Rica.

TIP. NACIONAL

LA MENTIRA POETICA

Conferencia del Dr. Antonio Zambrana

En la velada que en honor suyo celebró el Ateneo de la Habana, el 20 de abril de 1907.

Señoras y señores:

Con emoción indecible vengo, tras ausencia tan dura como larga, á ocupar esta tribuna, deslumbrante en el momento en que la ocupo por los resplandores del astro de primera magnitud que acaba de cegar nuestros ojos con la irradiación armoniosa de su verbo.

A responder á lo que Sanguily acaba de decir no es posible que alcance: á tanto no llega la palabra. La fraternal indulgencia con que me ha tratado se debe, sin duda, no sólo á unión larga en sufrimientos de esclavos y empeños de libertadores, sino, sobre todo, á nues-

tra común adoración férvida á esta nuestra Cuba, amada por bella, por triste, por heróica,—por Niobe de la América,—por grandeza singular histórica--por su martirio largo y por su redención ensangrentada.

Pasemos, ahora, si os place, al tema de la conversación literaria que os tengo prometida.

La Grecia, antes de ser el hermoso pensil de la fantasía, que tanto admiramos en la historia, fué como la selva virgen de la imaginación, cuando, como ya lo ha pintado un poeta ilustre, parecía adelantarse en el azul movible del Mediterráneo, temblorosa de impaciencia aguardando el beso de la civilización, á la manera de la doncella tímida, pero curiosa, que aguarda la primer visita íntima del esposo. En vez de lo que podría llamarse el rosal florido, la camelia llena de majestad, la dalia opulenta, la violeta de perfume sutil y penetrante, había entonces en ella algo como la vegetación desordenada y pasmosa de un bosque de ficciones: el dominio imperial de la dulce mentira poética, invención feliz de una divinidad propicia para atenuar las realidades horribles y grotescas de la vida.

Así,--todo á sus ojos se magnificaba: no es un fenómeno físico lo que hace que se rompa con la luz el velo de la noche: es la divina Aurora, que precede el carro refulgente en que Apolo mismo excita la cuádriga radiante; no es el reflejo del sonido en un obstáculo que encuentra en su marcha lo que hace que se repita una ó varias veces: es la bella ninfa Eco, loca de amor, que corre entre la selva; no es la salvaje armonía de agua que se precipita entre rocas lo que precede y anuncia la sirte peligro-

sa: es el canto de las sirenas crueles, ansiosas de atraer para su pérdida al navegante incauto; no es la sonrisa de una mujer encantadora la que enciende en el pecho la fiebre tormentosa del amor: es la flecha de rapaz donoso, hijo de Venus, que se entretiene en arrojarnos su saeta. ¿Oís cómo silva el viento entre las ramas? son las ninfas que juegan. ¿Veis cómo se estremece y se hincha el mar que el aire llena? es Neptuno que pasa,—y así, casi sin límites,—sin más límites que los del orbe conocido, la flora de mentiras hechiceras con que la imaginación de aquel pueblo genial cubre y perfuma todas las asperezas de la vida.

En este edén de la ficción, Apolo, la divinidad del día, es también la de los artistas, y así, propiamente, de la misma alejaba, sale la flecha de luz que atraviesa y aniquila la sombra de la noche y la que rompe los velos con que la vida material envuelve nuestro pensamiento, y lo aguija y lo acosa hasta hacerlo volar,—mariposa atraída por la llama de lo sublime,—en busca de las regiones que sólo la fantasía mira sin vértigo, en que la estrella de lo ideal espande el resplandor de su misterio: el arte y la luz tienen así la misma fuente, el mismo origen en lo alto, como tienen en la vida la misma misión, el mismo empeño; hacernos mirar hacia arriba, apartarnos de lo oscuro y de lo mezquino, hacernos sentir aquellas alas de que hablaba Platón, con las que subimos sin estorbo á las regiones de la belleza incorruptible.

Sentía aquel pueblo la adoración de la forma, la religión de la belleza: su poesía no fué, como suele ser la nuestra, menguado artificio,

en que se finge una vida distinta de la real, y en que la música de la expresión depende casi por entero de una canturría, á veces pueril ó fastidiosa: la poesía griega copiaba la vida como espejo maravilloso; pero con selección tan atinada, con interpretación tan exquisita, con simbolismo tan admirable, que batallen sus héroes ó siéntense á las delicias del festín, esgriman la lanza, ó disputen sobre la posesión de la cautiva, que dos guerreros, pastores de pueblos, como los llama el viejo poeta, apetecen, quedamos, aun asistiendo de tan larga distancia al espectáculo, absortos y deslumbrados, como si presenciáramos que se realizase cuento de magia ó prodigio de hechicería; y advertid que entonces, ruda y sencilla la existencia, no estaba adornada con los embelecos que ahora nos fascinan, y ni el traje era máquina complicada, ni el tocado una ciencia difíail, ni los utensilios del hogar formaban como confuso laberinto. Cuando nos entramos por las páginas de Homero, como por entre altos y corpulentos árboles de encantada selva ¡qué espectáculo, sin embargo! tal como si estuviéramos en otro planeta. Y aquella lengua, es decir, aquella forma de poesía, apenas en nuestra ignorancia entrevista, así como si se descubriera un metal nuevo ó una nueva piedra preciosa. Y el ritmo, el secreto de la armonía del verso, música verdadera, no de rimas baladíes, sino de acentos admirables, que dan al lenguaje, no apariencia de juguete de niño, sino estructura tal, que la idea marcha en él lenta y severa, ó salta y danza en arrebatados giros, apenas disimulada, apenas vestida, mostrando las curvas de su forma íntima, á la ma-

nera que en los opulentos mármoles que en ruinas poseemos, sin pudor mentido, desnudos los pechos palpitantes, como dice Núñez de Arce, sin disfraz el torso robusto, sin cubierta que turbe el espectáculo de la egregia visión, luce la Venus que los griegos soñaron, ó el Apolo altivo, ó el Hércules magnífico,! sacramentos de lo ideal, cristalización excelsa, como por genio de dioses realizada, de las ideas de la fuerza, la inspiración, la belleza, femenina: condensación magistral é insuperable en que la fantasía griega luce el poder con que penetra hasta el fondo de los abismos recónditos de la Naturaleza, y saca afuera, en mitos singulares, lo que se esconde en las entrañas del misterio que tiende á nuestro rededor sus velos, como telas de araña, en que nuestra perenne curiosidad se agita y nuestro ansioso pensamiento se atormenta.

Bien sé que hay un reparo que oponer al entusiasmo que en pro del arte manifiesto. En Grecia como en Roma, en la Corte de Lorenzo el *magnífico* como en la del brillante Luis XIV, el arte ha sido á veces especie de mercenario indigno, que pasaba con facilidad del delirio Apolíneo al Báquico delirio, que puesto de hinojos para implorar la inspiración del numen, permanecía humillado para desempeñar las funciones de vil cortesanía, y el olvido de los intereses vulgares de su fiebre sublime ha solido confundirse con el olvido de los intereses más altos y de los deberes más sagrados. No es por cierto ese arte el que pondero, y en cuya pró me exalto: rindo homenaje al arte que es elevación de todo el pensamiento, al que ennoblece la vida, al que purifica

el deseo, al que agranda la visión de la realidad, y pone en contraste con ella el fantasma sublime de las aspiraciones ideales, haciendo amar lo que es de veras bello en nuestra vida, que es lo que en ella hay de grande, verdadero y fecundo. En aquel arte en la contemplación del cual, que era luz de su tiempo, se educaban los héroes griegos, para morir por el deber y para beber la cicuta por la verdad el docto Sócrates, el que hacía sonar como clarín formidable el acento de Demóstenes contra el tirano Macedonio, el que inspiró la tragedia de "Los Persas," el arte alzado y bello que dictaba sus versos á las indignaciones de Juvenal: tremendo como el arcángel que hablaba á veces junto al oído de los profetas de Israel, jamás abyecto cortesano ni tampoco ministro de la orgía.

Si se estudia con detenimiento la urdimbre de los mitos que los griegos soñaron, á cada paso en el estudio, es más intensa la delicia. ¡ Qué invención tan ingeniosa y armónica la de aquella fábula sutil ! ¿ A quién no hechiza la leyenda de aquellos montes, el Parnaso, el Helicón, el Pindo, en que el laurel, el enebro y el mirto consagran su belleza y su frescura para alivio y adorno de la fiebre del arte, y corre la fuente Castalia sosegada, para ofrecerle la inspiración que sus ondas encierran ? Envueltos en los pliegues del *peplum*, hiriendo con el *plectro* las cuerdas de la lira, los dioses mismos se extasían, cautivos del hechizo que el arte seberano impone aun á los seres inmortales, y ya se narran, con magnífico acento, las hazañas de Hércules, ya se celebran las nupcias del sueño con una de las Gracias,

ya se recuerda la aventura de Psiquis,—símbolo del alma, que amada por el amor mismo, y advertida por él de que el misterio y la sombra son indispensables para que no se turbe su ventura, cede á la curiosidad que la atormenta, quiere contemplar la belleza de su ídolo, enciende cautelosa una bujía, y absorta en el embeleso que haber penetrado el misterio le produce, comete una imprudencia que hace que despierte el amor, y huya y se desvanezca, dejándola aterrada y viuda. ¡Símbolo eximio de esta vida nuestra, en que el placer se sueña más que se goza, y en que leve, mínimo contacto con la realidad, basta para que los delirios se evaporen y se desvanezcan los ensueños!

No caben en mi plática modesta todas las bellezas de aquel tesoro, ni es mi intento menguarlas diciéndolas torpemente de prisa, fuera de las condiciones, en fin, para que luzcan su primor y lozanía. Levanto sólo una punta del velo que las cubre, que más no cabe en mi palabra,—las evoco en vuestro recuerdo, las señalo en vuestra atención, seguro de que con eso se abren horizontes espléndidos y surgen fantasmas de singular belleza y donosura en la mente de cuantos me otorgan en estos momentos la merced de su atención. Bien está decir que la vida no vale sino por su prosa corriente, por su vegetación oscura, por los intereses materiales que la alimentan y vigorizan: después de todo, lo que eso quiere decir es que no vale sino por los goces que produce,—y no hay manjar terreno ni vena de las viñas que compararse puedan al néctar delicado y á la ambrosía exquisita símbolos del arte y alimento

de los dioses del Olimpo en la fábula griega,— que supla ó se asimile al hechizo bien real, á la caricia de la sensibilidad, al goce en lo hondo sentido con que el arte nos inunda, haciéndonos olvidar nuestras congojas de la vida común, transformando en sublimes ansias nuestros tedios, consolando nuestras tristezas, dando á la vegetación de la vida nuevo precio, abriendo á la mirada del pensamiento, nuevos horizontes, los únicos que le son del todo gratos, y que alivian su angustia cuando golpea con el ala impaciente y dolorida la barrera del misterio,— tras la cual se esconde la solución de que no podemos prescindir sin que la vida parezca mentira triste ó enigma tormentoso.

Los griegos vieron en torno suyo fenómenos que no eran resultado de su actividad, de sus agencias, y que á las veces iban en contra de sus deseos: los supusieron, por lo mismo, la obra de una actividad extraña: los vieron múltiples, y no con poca frecuencia contradiciéndose los unos á los otros, é imaginaron con semblante de lógica divinidades varias, independientes, en cierto modo, entre sí; observaron fatalidades misteriosas, que iban, en ocasiones, contra el curso ordinario de esas voluntades superiores, y surgieron en su mente los mitos del ciego azar y del implacable destino, del cual, no sólo los hombres, sino los dioses, son en su fábula verdaderos juguetes. Más tarde llegarán con Sócrates y Platón á la concepción del Dios único, y del Verbo, que con el hombre lo comunica; la ciencia experimental, escasa entonces, no alcanzaba á ver la fijeza, á veces terrible, á veces despiadada, siempre indiferente á nuestras cuitas, con que las esta-

ciones ruedan y las lluvias caen y los aires se alborotan ó se amansan, y los sembrados florecen ó se abrasan, y como por el encuentro y choque de esas mismas leyes, que parecen ocasionar indiferentes, quizás por nuestra miopía, lo mismo el goce que la pena para los míseros humanos, ya la tibia y perfumada primavera parece alegrar para siempre los campos, abriendo y pintando los pétalos de la flor, derramando el perfume de su aliento en su crespo seno, hinchando la próvida simiente, dando verde á las hojas, anunciando el dulce fruto, desplegando en los aires y las aguas, en el cielo y la tierra, virginal hermosura, cuando como por torvo ceño, como por hálitó emponzoñado de una divinidad maléfica, viento de muerte arranca la rama; esparce y barre las purpúreas flores, caldea y hace silbar el aire arrebatado, marchita antes de que se redondee la dorada poma, contrasta con el hielo de la muerte la refulgente vida,—y el hombre, loco de angustia y sobresaltado, cae de hinojos en el polvo, y levanta templos, y fabrica altares, y pide, humillado por su dolor, con la fantasía y el sentimiento de su debilidad y de su miedo, la piedad de Ceres para sus campos, la piedad de Neptuno para sus mares, la de Júpiter para sus tempestades, la de Diana para sus cacerías, y ve detrás de cada sonrisa, ó cada aparente arrebato de ira de la Naturaleza, una deidad misteriosa, antes de que aleccionado por su perenne desventura, aguijoneado y engrandecido por su inmensa desdicha, haga penetrar el escalpelo y coloque el crisol del análisis en el seno mismo de la fatalidad que lo envuelve, sujete bajo la garra del puente el furor de las aguas, mida

con su compás la órbita de los astros, y los tome para pesarlos en el hueco de su mano, encienda con la electricidad un nuevo sol en el espacio, suprima con el telégrafo las distancias, con la imprenta el tiempo, con nueva luz el espesor de la materia, y mientras se prepara á desvanecer otros misterios, á cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien y á vencer, acaso, todas las asechanzas de la muerte, vuelve la vista á los albores de la infancia, y no puede soñar otra más bella que aquella que los mitos griegos hechizaron y en la que, sobre las driadas y las náyades y las nifas esbeltas, se alzaba la vista para contemplar á las divinas musas tendiendo el horizonte de lo ideal á la vista de la vida para consuelo de su angus tia y para alivio de sus inexorables dolores. .

Vivimos, por lo común, en vaivén miserable entre el apetito y el tedio; apetecemos con ansia ardiente, que llega á ser una angustia, y que es siempre cuando menos una desazón, y cuando logramos lo apetecido, le volvemos la espalda con desdén, para sin darnos punto de reposo, aquejados por insufrible vacío, correr tras de un nuevo engaño. De esa servidumbre miserable, de ese vagar anhelante del apetito al fastidio y del fastidio al nuevo deseo, tan vacío de realidad como el primero, sólo se escapa por dos puertas: la santidad y el arte. La santidad es el aniquilamiento de nuestra voluntad individual en lo que tiene de concupiscente y egoista para subordinarla á lo que puede ser para algunos la voluntad conocida de un Dios vivo, aquella ley que según San Pablo está escrita no en tablas de piedra, sino en las del corazón humano, según otros, que miran como

impersonal á lo divino, á las grandes leyes de la Sociabilidad humana ý del respeto á la dignidad de la propia naturaleza racional: de aquí la vida ascética ó noblemente empleada, sin frívolos apetitos ni vulgares tedios, y que no es raro que hagan terminar el heroismo y el martirio. El arte es también una emancipación. El artista,—y se puede llegar á serlo, sin producir la belleza, sabiendo gustar de ella; el artista, decía, se distingue del hombre vulgar en que al contemplar la Naturaleza, la mira con desinterés completo, sin ansia de reducirla á ser el instrumento ó el pasto de sus apetitos: la Naturaleza es para él un espectáculo en la contemplación del cual se absorve, y que le proporciona emociones inefables de un orden excelso: por eso, y sólo bajo esa condición, puede penetrar sus arcanos y alcanzar el privilegio de interpretarla. Mira el mundo y la vida como espectador imparcial, no como histrión ansioso de representar un papel en la farsa, y de tal manera se sumerge á veces en la delicia y el estudio de su observación ansiosa, que está como distraído, sin atender á lo que le dicen los que andan muy interesados en el trafago de la vida vulgar, sin notar siquiera, acaso, lo que á ellos más los preocupa, y sin cumplir con frecuencia las formalidades ordinarias por ellos establecidas. Pasa por demente, dice Platón, porque ama las cumbres, y desprecia los valles que en la vida vulgar se apacienta; pero este delirio que lo tiene dementado es harto superior á la sabiduría prudente que al vulgo de los hombres enamora. Sólo por él se goza la belleza recóndita, invisible para vulgares ojos, que está en el fondo de la vida. Ella es la que

cuentan las mentiras del arte contradiciendo la verdad aparente que está en la superficie. Las locuras del hidalgo manchego, el socarrón buen sentido de Sancho, las visiones de Dante, que trasladan al cosmos de la fantasía los dolores y las delicias de la realidad, sublimándolas,—la angustia de Hamlet, que al tener que despreciar á su madre, mira la vida con ojos espantados, las maldiciones sublimes de la sátira, las emociones épicas y dramáticas, aun las canciones y las serenatas del lirismo sexual,—forman una grandiosa interpretación de la vida, que es el mejor reposo de la que nos rodea y nos atormenta con su realidad miserable y antipática. Ello es como un refugio, como un asilo, como un mundo en que podemos descansar, de aquel en que vivimos y en el que andamos agobiados bajo el peso de las angustias cotidianas. Un mundo en que las ideas cantan como los pájaros, ó se abren como flores fragantes que buscan el calor y la luz del cielo. No hay elocuencia comparable á la de los grandes poetas, ni hay verdad comparable á la que se encierra en el fondo de sus farsas, en la esencia de ese tejido de mentiras que encierran la sustancia de la vida,—tal como puede gustarla el pensamiento capaz de comprenderla. Sólo un historiador como Tucídides ó un orador como Demóstenes pueden compararse, por su intensidad de expresión, con los poetas soberanos que han repetido el portento de la creación en el cuadro que forman juntos sus creaciones prodigiosas. La historia, en efecto, y la elocuencia son artes bellas que hacen á su manera con las mentiras de la imaginación, el mismo milagro que las otras, y el resultado

final de sus empeños es unir á los hombres, mostrándoles su común miseria, y su común anhelo de ideal en este buque que hace agua de la existencia cotidiana. Lo que se desprende de las grandes obras de arte y flota como atmósfera de sus prodigios es, al mismo tiempo que la queja del dolor de la vida, á través de sus ilusiones,—que la música dice también, mejor acaso que las otras, sin palabras,—es el acercamiento fraternal, que es el mejor consuelo para todas nuestras agonías,—el crecimiento del amor humano, que arranca á todo dolor su ponzoña, á todo acibar su amargura, á todo quebranto su fatiga, que levanta la luz de la mañana en la noche del odio, que hace que se arrodille la soberbia, que cura las iras, que es la religión definitiva, la ciencia suprema, que trueca en fuego sacro los ardores de la concupiscencia, que es la panacea y el alborozo del mundo, faro radiante sobre las tempestades de la vida, amor cuyas alas tiemblan en estos momentos sobre nuestras cabezas, mientras llama mi humilde palabra á vuestro pecho; la fraternidad santa, que al unir la desdicha con el amparo, el dolor con el alivio, la piedad con la desesperación, une para el creyente la Tierra con el Cielo,—y es para el escéptico la única estrella de lo ideal que pasa por el horizonte de la vida común rompiendo su tiniebla.

Para este pueblo, que tanto amamos todos, no me infunde envidia el espectáculo de la fuerza formidable ni el de la opulencia brilladora, ni aun el de la ciencia egregia; con vida sencilla puede ser, por entero, dichoso; colocado al abrigo del trópico, que hace de su tierra pensil y granero á la vez, que lo perfuma

con sus álitos, lo alegra con sus flores, lo sustenta con sus frutos y lo entusiasma é idealiza con claros horizontes en que la hermosura de los astros en todo su magno hechizo resplandece, de noble historia, de viril carácter, de corazón tan bondadoso como noble,—bien pueden sus poetas, que sus turpiales envidian, cantar á su oído el evangelio de la fraternidad hermosa, que al colmo de la ventura lo llevara, si en ella inspirase los actos todos de su vida.

Mientras el sello del egoísmo los sombrea, —la inteligencia alta, el sagaz ingenio, aun el honor pulcro, no logran despertar sino simpatía fugaz en quien despacio los contempla. Sólo el pensamiento que se derrama en luz para los otros; sólo la mansedumbre obstinada en romper cadenas, en curar dolores, en levantar á los caídos, se alzan ante el respeto y la ternura de los hombres en pedestales que ninguna mala pasión hace temblar. Requieran nuestros poetas la lira de oro, y dando la espalda al llamamiento de la Venus vagabunda, entonen los himnos de la concordia, la canción sobria del carbón y del hierro,—el poema de la dulce paz que acabe con la tristeza de la patria. Como llama las gallinas á sus polluelos, para que se guarezcan bajo sus alas, si teme que algún peligro los amenace, llamad,— ¡oh bardos!—á los que sufren, á los que el frío del aislamiento hace tiritar, á los que se esconden en el rincón oscuro para conversar con su pena, ó con su remordimiento, llamadlos al festín de vuestra musa. Al festín de la palabra alada, de la palabra de oro, de la palabra que fulge en las tinieblas, de la que cae para refrescar, como el rocío, de la que cae después

de volar y de recibir la fecundidad de las alturas, de la que se trasforma al caer en lluvia de simientes para la cosecha de las ideas generosas, de los sentimientos elevados. Decid las dulces mentiras del arte á los que lloran las realidades de la vida.

Porque, insisto en ello, se llama mentira á la verdad que no se ve, que el entendimiento vulgar no sospecha y que la mirada del artista saca de lo profundo. ¿Qué ves tu, hombre vulgar, en ese árbol cerca del cual pasas con entera indiferencia? Nada, si no te es dado convertirlo en dinero. El poeta, sin embargo, se ha detenido, templa la lira. Oye, pues, y recoge la enseñanza. ¡Oh árbol!—dice—primer testigo de la vida humana dignificada; con tus entrañas se hizo la primer casa sólida en la que la civilización comenzó su tarea, con tus ramas y tus verdes hojas el primer agreste altar, en que el hombre empezó á levantar su pensamiento á lo infinito; en tí se grabaron las primeras palabras que el hombre comenzó á escribir sobre la tierra; sobre tu tronco hendido cruzó el primer nauta que puso por peldaño de su ambición y su curiosidad la cresta altiva del mar alborotado; tú, aguzado primero, y luego endurecido por el fuego, diste su primer arma al débil contra el fuerte; y cuando todo pasa, cuando los alborozos y las tristezas de la vida se apagan en la muerte,—entre tablas de tu seno salidas, sobre tabla de tu seno labrada, dormimos el sueño reparador de todas las congojas; y entramos en el universo de la nada ó en el universo de lo ideal: oceanos igualmente inmensos que se confunden en un punto.

Formas varias, criterios distintos del arte:

comprenderéis, sin duda, que no busque en esas regiones de las ideas el material de mi discurso. A mi modo de ver el arte bello es la interpretación ideal de la vida, cristalización análoga á la del diamante: el resplandor aprisionado por el carbono; el carbono transfigurado por el resplandor. Un idealista como Murillo y un realista como Velázquez, geniales ambos, resuelven el problema, sin discutirlo, en obras imperecederas, que de igual modo aprisionan la admiración y el embeleso. No creo que haya uno solo de mis oyentes que no se dé cuenta de lo que llamo en términos generales, la mentira poética y del sentido en que afirmo que esa mentira es una de las más grandes y nobles verdades de la vida.

Y no quiero continuar desenvolviendo ideas que en mi concepto lo han sido lo bastante,—porque—he de ser franco, deseo, al encomiar el arte, mover el ánimo de nuestros hombres de letras hacia más amoroso estudio de lo antiguo, superior á mi ver á lo moderno con excelencia indiscutible, y me contentaré para finalizar esta conversación, con recordaros al Prometeo mitológico,—que el teatro de Esquilo evoca, permanente, no superado símbolo del genio; de Prometeo, que castigado por Júpiter por haher robado, para que lo aprovechasen los hombres, el fuego del cielo, es sometido á tormento perdurable, atado con férrea cadena sobre una montaña del Cáucaso, mientras hambrientos buitres devoran sus entrañas, que renacen sin cesar, para que el tormento no se agote, emblema del trágico destino que toca por lo común al genio, sujeto á la roca de las preocupaciones, mientras lo insulta la calumnia,

mientras la envidia lo muerde sin cansancio;— y emblema hasta cierto punto de toda la humana existencia, atada á la roca de su impotencia, mientras la devoran sus deseos, y sin otro alivio que el que así como en la tragedia del sublime poeta traen al torturado las ninfas del mar con su canto de piedad y de consuelo, —sin otro alivio que el que las artes con su canto egregio dan á nuestra pena, haciéndonos soñar en ilusión incomparable, que hemos abandonado la dura cárcel de la realidad y dejando tras de nuestro paso la barrera de lo sublime, de lo ideal y de lo eterno.

V

DISCURSO *

Señor Presidente de la República,
Señoras y señores:

Tomo parte con entusiasmo en este acto por el que se levanta en Costa Rica un hogar para las letras y las artes, un punto de reunión para los entusiasmos por lo bello y lo sublime. Lejos de ser de los que piensan que sólo la vida material importa, abrigo la convicción de que si vejetamos como plantas que chupan el jugo de la tierra y sobre ella pacemos, podemos aspirar, al menos á no ser inferiores á las plantas que con sus colores la visten y la perfuman con sus álitos y á las aves canoras que con sus trinos la pueblan de armonías. Vengan las ideas á zumbar aquí en laboriosos enjambres. Vengan las calandrias y los ruiseñores del arte con sus arpegios y sus rimas. Vengan las mujeres hermosas á esparcir los

* En la inauguración del Ateneo de Costa Rica.

efluvios de su belleza cuasi celeste, inspiradora y estaciante. Abandonemos por unas horas, de tiempo en tiempo, los afanes y los contentos de la vida vulgar, la prosa del viaje entre el apetito y el tedio; alcemos la vista á los altares en que se levantan puras, nobles, melodiosas ideas, objetos de casto amor y de sublimes ansias: lo bello llena de soles el pensamiento, esparce en él la fragancia de invisibles pebeteros, le hace crecer las alas, le abre nuevos horizontes en la vida: lo bello, moral ó material, es la única revelación que de veras recibimos de lo que debe estar más allá de las fronteras de nuestra vida, más allá de aquellas playas en que se rompen en leves espumas nuestras ansiedades férvidas, nuestra angustiosa aspiración hacia algo que la prosa común no oscurezca con su sombra: lo bello es el reflejo del cielo azul de nuestros ideales sobre la negra realidad de nuestra angustia.

Hace ya tiempo: no había llegado á su mitad la brillante centuria que acaba de extinguirse, cuando comenzó cierto trabajo de zapa contra todas las obras del pensamiento humano que no tuvieran un carácter marcadamente positivo. No satisfechos los demoledores á que me refiero con mirar como juegos infantiles para la humanidad los credos y los entusiasmos religiosos, que intentan un puente imposible entre lo finito y lo infinito, entre lo conocido y lo que parace imposible conocer, querían arrancar del pensamiento todas las flores de lo ideal, encerrándolo en aquellas labores que sólo á la vida material se refieren, como las únicas productoras de ventura, tachando de estériles sus empresas de otro género: bien pudo contestar-

se á esos mutiladores de la inteligencia, que ciertos trabajos mirados, por siglos, como de pura especulación intelectual, de los matemáticos griegos, han tenido cumplidas aplicaciones en la obra eficacísima de la artillería moderna, con que la suerte de los imperios se decide; pero también puede observárseles que si la cacería del goce no es negada por ellos como característica de nuestra naturaleza,—lo que tachan de especulativo en la labor política,—por ejemplo,—es lo que ampara en definitiva el campo del cultivador, la fábrica del obrero y la factoría del comerciante, lo mismo que el sueño del místico, el taller del artista, el vuelo de la inteligencia del pensador osado; y que si el goce es nuestro anhelo, no lo hay más exquisito que el que las artes proporcionan: la vida ennoblecida, la suerte humana dignificada, el placer trasfigurado, la inteligencia con las alas abiertas, la sacra llama de la fantasía ascendiendo refulgente á los cielos, el habla como celeste de las musas ahuyentado de nuestra atmósfera el rugido de las pasiones feroces y voraces,—he ahí lo que desdeñan: que el hombre era bestia de las selvas cuando fué traído á vida serena y limpia por el influjo de las bellas artes; del arte, que, como delicada abeja, zumba en torno de nuestro pensamiento, haciéndonos gustar, á través de las congojas de la realidad, la miel del ensueño; que como dorada mariposa vuela con alas de púrpura sobre las espinas de la existencia cotidiana; que como rayo de luz pasa por el mundo de oscuridad y lodo de la vida vulgar,—dejando en ella estela resplandeciente y aromosa; conduciendo á su Dios á los que abrigan la ilusión

de conocerlo,—y bastando para los que no lo intentan, como revelación de lo infinito, como vislumbre de lo eterno,—como sombra de lo ideal sobre la vida.

Veinte siglos há que se deshizo en polvo, que se disipó en humo, aquella cultura helénica tan famosa, que en pedezos de piedra de sus templos en el Museo Británico conservados, en la Venus de Milo aquí, en el Apolo del Belvedere allá, en páginas de una literatura, que al pasar por el cauce de otros idiomas apenas guarda el nativo perfume, queda sólo en pálido recuerdo, en fosforescencia errática, en eco mortecino de apenas inteligible melodía;—y, sin embargo, ¿qué devoto de lo ideal, qué enamorado de la belleza, al oir sonar el nombre de la Grecia, no siente vibrar su pensamiento á la manera de una lira cuyas cuerdas sacude la mano de una musa? Allá están,—allá están,—allá en la lejanía nos parece contemplarlas,—las blancas estatuas; allá los circenses juegos atravesados por el canto de Píndaro, coronados por un laurel que nunca se marchita; creemos asistir á su teatro: oir el lamento de Prometeo, el silbo de las Euménides, el ronco acento del furor de Medea, el grito de dolor de Edipo, el grito de venganza de Orestes, el clamor de los siete delante de Tebas;—ó aquella carcajada de Aristófanes, semejante á la risa de los inmortales con que hace temblar el viejo Homero los palacios cristalinos del Empíreo; contemplamos como se arremolina la plebe entusiasmada, al caer sobre ella, como lluvia de oro, la palabra de Pericles; al pasar sobre ella, como soplo de tempestad, el acento de Demóstenes;—vemos aquellas islas, jardi-

nes flotantes de flores y de ideas,—y la bandada de trirremes emprendiendo la teoría al inspirado Delfos; y en medio de singular legión de sabios, de artistas, de guerreros, de legisladores, de filósofos, altos como gigantes, como cumbres alzadas sobre grandes montañas,—miramos á Platón y Aristóteles enseñando, no á la Grecia sino al género humano, no para su tiempo, sino de una vez, el camino de la observación científica y el de la contemplación artística: lo real sin misterio y lo ideal sin nubes,—la doble senda, el doble derrotero que conduce en la epopeya de la humana historia á las grandes cimas, colmadas de claridad celeste, de la verdad, la bondad y la belleza,—que son los tres nombres del Dios eterno y vivo que la naturaleza revela con revelación directa y clara, sin sombras y por lo mismo sin necesidad de sutiles interpretaciones,—en el diálogo entre la creación y la conciencia, que ha sonado en las cúspides más altas de la vida, durante la existencia planetaria.

Cuando, después de la noche de la barbarie, Florencia empezó á despertar en la memoria del mundo el griego que había olvidado, según la frase de Renán: cuando resucitó en Italia el gusto antiguo; cuando se evocó en ella, con magia irresistible, el sentimiento de lo bello; cuando el arte imperó de nuevo, cuando, en conjunción maravillosa, Italia tuvo lo grandioso en el Bramante, por encima de lo grandioso tuvo lo sublime en Miguel Angel, por encima de lo sublime tuvo lo ideal en Rafael; cuando escultores, pintores, grabadores, cinceladores, arquitectos, formaban como una legión, que con sus pinceles, con sus buriles,

sus escoplos, sus martillos, parecían dispuestos á forjar de nuevo la tierra, amasando entre sus fuertes dedos el hierro y el mármol de sus entrañas durísimas, fundiendo los metales al calor de sus inspiraciones, poniendo en ellos y en las piedras, con reflejo perenne, el resplandor de sus ideas; cuando Buonaroti lanzaba, sobre las bóvedas de la Sixtina, aquel poema de la pintura, resumen inmortal de las más grandes concepciones religiosas; cuando Sancio imprimía en la mirada de sus madonnas el secreto de lo infinito, la intimidad con el misterio; cuando Benvenuto realizaba en un botón de chapa ó en el borde de una ánfora el ensueño de su musa; cuando Petrarca en sus sonetos peregrinos, canciones de ángel enamorado, Tasso en las estrofas broncíneas de su Jerusalén, Ariosto en sus delirios caballerescos de incomparable melodía, Dante encerrando en lengua singular, chispeante y armoniosa á la vez, candente y musical, toda la metafísica del catolicismo y toda su mitología, haciendo sonar la flauta cristalina del amor humano, lo mismo entre las llamas del infierno que entre los arrobamientos del cielo, y convirtiéndolo en el sarafín más hermoso de todos los de la leyenda;—en aquellas cadencias, en aquellos ritmos, en aquellas orgías de estética, en aquellas medallas, en aquellos bustos, en aquellas liras: ¿sabéis lo que se encerraba? ¿notáis lo que se inspiraba allí? pues, primero vendrán Vico y Maquiavelo, y después Campanella, Giordano Bruno y Galileo, hasta que, más tarde, detrás como de una columna de fuego, del pensamiento de Mazzini, detrás, como de la espada de un arcángel, del acero de Gari-

baldi, vengan, como los caballeros tempestuosos del Apocalipsis, aquellas falanjes de héroes y de políticos, que en batallas inolvidables. en lidia de púgiles que guardarán las perspectivas de la historia, con la inspiración de sus tradiciones, con el respeto y la simpatía del mundo, por sus grandes artistas como por sus grandes pensadores conquistados, con ese apoyo tanto como con su esfuerzo, rehagan la Italia soberana, independiente y libre que, con serlo, y con haberlo sido á tanto precio, luce sobre la corona de sus monarcas el laurel frondosísimo de sus Rafaeles y sus Correggios de sus Dantes y Leopardis, de sus Rossinis y sus Verdis; que nada vale, nada siquiera se asemeja al brillo que dejan en la historia de los pueblos, las grandes ideas que pasaron por su mente, las grandes inspiraciones que hicieron de su genio algo como luminoso faro que alumbra á la humana especie en el mar, proceloso siempre, y á veces turbio y encenegado de la vida.

La Francia, la Inglaterra, la Alemania: ¡qué mágicas evocaciones producen en la historia del mando esos tres nombres! ¡Descartes, Bacon, Kant, Víctor Hugo, Shakespeare, Goethe!—no hay una provincia del pensamiento, no hay una región de la vida en que cunlquiera de esas tres grandes nacionalidades no pueda ostentar una legión de cerebros luminosos tan amplia, al menos, como el calendario de la Iglesia Romana. Son naciones en que la ingeniería tiene portentos, en que la industria hace milagros, en que el comercio es un prodigio; proponedles, por ello, que renuncien á las cenizas y á los recuerdos de sus

grandes poetas, de sus grandes artistas;—proponedles, que se dejen quitar la gloria de sus vates, de sus soñadores, de sus profetas, de las tribunas de las grandes palabras y de los escritorios de las plumas diamantinas que han dado más perdurable resplandor á su suelo.—Mirad si en ellas el afán de las armas ó los desvelos de la ciencia, ó las baraundas de las bolsas, ó las ansiedades del agio han tenido poder para que se apague la lámpara nocturna del pensador solitario, ó se cierre el taller del artista,—para que enmudezca la lira del poeta. ¡ Qué legión de sabios inclinados sobre la retorta del laboratorio! ¡ pero qué legión de inspirados estudiando las posibilidades de la lengua para decir las maravillas de la inteligencia! —éste mirando los portentos de lo pequeño en el microscopio, aquél los portentos de lo grande con el telescopio; el otro usando de microscopios y telescopios que no se ven, para decir la miseria y la gloria del pensamiento humano. Economía política, pero rimas también; grandes batallas, pero grandes poemas asímismo; revoluciones en la industria, pero más hondas revoluciones en las ideas. ¿ Quién duda que el nombre de Wellington no ha sonado tanto ni ha producido tantos estremecimientos de la columna vertebral como el nombre de Byron en el mundo? Y aun de este lado del Atlántico, donde el industrialismo, el mercantilismo. la mecánica, se ban extremado como en ninguna otra parte de la tierra, ¿ podría desdeñar algún norteamericano sin ser merecedor de ignominiosa muerte, el rastro que dejaron en las letras, las liras de Bryan y Longfellow, la fantasía de Poe, la prosa de Emerson, los sermo-

nes de Beecher, la novela de su inmortal hermana, la pléyade de tribunos y de periodistas que han hecho aquella libertad y aquel derecho, que son como escudos de diamante de todos los desamparados de la tierra y que, como tuve no ha muchos días ocasión de recordarlo, lograron que cayera sobre el suelo de los Estados Unidos de un solo golpe, sin conmoverlo, la cadena de cinco millones de esclavos, como eco sublime de la caída de la cruz del Redentor en el suplicio incomparable del Calvario?

¿Y en nuestra sangre? bastaría el manco inmortal de Lepanto, bastaría el ingenioso hidalgo don Quijote de la Mancha, cabalgando sobre el huesudo Rosinante, seguido del rústico, pacífico, malicioso escudero en su asno montado, teniendo delante de su pensamiento á la sin par Dulcinea, en la flaca mano la lanza, en el débil cuerpo la armadura, en el ingente ánimo el espíritu del Cid, en torno de las marchitas sienes la aureola de sus propósitos sublimes,—triste y enjuto caballero de lo ideal, mientras lo sigue el robusto aldeano que va en busca de su Insula Barataria, para que en esa compendiosa pintura de la vida,—nunca admirada en demasía,—se coronara el arte español con los laureles del más brillante de los triunfos. Pero no está ello solo. ¿Y el Segismundo de Calderón? ¿y la monstruosa fecundidad de Lope?—¿y Alarcón y Moreto? ¿y Góngora y Quevedo? ¿y aquella legión, en fin, de genios y de ingenios, de vates y prosistas, de periodistas y tribunos? ¿y Castelar que, por más que el buen gusto haga remilgos y la envidia vuelva la cara,—faé maravilla como el

Niágara; ¿ y Núñez de Arce, el del arpa de oro? ¿ y en cada siglo de su arte cien nombres más que son luceros? y aun cruzando el mar, —aun viniendo á estas regiones nuestras de América, de naturaleza colosal, en que la civilización comienza, ¿ son nuestras selvas más hermosas, nuestras montañas más altas que los genios de Bello, de Heredia, de Arboleda, de Olmedo, de la Avellaneda, de Gutiérrez, de Rojas Garrido, de Darío....? No es posible, sin cansancio de vuestro oído y de mis labios, hacer el censo de la tribuna y de las musas.— Ah! hay muchas flores de luz en nuestro cielo, muchas estrellas de hermosura en nuestros pensiles, mucho oro en nuestras minas y en los frutos de nuestra zona, mucha noble hidalguía en nuestro carácter,—mucha angélica belleza y angélica bondad en nuestsas mujeres, mucho timbre de grandeza en nuestra breve historia, para que pueda sospecharse que es inútil formar un hogar para nuestras letras, levantar una tribuna para nuestras musas, dar la voz de aliento á nuestra generosa juventud para que se lance á las nobles lides en que la belleza se produce y la gloria se conquista. No, mil veces no: no es solo sembrando la muerte con la guerra, ó inventando máquinas ó contando fardos, como ha de vivirse en este planeta en que la llama de la inteligencia parece más grande que la de los astros del espacio. No, no es cierto que la tribuna y que la lira sean inoficiosas para la ventura del género humano: nos elevan, nos purifican, nos hacen sentir un goce que no parece de la tierra. Grande es el mar con sus oleajes y sus cambiantes de color y sus espumas; imponente el volcán que deja caer el

río de lava encendida por sus flancos, el torrente que se precipita desde la roca, el cielo estrellado, que sobre el terciopelo azul oscuro de la noche derrama su cascada de joyas; pero en todo lo que de la naturaleza conocemos, no hay portento de beldad que se asemeje á la del pensamiento, puro de egoísmos y concupiscencias, que en el horizonte del arte explende en levante deslumbrador y majestuoso, y á la de la palabra que como túnica inconsútil y etérea lo viste sin ocultarlo, lo revela sin disminuirlo y parece hecha de su misma luz, al dilatarlo por el mundo—con sinfonía más poderosa que la del concierto de los orbes, que la de la armonía de las esferas.

HE DICHO

DISCURSO

pronnnciado en la velada que se verificó en el Teatro Nacional en la noche del 7 de mayo de 1905. en celebración del III centenario de la publicación del Quijote.

Señoras y señores:

La fecha que solemnizamos, cumpliendo deberes que nos imponen la sangre y la lengua, constituye en la historia de la imaginación humana efeméride que ninguna otra supera: la de la publicación de la obra literaria más bella y conceptuosa qua ha producido el ingenio de los hombres; una obra que forma por sí sola una literatura, por las imitaciones, sugestiones y comentarios que ha inspirado. Si sólo eso quedara incólume, por cataclismo horrendo, de lo que es español en el mundo, pasarían en vano los siglos sobre el recuerdo de España; porque en los más lejanos tiem-

pos brillará la gloria del manco prodigioso de Lepanto.

Hay en ese libro inolvidable un encanto singular de la forma: el hechizo de la lengua castellana con todos los tesoros de su música, de su plasticidad y de su elegancia,—con sus ingeniosísimos modos de decir, con su exhuberancia de expresión aquí,—allá con su precisión elocuente, con giros de una gracia única en su especie, con elasticidad sin par. No falta en nuestro tiempo, de curiosas excentricidades, quien suponga que no puede haber genio en la forma literaria; que el genio está por entero en las ideas. ¡Qué magnífica respuesta la que da el Quijote á esa doctrina, marcando desde las primeras líneas de su prosa el ritmo de aquél verbo singular, que es por sí solo una joya de arte, que todas las naciones que no lo poseen tienen que envidiarnos, siendo ese libro como el ánfora en que con todos sus aromas se guardan las esencias de nuestra lengua peregrina.

¡Y qué decir de su fondo!

Aquellas figuras de don Quijote y Sancho, tan genuinamente españolas, no dejan por eso de ser admirablemente universales, admirablemente humanas; aquellos retratos tan ideales por la síntesis que encierran, son de una realidad insuperable; aquellas aventuras de que reímos, hacen pensar con hondura. Aquel cuento, exquisito como cuento, es la epopeya del pensamiento humano; aquellas ridiculeces son sublimes; aquella comedia portentosa es, al mismo tiempo, una tragedia imperecedera. Don Quijote con el yelmo del Mambrino en la siniestra mano, con el lanzón en la diestra, con

su cimera de cartón pintado, sobre su ruin jamelgo, y el panzón Sancho, sobre su rucio plebeyo, como estatuas ecuestres inconmovibles—así los ha llamado Víctor Hugo,—marcan los linderos de lo ideal y de lo real, entre los cuales batalla y gime el pensamiento humano.

En la interpretación ideal de la vida, que es la tarea del arte bello, ha habido poetas elocuentísimos desde los días hermosos de la vieja literatura de la Grecia. El *Prometeo* de Esquilo, el *Hamlet* de Shakespeare, el *Fausto* de Goethe son obras sublimes que encierran interpretaciones magistrales del dolor que está en el fondo de toda humana existencia, de la lucha interna que hace de cada conciencia un campo de batalla, de esta doble esencia del hombre, que así lo encadena, por una parte, á las miserias de la vegetación que chupa el jugo de la tierra, como hace volar su fantasía, ¡ águila de luz!—en aspiración tormentosa y nunca satisfecha, á regiones que presiente, á un cosmos diverso del que pisa, á un espacio distinto del cuajado de miasmas que respira.

La demencia generosa de don Quijote es una protesta admirable contra el egoísmo sesudo que ríe de los arranques caballerescos, de las imprudencias nobles, de los arrebatos ideales. La humanidad no vacila en su marcha, sino por el empuje á veces encontrado de esas dos fuerzas que la agitan: la centrípeta del egoísmo y la centrífuga del sentimiento social que la ennoblece. Don Quijote y Sancho compendian el género humano y su larga peregrinación en el planeta. Ahí está el secreto

de las grandes guerras, de las grandes matanzas, de las olas de sangre y de las montañas de ruinas, de los despotismos infames y de las revoluciones vengadoras, de los celos feroces y de las envidias fementidas, de las soberbias indómitas y de las codicias rastreras; ahí está el eje, al mismo tiempo, de la adoración inmensa á Jesús en Occidente y á Buda en Oriente, por símbolos y maestros de la abnegación que desarma el egoísmo, de la humildad que triunfa de la soberbia, de la mansedumbre que detiene el paso de las iras, del amor, en una palabra, que acaba por enseñorearse sobre el odio. Un gran poeta lo ha pintado: es el día combatiendo en el espacio inmenso, armado con sus garras de león y sostenido por sus alas de arcángel contra la noche, armada con sus garras de chacal y sostenida por sus alas de murciélago.

Bien sé que para muchos ha de tenerse por baladí cuanto no aumente el predominio del hombre sobre los obstáculos que opone la Naturaleza á su ventura material, y que en ese orden de ideas, celebrar el aniversario de un libro de literatura amena tiene que aparecer como pueril. El criterio utilitarista con que los menguados en el ejercicio de las artes bellas suelen, por ruin envidia, menospreciarlas, no puede darse en ser racional capaz de gustar de sus hechizos, y de apreciar su consecuencia, así en la elevación de los goces individuales de la vida, como en la mejora social que de su influjo se desprende, domando pasiones mal sanas y apartando de ruines esparcimientos. Una nación tan positivista como Inglaterra se ocupa ahora, con aplauso general

del muudo, en conmemorar la grandeza del poeta egregio que significa para ella lo que Cervantes para nosotros; la gloria de los libros hermosos, de los mármoles bellos, de las melodías peregrinas, —de lo que hace con los amores puros y las hazañas nobles, la dicha moral de nuestra especie,—es signo inevitable de que si hay fango, también hay luz en el organismo misterioso que nos tocó en suerte, mezcla extraña de los ensueños de un querube y los apetitos de un demonio.

Habréis discretamente notado que de propósito, y como signo de respeto á la gloria literaria que conmemoramos, he encerrado mi palabra, sin permitirle vuelos ni gallardías, dentro de los límites, como si dijeramos, de un lenguaje oficial; sirviéndome de ella sólo para indicar algo de lo que pensamos, aún los hombres vulgares, acerca de la obra memorable, la aparición de la cual, como la de un astro nuevo, alumbró los horizontes de nuestra lengua y de nuestra raza. Sería de seguro ir demasiado lejos en el sendero de esta cautela respetuosa, dar por terminada mi tarea de esta hora sin aludir á la unidad en que hay que trabajar dentro de nuestro grupo étnico para la salvación y debido explendor de su destino. Tengo á honra ser de los hombres que se sienten tales, antes que americanos ó europeos, latinos ó sajones, pero soy también de los que piensan que sin abandonar ese criterio, sin dar á las divisiones humanas irritantes que las acerben, cabe tomarlas en cuenta para que ningún elemento precioso de los que pueden allegar dicha y civilización común haya de perderse. Admiro y tengo como mías, en

cuanto hombre, lo mismo que la grandeza moral de un Wáshington, la intelectual de un Shakespeare, lo mismo la sublimidad de un Kant ó de un Goethe que la de un Hugo ó de un Descartes; pero no puedo olvidar, sobre todo en esta hora, la gloria de la sangre española que en nuestras venas corre, y creo que en la solemnidad de hoy, que en todo el continente en que España engendró la civilización, ha de repetirse, con eco siempre vibrante, es fuerza hacer sonar la nota del himno que á la vieja madre, con esta ocasión de una fiesta á su lengua, deben alzar las hijas cariñosas y reverentes...... ¡Oh España, nación de héroes, nación de mártires, nación de paladines, nación de idealismos sacros, nación tanto de soldados como de poetas invencibles, en este rincón humilde del mundo que tu audacia sacó de las tinieblas, estos tus hijos respetuosos al recordar al hombre que basta para hacerte igual á las más altas de las naciones cultas, como los timbres de Lepanto y Zaragoza bastan para hacerte igual á las más bravas, se inclinan ante tu nombre, besan con el pensamiento tu bandera y la tremolan enorgullecidos, sin abandonar la suya, como símbolo de honor limpio, de gallardía de empeño y como cubierta y envoltura del libro imperecedero en que si el ingenioso hidalgo en algún modo te simboliza, es porque recuerda la fe y el brío con que has pugnado, estando en ocasiones memorables dispuesta á abrirte las venas, por lo que hace hermosa lo mismo la vida que la muerte; la devoción á lo ideal, ya hagan retroceder tus hijos al Africa que se venía sobre la Europa, ya sujeten con clavos de oro tus oradores y

tus poetas la atención y el respeto de la Historia, ya domen tus navegantes y tus soldados la rebelde espalda del Atlántico, para colocar sobre la cumbre de los Andes la Cruz del Nazareno!

SOBRE ARBITRAJE (1)

Señoras y señores:

Cada vez que una inspiración de la humana conciencia ha chocado contra una iniquidad sólidamente establecida, se ha producido el mismo fenómeno social: los intereses ilegítimos amenazados tocan á rebato y los interesados en alguna forma en que el abuso continúe, y los que sirven por amor á lo poderoso lo que está establecido, encuentran bien pronto un ejército auxiliar compuesto por los inconscientes, que forman la fuerza de inercia de la Historia. Ser partidario de lo que existe, aunque sea infame, es pasar por hombre de juicio, por persona seria, por hombre que no está dispuesto á dejarse gobernar por la imaginación, que no es romántico, que no es poeta, en fin. Cuando San Pablo predicaba en Atenas en favor del Cristianismo, encon-

[1] En el Teatro Nacional. Junio de 1901.

tró, según cuentan testigos fidedignos, dos clases de adversarios: los que especulaban con las supersticiones populares, fabricando y vendiendo pequeños bustos de los falsos dioses, de Diana sobre todo, que estaba entonces de moda, y los hombres instruídos, formales, idiotas ó cobardes, que juzgaban que aquello que decía el apóstol era demasiado teórico, demasiado vaporoso, demasiado poético, en una papalabra. Después de diez y nueve siglos sigue pasando lo que en tiempo de San Pablo. Personalmente conozco el fenómeno de cerca: á los diez y ocho años me encontré en el seno de una Sociedad profundamente enferma, compuesta por esclavos negros, por siervos blancos y por explotadores de lo uno y de los otros. La culpa no era principalmente de España, la culpa era de malos españoles y de la institución de la esclavitud, á cuyo contacto todo fermentaba; no había allí justicia que no se vendiera, derecho que no pudiera ultrajarse impunemente, ley buena que pudiera cumplirse, principio social que no pareciera desconocido; perteneciendo á una familia bien colocada dentro de aquella situación, estaba á mi arbitrio alistarme en el grupo de los que granjeaban ganancias ilícitas y copiosas, suculentas é infames, ó en el de los que, no queriendo aquello, estaban expuestos á toda suerte de peligrosas aventuras; había cerca de mí un joven de mi edad colocado en situación análoga á la mía, que era de menos inteligencia que yo, pero no lo bastante para que no cupiera disputa en el asunto. Este joven era positivista, en el sentido que la vulgaridad chocarrera da á esa palabra, lo que quiere decir que

sin ser malo ni tener esclavos él mismo, no vituperaba á los que los tenían, sino que procuraba obtener su favor con buena gracia; no veía inconveniente en recibir sueldo de los gobernantes que mantenían en Cuba régimen turco, y se hubiera guardado muy bien de comprometerse en la empresa quijotesca, —así la llamaba, —de atacar por su base el orden establecido para curarlo de aquellos inconvenientes inevitables. Persona seria, de importancia para ambos, que nos oyó discutir alguna vez, se apresuró á declarar que la inteligencia de aquél muchacho era muy superior á la mía, que yo era tonto de remate, y como descubriera más tarde que había hecho unos versos, no me regañó porque eran malos sino porque eran versos, y tuvo por definitivamente resuelto el problema de mi estupidez incorregible; han pasado unos pocos lustros de aquellas nuestras discusiones; todo lo que parecía inconmovible se ha venido á tierra; la Capitanía General y sus bajalatos subalternos, las aduanas llenas de ladrones, las prebendas infames, la servidumbre de los blancos y la esclavitud de los negros; en estos días se preparan los norteamericanos á entregar á los cubanos la entera posesión de la isla, donde no lucen ya en contraste, como lo lamentaba el más elocuente de sus poetas, el inolvidable Heredia:

las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral

y yo vuelvo melancólicamente la vista hacia la hora de mis ensueños primaverales y de mi noble juventud, y me digo con serena y honda convicción: no, la justicia no es un ideal de

necios; el progreso moral del mundo no es un sueño de cerebros enfermos; la libertad, la igualdad, la fraternidad humana no son grandes mentiras; la misión de San Pablo no es locura: allí, en el fondo de la conciencia, está el mundo de la idea, surcado de radiosos esplendores, por luz que quedará para siempre en la historia, por armonías ideales que se combinarán en música sublime; por derechos, que son como astros vencedores de la iniquidad tenebrosa; por ansias que florecen, como en perfumes y colores, en ímpetus hermosos del pensamiento, en resoluciones de heroísmo sereno para combatir con lo abominable, en obstinaciones en lo verdadero, en las abnegaciones supremas para desafiar la burla de lo mediocre, que es casi siempre lo poderoso; en la pugna, con sangre ó sin sangre, pero alada, como combate de águilas con murciélagos inmensos, en que se rompe la cadena de los esclavos; en que se desarman cadalsos, en que se pone de pie á los opresos, es que se tiende la mano á los desesperados, en que, con violación sublime, se encarna lo ideal en la realidad; en que se alza el lábaro de las redenciones sobre los cesarismos rebeldes, la libertad sobre la infamia, el derecho sobre la ignominia, y en que se alzará, al cabo, como en la hermosa leyenda cristiana, el arcángel resplandenciente sobre el demonio jadeante y vencido, la fraternidad sobre el odio, la vida sobre la muerte, la luz sobre la sombra: el día de la paz sobre la noche de la guerra.

¿Cuál es si no esa la enseñanza de la Historia? El hombre fué una bestia cuando surgió sobre el planeta; ha saltado de rama en

rama como el mono; ha vivido bajo la tierra como la garduña; ha disputado su alimento á las fieras, y lo ha devorado ensangrentado como ellas; ha esclavizado á los otros hombres que eran más débiles ó estaban menos alumbrados por la inteligencia; ha gozado de sus amores, como el león, sobre el cadáver de su rival, y la mujer fué una presa del botín de guerra atada á la cola del caballo del vencedor osado; caníbal, desnudo, hirsuto, asqueroso, horrible, así aparece por la vez primera en la cámara oscura de la Historia, y cuando pasan ante nuestros ojos los panoramas de las civilizaciones primitivas ¡cuánto de sombra, de dolor y espanto encierra nuestro árbol genealógico! ¡cuánto de las violencias de la fuerza bruta, y ¡cuánto de los excesos del egoísmo! Y no es preciso para eso detenerse en los primeros días de ese pasado de vergüenzas. Ayer no más era, en Europa, el plebeyo víctima que parecía sin esperanza, de un verdadero torbellino de iniquidades, de una servidumbre cruel é ignominiosa. Estudiad, solo - un detalle basta,—en un país de los más iluminados hoy,—en Francia, por ejemplo, la lista de los impuestos que pagaba el plebeyo,—estudiad un momento su situación respecto de aquella aristocracia corrompida, de aquel clero simoniaco, de aquella monarquía absoluta; considerad aquella máquina de privilegios, de gabelas y de estorsiones, compuesta de tres pulpos superpuestos, cada uno de los cuales hubiera bastado para chupar toda su sangre; el plebeyo no podía gozar en paz, entonces, de la décima parte del fruto de su trabajo desproporcionado en su fatiga; pero más desproporcionado en su recom-

pensa; su hijo era para el ejército ó la marina, para algo peor su hija, si por fea ó desmedrada no quedaba también para bestia de carga; un poco de pan negro y algunas hierbas para el hambre, agua sucia ó vino agrio para la sed, sin abrigo en el invierno, sin aire en el verano, su vida era un largo martirio, algo como una caricatura grotesca de la existencia de los mismos irracionales, cebados, al fin, algunas veces para los placeres de la mesa ó atendidos en la cuadra para la comodidad y el orgullo de quien los montaba. ¿qué orden de ideas puso abajo en el mundo pagano la cruz del cristianismo? ¿qué orden de iniquidades no se llamaba en el siglo antepasado el orden público? Volved,—os lo suplico,—los ojos á la Historia. Estudiad un tanto las civilizaciones que fueron, los sistemas de ideas que han ido poniéndose en ocasos sucesivos, las monstruosas desigualdades entre el noble y el plebeyo, entre el rico y el pobre, entre el varón y la mujer, entre el fuerte y el débil. Volved los ojos á las violencias del fanatismo, por ejemplo; ved los protestantes acuchillados por María Tudor y los católicos perseguidos por su hermana Isabel. Recordad aquellos procesos contra las brujas y contra los hechiceros, que no existían sino en la imaginación enferma de las muchedumbres fanatizadas y haced la cuenta de los suplicios espantosos, de la ola de llanto, de los vendabales de gemidos, de las nubes del humo de las hogueras, de las convulsiones de aquellas largas y cruentas agonías, y reflexionad, para mayor espanto, que lo que se erguía sobre aquellas matanzas, sobre aquellos suplicios, sobre aquellos dolores, era la cruz del Gólgota, la cruz del cordero in-

molado, precisamente, por el fanatismo, la imagen del maestro del amor, del apóstol de la mansedumbre, del mártir de la fraternidad, de quien en los tormentos del calvario, parecía abrir los brazos en la cruz para estrechar sobre su pecho dolorido á la humanidad entera, que había querido curar del odio, curar de la guerra, curar de la violencia; entregando sus carnes á la espada, para romper la espada, y derramando toda su sangre sin protesta, para lavar con ella la mancha de sangre de Cain, del hombre asesinando al hombre, la mancha de sangre que no podrá lavarse, que no podrá extinguirse en la frente de la Humanidad mientras exista, mientras esté suelto entre nación y nación, entre grupo de hombres y grupo de hombres, el monstruo insaciable de la guerra.

Para el triunfo de esta obra necesita el pensador solo dos colaboraciones: en un concepto, la de los poetas la de todos los que sienten hondo y piensan alto, según la admirable definición del crítico español; en otro concepto, la colaboración de la mujer. Una mujer divina estaba al pie de la cruz del Redentor, con el precio de las joyas de una mujer augusta se hizo el descubrimiento de América, con la novela escrita por una mujer genial se dió el más rudo golpe que recibió, antes de caer en los Estados Unidos, la esclavitud de los negros; poetas y mujeres; sentimiento y fantasía; ésta da alas al entendimiento, aquél se las da á nuestros corozanos, ésta hace llegar al entendimiento palpitante de emoción sacra, hasta el dintel de lo infinito, aquél le inspira la ilusión sublime de que lo ha traspasado. ¡Sentimiento

y fantasía! Suprimid esas dos fuerzas de acción y de pasión en el hombre y lo convertiréis en una bestia de carga que sabe sacar cuentas y poner á interés el dinero. ¿Qué sería el mundo sin pájaros gárrulos y sin flores perfumadas? ¿sin aromas múltiples y colores varios? La belleza es un sacramento; belleza hablada, belleza cantada, belleza de líneas, belleza de colores, belleza de sonidos, belleza de emociones y de ideas. Pero no hay belleza como la de la idea que es grande y verdadera, y la de la pasión que la adora y da su vida, si es preciso, por implantarla y hacerla fecunda en el planeta. Poetas, delirantes, locos se han llamado siempre á los héroes y á los mártires de las grandes causas. Esta locura luminosa que consiste en no contentarse con lo real, con lo que está al alcance del racional común sentido, en querer de continuo trasfigurar la vida, ahondarla, levantarla, ennoblecerla, modelarla bajo nuestro pensamiento como modela el escultor la piedra que convierte en estatua,—esa locura ha hecho la Historia; esa locura es ciencia, es arte, es civilización,—ha seguido con la mirada de Newton el movimiento de los astros, ha llegado con la mirada de Pasteur al movimiento de los átomos vivientes; esa locura ha hecho la música de Beethoven, la poesía de Víctor Hugo, el drama de Shakespeare, la oda de Píndaro,—la poesía, la elocuencia, la armonía, el Parthenon de Atenas; la civilización humana.

La mujer, sin presentarse, sino rara vez en primer término, ha sido, cuando no la sacerdotiza oficiante del progreso, su inspiración oculta. Musa para el poeta, sibila para el

pensador, su mirada y su sonrisa son los premios más altos que nos disputamos los hombres, en las gímnicas luchas de la vida y su corazón es el ánfora sagrada de donde se derrama la embriaguez eléctrica de las grandes inspiraciones. Á esta obra de piedad altísima su colaboración no ha de faltarle. Disputen los sofistas, sometan los calculadores fríos á su barómetro y á su termómetro y á su máquina de contar y á su tabla de logaritmos, este nuevo sueño de Colón de llegar al mundo de la paz, este nuevo delirio de abolir la servidumbre de la espada, - esta nueva interpretación, — esta nueva aplicación, quiero decir, del inolvidable sermón de la montaña,—la mujer no ha de faltarnos. Sacerdotiza de la mansedumbre, vestal del amor, profetiza de la armonía humana, martir, cada vez que se hace preciso, de la belleza moral del mundo, marchará á nuestro frente, como el astro que condujo á los magos al establo en que nació Jesús, como la colum na de fuego que guiaba á los isrraelitas en el desierto, como la estrella de la mañana, que anuncia los resplandores de sol, cuando va á desvanecerse, bajo su rayo de oro, la sombra de la noche.

LORENZO MONTUFAR

Discurso pronunciado en el Palacio de Justicia, en la noche del 17 de junio de 1898

Señor Presidente, señoras y señores:

Por honra señalada, que recordaré siempre con legítimo orgullo, tengo la de ofrecer, á nombre y por encargo del Colegio de Abogados de Costa Rica, público y solemne homenaje á la memoria del prócer recién caído que toda la región de Centro América recuerda y llora en estos días con sincero, hondo lamento y merecida gratitud.

Fué Lorenzo Montúfar varón preclaro, de aquellos cuyo nombre la historia inscribe en sus anales; de los que la patria conmemora; de aquellos que una generación recuerda con lágrimas, y de que otra aprende con admiración la biografía; de aquellos de quienes los nietos de su sangre ó de su afinidad, guardan y he-

redan el retrato como una joya, y de quienes los nietos de sus contemporáneos lo compran y se lo enseñan á sus hijos con reverencia; de aquellos cuyos timbres de inteligencia y de conducta sirven de blasón á una familia, en estas tierras sin otros blasones de la América; de aquellos por los pormenores de cuya existencia la historia propia investiga y la extranjera curiosea; de aquellos de quienes una ciudad dice: aquí nació, y otra ciudad dice: aquí estuvo; de aquellos á quienes muchos se enorgullecen de haber conocido y de quienes otros lo finjen; de los que originan que se dé un nombre propio á una ciudad, ó á una aldea, ó á una calle, y que se distinga con un recuerdo personal un año ó un mes y aún el lapso de una generación; de aquellos de quienes se dice con altivez antes que con vanagloria: fué mi pariente, fué mi amigo ó fuí su discípulo; yo lo oí, yo he leído tal libro suyo; yo fuí de los que le ayudaron en su obra; de los hombres que hacen su país, que hacen su tiempo, que hacen su generación; de los que siembran la de mañana; de los que ponen, con lo mejor de su sangre, con lo mejor de sus nervios, con lo mejor de su actividad y de su pensamiento, la semilla del progreso, el germen de una generación mejor, de un momento histórico más fecundo y luminoso, en las entrañas del presente, dispuestos á dar,—en la fortuna ó en la adversidad, reconocidos ó menospreciados,—dispuestos á dar el reposo de hoy, la riqueza de mañana ó el abolengo de ayer, por una gota de luz con que alumbrar la marcha de su generación, ó por una rama de laurel con que decorar el escudo de la patria.

Decano y maestro lo llama cierto partido político centroamericano, cuyo estandarte,—abrigo acerca de ello la más serena confianza,—jamás flameará sobre nuestra casa, sobre el hogar de la Escuela de Derecho; y lejos de rehuir ese recuerdo, me apresuro á despertarlo, porque como no nos reunimos aquí á fabricar moneda falsa, es bueno, y aun indispensable, entrar en la explicación sincera y cumplida que dé á nuestro homenaje su carácter, sin permitir confusiones lastimosas. Bien saben cuantos me oyen, cómo ha dado en apellidarse de liberalismo en Centro América, y aún en regiones que están fuera de sus límites, la obra de bandos políticos que, lejos de caracterizarse por aquel respeto hondo y bien sentido á los derechos individuales que á la verdadera escuela liberal distingue y enaltece, lejos de colocar en torno del poder público más brillante y extenso del Estado las barreras y responsabilidades sin las cuales el régimen republicano no es posible, - aclaman y ponen sobre el pavés á cualquier ambicioso, con tal de que no ayune por cuaresma y de que no respete las fiestas de guardar de la Iglesia Católica: la enemiga al catolicismo y la más cordial protección á la gente nueva, á "la gente no ubicada," como me decía una vez con aticismo un gran político chileno; á personas que por odio á las aristocracias huyen de la ilustración, el talento, la decencia y en ocasiones del baño cuotidiano; esto se apellida de liberalismo y osa hacer flamear los estandartes que los próceres americanos, aquellos caballeros cumplídisimos, y á las veces devotos, alzaron en sus limpias manos para llevarlos por los caminos del heroismo, en-

tre los relámpagos y truenos de nuevo Sinaí, á los altares de la libertad. La presencia de un hombre como el Dr. Montúfar en ese campo y su alistamiento en esas filas fué accidente explicable por la naturaleza caótica del movimiento de estas nuestras sociedades latino-americanas, que sin hábitos heredados ni temperamento propicio para el caso, entraron á ser señoras de sí mismas y á vivir como entidades *sui juris* en bien adversas circunstancias. Desalado tras la conquista segura y establecimiento sólido de la libertad religiosa, corría sin vacilar á donde lo llevaba la esperanza de que estos pueblos la ganasen por entero, y ni notaba de quién se ponía cerca, ni con qué tropezaba, absorto por entero en la contemplación de aquel su ideal, por el que estudiaba y escribía como un benedictino, pasando del libro al periódico y de éste á la tribuna, aun con desprecio y menoscabo de las dotes altísimas que recibió de la naturaleza; no curando de la gloria literaria, de la fama de historiador imparcial ó de jurista hondo, maltratando su pluma, enturbiando su palabra, levantando del suelo el arma llena de polvo con tal de no llegar tarde á la pelea cuando sonaba el clarín de sus anhelos, como un paladín de la Mesa Redonda, como un amigo del rey Arturo, que por entre andriagos y vestiglos y saltando fosos y costeando abismos, fuese á libertar á su dama de rugiente monstruo ó de peligroso encantamiento.

Otro ideal suyo, no menos hermoso y no mejor servido en ocasiones, lo llevaba á las filas á que me refiero: suponéis, sin duda, que aludo al famoso contubernio que por unión

santa y legítima de Centro América se abona. Sin acercar estos pueblos los unos á los otros; sin tender entre ellos los vínculos de comunicación moral y material imprescindibles para enlazarlos en familia; sin dar á sus gobiernos el fundamento de elecciones libérrimas, á sus peculiares haciendas orden, á sus peculiares administraciones la descentralización necesaria ¿qué resultado de prosperidad puede producir el juntar deudas, ni de grandeza el de unir deficiencias, ni de libertad el de allegar servidumbres, ni de salud el de poner cerca enfermedades contagiosas? Lo que es apetecible es crear la unidad moral de la familia centroamericana; acercar sus pueblos, multiplicando sus comunicaciones de todo genero; descentralizar interiormente sus repúblicas, dando á la vida de los Municipios y de sus actuales provincias, la actividad propia y ensanche de movimiento que por ley natural les corresponde; colocar sobre bases de granito así el sufragio libre como los derechos individuales del ciudadano, sin todo lo cual la unión será una farsa, cuando no el punto de partida de incesantes discordias ó de tremendo y asfixiante despotismo.

Bien sabéis que el Dr. Montúfar anhelaba en el fondo todo eso; bien notorio os parece, de cierto, que no eran sus ambiciones personales, ni sus anhelos mezquinos; pero dejad que me lamente de que hombres de su altura, que no es caso singular el suyo, mal inspirados por el fanatismo que algún particular y noble anhelo les produce, no se decidan á liquidar la sociedad del liberalismo, poniendo casa aparte con las huestes que sus prestigios personales han de llevar tras ellos, marcando bien las fron-

teras de su idea, haciendo cabal y escrupuloso inventario de sus miras políticas, desechando el funesto, venenoso aforismo de que el fin justifica los medios, estableciendo, por fin, así, la patria pequeña, primero, la patria grande despnés, en esta región privilegiada que el sol del trópico enriquece y hermosea, que bellísima naturaleza decora, y en cuyas playas dos océanos cantan sus himnos majestuosos, doblando la cerúlea espalda para conducir sobre ella, de meridiano en meridiano, de zona en zona, los dones del comercio y los mensajes de la fraternidad humana y los verbos refulgentes de la civilización universal.

Un insigne profesor alemán que, por haber encontrado refugio generoso para persecuciones en su patria sufridas, en la tierra y ciudadanía norteamericanas, como de aquel privilegiado país se cuenta, y en inglés ha escrito sus libros magistrales, el conocido Lieber, ha trazado en obra admirable sobre "la libertad civil y el gobierno propio" la línea divisoria entre lo que él llama la libertad francesa, que bien pudiera calificarse de latina, y la que él llama inglesa, que como anglosajona pudiera distinguirse. Alude él, acaso con demasiada severidad, en esos nombres, á competencias é incompetencias de raza que no considero tan decididas y evidentes como él las presume; pero es lo cierto que mientras los pueblos que pueden considerarse como de nuestro abolengo se manchan y ensangrientan pugnando para subir á las alturas ideales del gobierno propio y de la libertad bien gozada, los pueblos ingleses las ocupan en calma, contemplando con desdén inevitable nuestra pugna, á las veces can-

dorosa, y otras no tan inocente, y nuestro rodar despeñados á la sima cuando gallardeábamos de haber conquistado definitivamente alguna agria cuesta de las que hay que trasponer en la ascensión. Es claro que, como él lo explica, la libertad ha de ser modo de vivir y de estar en las costumbres, antes que tema de cantos y retóricas y conquista de pluma y de líricos discursos; es claro que han de levantarse sus instituciones con la calma que trae la solidez del material, con el sosiego que trae la columna bien erecta, con el cimiento hondo y proporcionado, sin el cual la edificación es juguete del viento; es palmario que los pueblos ingleses tienen instituciones,—esto es, algo levantado despacio y con solidez hecho, en tanto que los latinos hablamos mucho de la libertad á la manera como suelen hablar los poetas de sus Elviras y Leonoras, á las cuales son tan infieles de continuo; y en nuestro eterno afán de encontrar lo mejor, jamás nos fijamos en lo bueno. Permitid que una vez más insista en que la descentralización administrativa y el respeto profundo y firme de los derechos individuales son las únicas bases sobre que puede erigirse la libertad política, y que en materia de religión, como en toda materia, la reverencia á la libertad de los demás es el más sólido fundamento de la nuestra.

Ah! si la lozana y valiente juventud que me escucha, emprende esta labor, en la vida del ilustre varón que honramos esta noche ¡cuánta lección puede encontrar de infatigable constancia y noble esfuerzo para servir sus ideales!

Pláceme, por otra parte, con el poder de

la fantasía, abstraer al Dr. Montúfar del escenario agitado de la vida pública, y contemplarlo en nuestra antigua Universidad, platicando como un padre con sus alumnos, derramando sobre ellos los tesoros de su sabiduría y los fulgores de su palabra fervorosa, abandonando sólo la cátedra para ir al seno de aquella familia amantísima suya, que tantos tesoros encerraba de angelical virtud, de entendimiento preclaro y de femenil belleza, y de la que fué padre modelo; pluguiera al cielo que hubiera corrido siempre así la trama de sus días, y que lo tuviéramos vivo aún, aquí, entre nosotros, presidiéndonos y hablándonos con su verba inagotable y exquisita del último libro que habia leído ó del primer libro que iba á hacer. ¡ Cuánto nos han quitado las luchas de la política, y con qué cariño y con cuánta filial piedad lo recuerdan los numerosos discípulos que tiene en Costa Rica!

Y sin embargo, su vida tal como fué, á pesar de las reservas que mi sinceridad característica y el respeto al lugar en que hablo me exigían antes que aconsejaban, su vida tal como fué, forma un espectáculo, como el de las grandes montañas, como el de los grandes volcanes más bien, ó como el del mar arrebatado. Ese hombre, juzgado con imparcial serenidad aparece como un coloso: hablando, escribiendo, enseñando, desempeñando embajadas, dirigiendo Ministerios, alborotando Congresos, registrando archivos, recopilando noticias, devorando volúmenes, surcando mares, peregrinando por Centro América ó por la América del Norte, y con la mirada del alma clavada siempre en una idea fija, que era como una estrella fija,

hubiera dicho Victor Hugo. En medio de tantas inconstancias como nos rodean, de tantas dignidades que se inclinan de tantos valores que retroceden, de tantos caracteres que se doblan, el fanatismo desinteresado por una idea constituye espectáculo precioso, casi inestimable. De piedra, de la piedra nuestra, brillante y dura, no de los mármoles y bronces que otros usan; de piedra, de la piedra nuestra, hay que hacer su estatua, majestuosa y colosal; de cara al océano hay que ponerla, y bajo la cúpula del cielo; de cara al mar, de tremendo incesante movimiento, como su vida; bajo los cielos, no más puros que su pensamiento: emblema todo ello de su tenacidad incontrastable; con un libro abierto en la mano, como explicándoselo á las muchedumbres, símbolo del activo propagandismo de su apostolado; y con los labios entreabiertos también y como convulsos por la electricidad de su elocuencia: el día en que el monumento se levante, la Escuela de Derecho colocará sin duda una copia de él en sus modestas aulas: une entre tanto su voz, aunque por intermedio de la débil mía, al *requiem* sonoro, al himno de admiración y gratitud de la gran patria centroamericana.

He dicho

EL FESTIN DE BALTASAR

(*Fantasía*)

Para llegar al Palacio del Monarca, cruzó el Profeta una reja de oro que se perdía á lo lejos de vista en todas direcciones, como encerrando inmenso espacio, y halló, al trasponer la reja, un bosque lleno de colores, pero en el cual ninguna flor lucía: árboles, arbustos y hierbas de diversidad enorme se levantaban, llenos de hojas de variadísimos matices, por entre los cuales volaban, innúmeros y silenciosos, pájaros verdes, azules y rojos con collares de oro. De en medio de aquella selva extraña partía una suave escalinata de granito luciente, á veces negro y á veces carmesí, y por ella se llegaba á unos jardines suspendidos en lo alto, en que no se divisaban las hojas, ocultas por las flores de todos tamaños, formas y colores y de un aroma embriagador, y en medio de las flores, y sin que se les viera, cantaban el ruiseñor y la calandria.

De trecho en trecho, y como apareciendo de súbito, surgían entre las flores, algunas

de las cuales eran gigantescas, blancas estatuas de mármol y alabastro, en actitud indolente y graciosa, las unas como ninfas que van á emprender vuelo y las otras como bacantes cansadas; junto á las flores, que en arena finísima parecían fijas, serpenteaba un verdadero laberinto de mosaico y refrescaban el perfumado ambiente mil juegos de agua, que brotando de duras piedras ó como cayendo de volcados cántaros de jaspe, de tal manera se erguían en el aire, que las gotas cristalinas eran como diamantes heridos por la luz, formando tornasoles refulgentes. Después de perderse dos ó tres veces en el dédalo de mosaico, se llegaba á un palacio de mármol de todos los colores con siete torres negras, alrededor del que había una fila de guerreros de bronce con espadas de oro en las manos, y al cual daba acceso altísima puerta de labrados metales enteramente cubierta de geroglíficos. Traspasado el dintel, cruzábase largo vestíbulo de granito rojo, á lo largo del cual y junto á las paredes, se dilataba prodigiosa serie de quimeras y esfinges que terminaba en apariencia en muro de fortísima roca. Llegando al muro, por agencia de una mano invisible, abrióse éste y quedó convertido en trozos desiguales de inmensa estalactita, dejando en descubierto un salón lleno de luz y de ruido. Era un vasto anfiteatrto techado por una bóveda de malaquita, en el centro del cual estaba suspendida una lámpara que parecía un astro; el techo estaba sostenido por numerosas columnas de cristal de variadas y extrañísimas formas. Sobre el suelo había, como caídos ó arrojados con descuido, tapices diversos y grandes pieles de animales salvajes. En medio del salón

aparecía una mesa cubierta con tela de oro, y sobre ella todos los componentes y accesorios de un suntuoso festín. Veíanse sobre la mesa grupos artísticamente combinados de flores y de frutas; en macizas fuentes de oro, manjares variadísimos y en copas hechas como de aire tejido vinos de extraños matices que numerosos esclavos semi-desnudos de gran tamaño ó esclavas donosísimas, semi-desnudas también y coronadas de flores, vertían en ellas de urnas cinceladas y fragantes; en torno de la mesa, echados indolentemente en lechos de marfil, vestidos de seda había muchos hombres jóvenes y bellos entregados á las delicias del festín. A lo largo del salón junto á las paredes, se extendía una fila de atléticos soldados que tenían en las manos escudos y relucientes picas, y en un extremo de él, con una pequeña mesa delante, en un trono de marfil y plata, estaba el Rey: cuatro hermosas estatuas mantenían sobre su cabeza un dosel de púrpura, del cual pendían como festones de riquísimas perlas. A sus pies, echado en actitud perezosa, un gran león entornaba los ojos, dejando escapar de tiempo en tiempo de ellos, instantáneo relámpago.

El profeta, invisible para todos, se colocó cerca del Rey y observó cuanto pasaba. De repente, el ruido pareció detenerse, y la atención de todos quedar fija en un punto. Habíase oído la música de argentina campana, y entró en el salón un grupo de mujeres. Una, á su frente, más alta que todas, y de imperial apostura, iba envuelta en un manto que la cubría del todo; detrás de ella marchaban con flotantes túnicas muchas otras bellísimas, ya

rubias y blancas, ya de largas trenzas ó cabelleras sueltas, negras y profusas, todas cubiertas de flores y por sus cabellos más que por el traje. La que iba adelante, al llegar frente al Rey, dejó caer el manto de gasa, que la velaba, y apareció en todo el esplendor de su hermosura, tendido el cabello por la espalda en ondulantes rizos. Después de hacer una coqueta y casi desdeñosa reverencia, fué á colocarse en un sitial que á los pies del trono parecía para ella preparado, y el león, con los ojos bien abiertos y midiéndola con la mirada, vino á echarse junto á ella. Hundió sus dedos en las crines de la fiera, á la que miraba con sin par embeleso y que parecía ebria de placer al recibir su caricia y juntó las palmas sin ruido la gentil doncella, tomando nuevo aspecto la fiesta del banquete. Surgiendo de los muros que lo limitaban y del suelo del salón, flotó en el aire música como de arpas y de flautas, más un murmullo que un canto, pero de carácter intensamente voluptuoso. La leve, blanca vestidura de las mujeres flotaba como plumas y alas de paloma en torno suyo, y avanzaron danzando en prupos pintorescos y á compás ideal con la indecisa melodía; después se mezclaron como pétalos de rosa que el aire arremolina y dieron á sus movimientos, que la música acentuaba, un hechizo diabólico, sensual, lánguido, excitante y vaporoso, á la vez, como desmayo y delirio de una fiebre mortal. Las luces todas fueron debilitándose, como adormecidas, y llegó un momento en que la fiesta quedó hundida en las tinieblas. El profeta erecto, solitario, invisible, atravesando con su mirada las tinieblas, fué el único especta-

dor vidente de aquella escena entre las sombras.

Media hora después, la luz se hizo y el Rey apareció en su trono: los convidados ocuparon sus sitiales; la música que no había cesado un instante, cambió su ritmo y se hizo de una languidez mayor, como de suspiros prolongados, y como si un muro nuevo la separase de los circunstantes y se oyera de lejos. Adelantóse un mancebo cerca del trono del Rey, seguido de un paje que llevaba una lira, y que después de preludiar en ella, la pasó al mancebo. Vestía éste una corta túnica de seda, tenía sandalias en los pies y ceñida la frente por una diadema de laurel, los extremos de la cual caían sobre sus hombros.

Levantó la voz el bardo, y acompañándose de la lira, á la que arrancaba dulcísimos acordes, cantó el placer de la vida con seducción irresistible; habló de las armonías de la naturaleza, de la mañana sonriente, del mediodía cálido, de la noche misteriosa, de los perfumes embriagadores, del vino que hace correr por las venas su deliciosa lava, de la rosa en capullo, del canto del ruiseñor en la espesura, de la flor del amor cogida á media noche en el seno de un bosque bañado por la luna, de la juventud ardiente y la virilidad robusta disputándose la palma de la victoria en los combates del placer, de los arrebatos de la voluptuosa lucha y de su lánguido desmayo; y su acento subía y bajaba con ritmo que le daba nuevo hechizo, y los hombres al oirlo estaban estáticos y mudos, y las mujeres dejaban escapar sordos suspiros y se revolvían en sus lechos, como siguiendo involuntariamente el

compás de la seductora melopea; y cuando hubo callado, se hizo por un momento un silencio hondo y luego sonaron aplausos atronadores que se prolongaron largo tiempo, y la cortesana que estaba á los pies del Rey vino junto al poeta y arregló el laurel de su frente, y lo besó en la boca, y el monarca sonrió satisfecho.

Entonces el profeta se hizo visible, y en medio del general asombro, se adelantó al lugar que había ocupado antes el vate. Una túnica negra, larga y estrecha lo vestía, cayendo sobre ella las ondas de su cabellera y de su barba, blancas como la nieve, y de sus ojos profundos é irritados partían los rayos de una mirada ante la cual se inclinaron todas las frentes. "¡Ay de tí!—dijo—¡la mano abierta de un Dios clemente ha dejado de hacerte sombra!" Y su acento era como el murmullo de huracán lejano.

Habló el profeta de la vil sensualidad en que se agitaba aquella Corte, de su abuso de los dones de la vida; increpó al Rey por su molicie, al poeta por el envilecimiento de su inspiración, á las mujeres por la profanación de su hermosura; pintó la naturaleza dominada por el pensamiento, la materia avasallada por el espíritu, comparó los placeres ideales con los placeres de la carne; habló de un mediador entre el mundo y la muerte, y en el salón, por un momento sombrío, se dibujó una cruz hecha de suave claridad en el espacio; la voz del profeta por algunos instantes muda, volvió á tronar contra las impurezas de la hermosa ciudad y á predecir su suerte. La claridad lívida que precede los albores del amanecer entró en el

salón, dándole un aspecto sepulcral, y al pronunciar el profeta sus últimas palabras, oyéronse los roncos gritos de los enemigos, que, como hambrientas fieras, venían sobre su presa; sobre la ciudad opulenta y soberbia cuyo nombre iba á ser borrado del libro de la vida....

MARIA ANTONIETA

Era, al casarse con el heredero de la corona de Francia, un tipo de princesa ideal: de belleza majestuosa, de gracia altiva, de hermosura espléndida, de aspecto olímpico, de hechizo soberano, de coquetería semejante á la que las diosas de la fábula griega empleaban al acercarse á los mortales,—teniendo y mostrando en todos sus actos la conciencia de ser de la *casa de Austria*, lo que debía valer mucho á sus ojos, y de ser de veras una mujer bella, lo que acaso valía más aún.

Para darse cuenta de si desempeñó bien ó mal el papel que le tocó en la Historia, es preciso apreciar por entero su situación. Era aquella princesa un símbolo, y como una expresión matemática, de cierto orden de ideas y de sentimientos con raices seculares y con cuasi divino fundamento. Los reyes de entonces eran los ungidos del Señor Dios, encargados de irradiar la bondad, pero también la magnificencia divina, sobre la haz de la Tierra; que tenían por derecho propio la corona sobre

la frente y la espada en la mano; lugartenientes de lo eterno; representantes de la suprema justicia y de la gracia excelsa; los dueños de las multitudes con celeste señorío; los encargados de hacer el orden en la sociedad á la manera como Dios lo hace en la naturaleza. teniendo á su alcance el verdugo y la mazmorra como el señor tiene á su alcance el vendabal y el rayo; con voluntad que no es el capricho de un simple mortal sino como una ley de la vida; con inteligencia que no es sólo la que alumbra á los demás, sino que tiene, ó puede tener en ocasiones, irradiaciones de la luz infinita; seres cuyas virtudes son trasuntos del cielo y cuyos errores y aún cuyos crímenes son desgracias comunes que deben aceptarse resignadamente y con la frente baja.

Esa doctrina que era la del común del clero, muy ignorante y corrompido entonces, no era en verdad la de la Iglesia. El *Angel de las Escuelas*, el atleta de Aquino, había explicado que las leyes y los príncipes deben levantarse y existir de acuerdo con la voluntad general, y que su gobierno tiene por límite de su derecho el establecido por Jesucristo al pasar por la Tierra—Constitución, por cierto, algo más firme y noble que todas las que este siglo ha inventado. Llegó un momento en que los hombres pensadores, sin variar esencialmente la fórmula del egregio Doctor, encontraron que la Iglesia accidental y pasajera no desempeñaba bien las funciones encargadas á la sublime del Cristo; creyeron que era urgente estatuir el Pontificado de la conciencia humana, el Doctorado de la razón; contemplaron un hacinamiento de miserias, un hervidero de dolo-

res; un *pandemonium* de angustias, sobre los cuales los ungidos del Señor reían y junto á los cuales los ministros del Señor engordaban; santas indignaciones salieron entonces de su pecho tan fieras como las lavas de un volcán; oyóse entre los truenos y relámpagos de cataclismo nunca sospechado, una voz formidable que repetía con sentido nuevo el Sermón de la Montaña y que lo estampaba en los aires mezclado con los rugidos de aquellos profetas de Israel que se arrancaban los cabellos, se herían las carnes y comían escrementos para simbolizar las miserias de Sion. Los Reyes ciñeron la espada á su costado y levantaron en el aire los cetros con ademán amenazador; todos los soldados del privilegio, vestidos de hierro, acudieron en murados escuadrones á la cita sombría de una batalla más grande que la de los Titanes y los dioses, y como los Pontífices derramaran su tiara colmada de maldiciones sobre aquel pensamiento nuevo, arreció de golpe la tempestad, en vez de decrecer, y sonó con eco inmenso, que todavía se oye, esta frase enorme, precedida como del ruido de águilas numerosas é inmensas que agitan sus alas en la sombra: no hay Dios.

Cuando el poeta se inclina sobre el abismo á cuyo seno descienden yertas las naciones en el silencio del no ser, ve entre las nieblas crepusculares de la Historia, sombras que habían de moverse irritadas en el momento solemne á que me refiero: caballeros los unos, de la cruz, que del árabe en la tostada arena, tremolaron su estandarte y en sangre de infieles tiñeron el pretal de sus bridones; escudo y rayo los otros de la venerable Monarquía, el ori-

flama augusto los vió caer bajo sus pliegues esplendorosos, defendiendo el trono de sus reyes, dando cada día nuevo honor y nuevo lustre á sus blasones y dilatando, con empuje de semidioses, el suelo de la patria; vé los reyes santos, los obispos sin mancilla, los caballeros sin reproche, los sacerdotes mártires, los nobles con armadura de acero y alma de diamante, padres de los pueblos, ministros del honor, escuderos de la justicia, castellanas que eran ángeles de castidad y de caridad, monasterios en que el dolor dejaba de serlo, alumbrado por un rayo del cielo; vé las temeridades heroicas, las grandezas inconmovibles, las gallardías insuperables, las magnificencias ideales; pero su mirada vá más abajo y descubre entre abismos de cieno un torbellino de rorpezas: la glotonería y la lasciva en el trono; los señores sin piedad y las señoras sin pudor, los pueblos sin pan y sin esperanza de justicia entregados al crimen por el despotismo; el *parque de los ciervos*, en que las doncellas eran cazadas como bestias; la crápula en el convento, la simonía en la Iglesia, la orgía en el castillo, la desvergüenza en el trono, el miedo en el cuartel y se aleja entristecido bendiciendo la tempestad que anuncia un nuevo día. Disculpa entonces, porque las comprende, las convulsiones revolucionarias: se apiada del hijo del Rey, educado en el vicio, y del hijo del pueblo, educado en la miseria; de la hija del Príncipe, corrompida por la molicie, y la hija del villano, prostituida por el hambre; ve la gran patria en el suelo, avergonzada por los propios, insultada por los extraños, y prefiriendo á los altares profanados, los altares sin Dios, alza con júbilo la vista y

bate las palmas con estrépito al ver saltar á Mirabeau sobre las tablas de la tribuna para que se desmorone en ruinas el edificio del pasado por el arrebato de su sagrada indignación y bajo el imperio de su fulminante palabra.

¿Quién puede culpar á la pobre Reina inalumbrada porque no viera el aspecto divino de la catástrofe? ¿Qué podían ser á sus ojos aquellos aristócratas que rompían sus propios blasones, aquellos clérigos que se desnudaban de su carácter sacecdotal, como si no fuera la mano de Dios la que lo hubiera impreso en ellos, sino trásfugas miserables? ¿Qué podía haber para ella de noble y elevado en aquel populacho soez, ebrio, sucio, grotesco que venía á gritar junto á su palacio y al que veía huir á veces del acero de los soldados ó ser comprado por el oro de de los palaciegos? La Revolución debía ser á sus ojos algo como una bestia inmunda, de contacto asqueroso y horrendo, y cuando sintió sobre sus hombros la zarpa del monstruo, la repugnancia y el asco tuvieron que disputar al terror la primacía en sus sentimientos de Princesa. Pocos destinos tan trágicos recuerda la Historia, y para ella no puede haber sino piedad en su fallo definitivo. Vió asaltado su palacio, desconocida la autoridad de su rey, insultada la de su Dios; tuvo que ensayar la actitud del ruego,—ella,—acostumbrada á verlo de hinojos á sus plantas; vió todo lo que era á sus ojos sagrado conspuido, todo le que era miserable y vil puesto en lo alto; debió experimentar esos espasmos de terrible sorpresa de que dan indicio los irracionales cuando la tierra tiembla y la ley de la gravedad parece suspendida. Arro-

jada á uua mazmorra sombría, insultada por sus carceleros, calumniada como reina, como esposa y como madre, á sus propios oídos y sin defensa posible; privada de su esposo, privada de sus hijos, teniendo que remendar sus ropas, y sin medios de aseo; arrastrada por la larga calle de la Amargura de un proceso lleno de vergüenzas; viendo subir en torno suyo, con movimiento lento, pero inexorablemente ascendente, una ola de inmundicla en la que debía de tener la seguridad de ser en definitiva asfixiada; como náufrago agarrado á débil tabla en el vórtice de tempestuoso piélago; sin servidores, sin auxilio, á veces sin pan y sin agua; ofendida en su majestad, ofendida en su decoro, ofendida en su pudor; sola,—ella con la costumbre de ser tan acompañada; sola, en la noche de su angustia, sintiendo venir en la oscuridad profunda, jauría de mónstruos ávidos, y sin poder hacer otra cosa que extender sus manos desfallecidas para rechazarlos; agonizando largos días; insultada horas enteras; marchando al cadalzo sin el auxilio de un sacerdote, que había tenido cuando ella era Reina el último de los villanos; al subir á la carreta infame, al enfrentarse con el patíbulo tremendo, al arrojar de soslayo una mirada trémula al cesto en que debía caer su cabeza,—todo sentimiento que no sea el de una piedad profunda desaparece en el pecho de quien la contemple en el anfiteatro de la Historia.

EL NIHILISMO RUSO

Conferencia en la Escuela de Derecho el sábado 8 de julio de 1899.

Señor Presidente, señores:

Las tormentas revolucionarias han dejado en bien distinta situación la América y la Europa; tras tanto oleaje de ideas, tras tantos huracanes de iras, tras tanto anhelo de fraternidad allí por los poetas soberbiamente cantado;—si la aristocracia secular sufrió verdaderos derrumbes, si de sus prerrogativas feudales quedan sólo poco más que símbolos ó menguados privilegios palaciegos, no por eso deja de seguir habiendo desigualdades tan hondas entre unos grupos sociales y los otros, tal desnivel de situaciones, que á veces se diría que las revoluciones fueron como nubes de verano, y que el feudalismo soberbio ha ganado con ellas en frondosidad y lozanía. En la próxima y úl-

tima conferencia hablaremos de la América:— volvamos, por ahora, los ojos al viejo Continente. Fermentan en su seno, así como en las ciénagas inmundas los organismos putrefactos, las ignorancias y los vicios que la riqueza fácil y la miseria extrema originan de consuno, y jamás salió del pantano que hierve bajo el sol fiebre asoladora, ú otro envenenamiento del aire, que en desastrosas consecuencias se apareje con las pestilencias morales que de esa fermentación continua se escapan, y que con sus vapores mefíticos enturbian y manchan la atmósfera de las civilizaciones más altas y mejor cumplidas que sobre el planeta se asientan.— Gentes sin pan, en indolencia forzada, con hambre de trabajo para ganar la vida, contemplan con ojos tristes, y por ley incontrastable envidiosos, los banquetes del rico indolente, que nació entre el oro, y que sin más esfuerzo que el de cambiar de capricho, despilfarra en su tedio, con lujos insolentes, lo que bastaría á calmar la ansiedad de los desheredados numerosos. Ni es posible siempre que el honor resista, ni aun que no agonice la vergüenza del necesitado á través de las complicaciones múltiples que envuelven como en red asfixiante la honradez y la honestidad de los pobres. Con indiferencia que no parece humana, mira pasar el hambre sin alimento, la enfermedad sin alivio el frío sin amparo el pudor sin defensa, la ignorancia sin luz, por junto á su palacio espacioso con provisiones amplias, con surtidores de agua perfumada, lleno de aire bruñido, por la electricidad iluminado, por tenues vapores tibio, con portentos de arte en cada muro y vestigios de ciencia en cada piedra, el potenta-

do que no tuvo sino que alargar la mano para empuñar en ella uno de los cetros de la vida.

El pobre, que no tiene hogar, porque no pueden constituirlo las tierras frías de su casa; —que no tiene familia porque la miseria la rompió el pulmón á su compañera, y le quebrantó el hijo ó se lo hizo soldado, y le agostó primero en flor la belleza de la niña y más tarde se la convirtió en cortesana; que no tiene esperanza, ni en un mundo que le parece tan duro, ni en un Dios que encuentra tan sordo, ni en su único amigo—el trabajo—que de súbito le falta;—ese hombre,—hecho una fiera por su angustia,—se rebela al fin contra la tierra y contra el cielo; mira la vida como una burla inmensa, como una maldición despiadada, como una iniquidad permanente, y encerrando sus iras en una bomba, trasformando en proyectiles sus ideas, coloca la máquina explosiva junto á los pilares de la sociedad, porque no le es dable en su impotencia escalar las nubes, y poner la semilla de la destrucción, como quisiera, en medio de los ejes del Universo y bajo el trono del Destino.

Cuando suena en América el eco de una de esas catástrofes; cuando nos dice el telégrafo que han dado una puñalada á un Ministro de Estado ó á una Emperatriz, no falta quien crea que eso es lo que se conoce con el nombre de Nihilismo Ruso. Voy esta noche á hablaros en primer término de este fenómeno curioso, y empiezo, por lo mismo, rectificando el error que en el caso que he señalado se comete. La palabra *Nihilismo* se usó por vez primera en una novela de popularísimo escritor de Rusia, el célebre Turgueneff, y lo que

se designaba con ella era un estado mental y no un sistema de política, ni mucho menos una suerte de guerra sigilosa contra la sociedad de nuestros días. El *Nihilista* era entonces simplemente lo que llamamos un pensador, un revolucionario teorizante ó especulativo: un hombre que no creía lo que el mundo oficial de nuestros días aparenta creer y manda que se crea. Pensaba él, á poca distancia de Epicuro y Demócrito, que bien puede haber una fuerza sobre natural que haya creado el mundo y la vida é impreso á la portentosa máquina el primer empuje que la puso en movimiento; pero que ni de ella cura ni providencialmente la gobierna, y que el método de adulaciones temerosas, constantes y ridículas que las religiones constituyen, no es más que signo de vileza que en nada altera el curso del sordo y ciego destino que nos mueve; pensaba que lo que se llama la Patria y con tan delirante entusiasmo se exalta, no es más, en su origen, que el resultado del instinto que hace amable para el cerdo su pocilga ó para el rumiante su pasto,—y no es, más, después,—que una extensión de nuestra vanidad pueril, apeteciendo que nuestra patria, por ser la nuestra, valga más que la patria de los otros; pensaba que la Comuna Municipal rusa, la que más se parece por cierto á la primitiva de los Estados Unidos, de que he de hablaros otra noche y si en algo de ella se distingue es en la mayor fraternidad que encierra, es el único Gobierno que en todas partes se requiere;—y pensaba,—por último,—que la familia actual, que tanto idealmente se pondera,—sigue siendo la familia primitiva, de la mujer esclavizada por el varón, á fuer de más ro-

busto y vigoroso: que á la mujer la educamos para nuestro regalo, con mengua de su natnraleza racional; haciéndola débil, pueril, cobarde, superticiosa, porque así nos conviene; especie de esclava de nuestra voluptuosidad, hecha á mírar sólo si le cae bien el atavío con que ha de cautivarnos; preparándose en sus primeros años para nuestro placer, como se prepara en la ceba el animal que hemos de devorar para la muerte, incapacitada por el desarrollo intelectual que le permitimos y la esfnra de ideas y de sentimientos en que la encerramos para ser, como hipócritamente la decimos, la compañera de nuestra vida; con cuyo corazón y cerebro, en fin, hacemos lo que se hace, allá en Asia, con el pie de las chinas aristocráticas, el cual se coloca desde su infancia en una máquina de compresión que estorba su crecimiento fisiológico. Otros pensadores, llegando más allá, opinaron que dar la vida á un nuevo esclavo de la Naturaleza, es crimen sin disculpa; que la generación es una vergüenza si se la mira como la servidumbre de sucio instinto y si en sus consecuencias cabales, una infamia, y doctrinaron á su pueblo contra ella y hasta la mutilación llegaron si temieron no resistir con energía bastante los apetitos de su carne. Ya veréis luego como las ferocidades del despotismo convirtieron estos ideólogos inofensivos en revolucionarios tenaces y sin merced, en virtud de un conjunto de circunstancias que marcan la curva histórica constante, tránsito de las soberbias del despotismo a las catástrofes revolucionarias, así como la extrema presión del vapor sutil lleva consigo la explosión de la caldera y destruye acaso con su golpe,

la mano imprudente que lo aprisionó demasiado. A la curiosidad ansiosa, al interés despertado por algunos escritores rusos acerca de los problemas sociales, siguió la lectura incesante y febril de los libros franceses que habían tratado esos problemas, y como en Rusia ni era casi posible reunirse para los comentarios de aquellas ideas fosforescentes, ni podía darse á las mujeres educación independiente y alta, empezó un exodo hacia Francia, Alemania, Suiza,—Suiza sobre todo, donde la vida era más fácil y barata. Por millares fueron los peregrinos hacia el Poniente, que era en este caso donde la luz nacía, no á fraguar conspiraciones de revuelta, ni á esperezarse al sol de aquellas regiones, para ellos tibias y voluptuosas, sino á laborar sin reposo y á estudiar sin tregua: á ganar las mujeres la dignidad de la vida por uno mismo trabajada, á ganar los hombres la altura de la vida que se piensa á sí misma, No andaban las unas ni los otros en los talleres de pólvora, analizando explosivos, ni compraban armas, ni se decían mutuamente planes de revueltas; compraban libros, negando á los placeres y á veces á las necesidades su importe; trabajaban antes que el sol saliera para mantener la frugal existencia y mucho después de puesto estaban escuchando al maestro ó juntos en el Club hablando de la fraternidad humana, pacificadora y suave, ó de la ciencia serena, ó preparándose para la lección y para el examen de la doctrina del ingeniero que doma los montes y tapa los abismos, ó del médico que ahuyenta la muerte y que alivia el dolor, y aprendiendo como se educa la lengua humana y se le hace decir lo que se esconde á veces, sin de-

jarse expresar, en los abismos recónditos del pensamiento; vida como de frailes sinceros, aunque no con rezos y con fórmulas de piedad, sino con piedad vívida y con esa oración inarticulada que, si lo Absoluto oye, debe oir piadoso, escapándose de las acciones santas, y de los discursos serios—que no lo son del egoísmo, y de las obstinaciones sublimes en hacer un poco de luz sobre los precipicios de la concupiscencia y del egoísmo, que por todas partes nos cercan atrayéndonos con los aromas suaves que de ellos se desprenden y con las voces de Sirena que cantan en su fondo: vida austera de estudiantes pobres,—de aquellos que no toman estimulantes y no fuman, de los que no saben el camino del garito ni de la taberna, sino el del anfiteatro donde la vida se averigua y el de la Escuela dondé la averiguación se comenta; la vida del taller por la mañana, y de la biblioteca por la noche, y del libro abierto junto al plato en el cuarto de hora en que se come; harto más fecunda que la del monje que canta sus aleluyas y sus misereres; harto más hermosa en verdad, con sus estrecheces de hoy y sus carencias de mañana, que la del estudiante de forma que va á gastarse á los centros científicos la plata que su país ó su familia le envía y consume más tiempo y más dinero en las curiosidades de su sangre y de su médula espinal que en las de su ignorancia bien acomodada y perezosa. De golpe, el capricho y la suspicacia de la tiranía vinieron á turbar estos idilios; un *ukase* inesperado y terrible cayó como una bomba en medio de aquella colonia de avejas zumbadoras y laboriosas; se les llamaba á Rusia; se temía que aprendieran de-

masiado; se temía la irrupción de aquella luz que se estaba forjando en Occidente; se temía que viniera más tarde á hacer la aurora en la media noche del Imperio aletargado y sombrío. So pena de perder para siempre el suelo de la patria, adorado por aquellos corazones puros y tenaces, de perder para siempre el hogar oscuro donde había quedado la madre enferma ó la abuelita venerada ó los hermanitos en flor, se les ordenaba retornar sin tardanza á su existencia de súbditos taciturnos y semi sonámbulos, viviendo como el buey bajo el yugo, como el caballo en torno de la noria, como el topo en la sombra, marchando á tientas hacia el pan y hacia el hecho, rodeados y marcados por la vergüenza de la servidumbre, en el país donde estudiar era delito y saber leer motivo de sospecha, Aquel grupo de estudiantes que no querían perder la patria, emprendió su viaje de retorno, dejando el libro que tanto interesa con la página doblada en la esquina, aunque no haya la menor esperanza de abrirlo por ahí otra vez; con el curso de la ciencia sabrosísima á medio hacer, con la plática del sabio profesor no concluída, cón el grupo de conferencias sólo por la mitad. ¡Destino somhrío! una dr las formas del destierro del Satán imaginario: dejar la luz, para vivir en las tinieblas. Los estudiantes llegaron y se pusieron á vivir tranquilamente, bajando un poco el pensamiento para que cupiera en la ergástula; apagando un poco la mirada para que no llamase la atención de la policía; pero ¿quién contenta á los tiranos? Por lecturas altas, por comentarios vivos, por un poco de altivez ó de desenfado, un joven, noble y generoso, es aprisionado por

la policía; ya en el cuartel, para averiguar algo ó para hacerle bajar la cabeza, lo azotan; su novia, casi una niña, toma una pistola, se acerca al General favorito por cierto del Emperador, responsable de aquella infamia, dispara contra él; presa, el jurado la absuelve; llbre el pueblo la victorea; el Emperador, loco de ira, da orden para que, apesar del fallo del jurado, la prendan viva ó muerta; pero el pueblo la esconde. El drama va á comenzar;—parecen oirse aquellos golpes misteriosos que en el teatro francés anuncian que va á levantarse el telón. El pistoletazo de Vera Zassulic es, en efecto, el comienzo de una nueva faz del Nihilismo. Ha sido hasta ahora especulativo: va á ser ahora activo. La *obra*,— aquellos espasmos, aquellas convulsiones, aquellos delirios de sangre que se conocen en Rusia con el nombre de *la obra*, van á desenvolverse sin miedo y sin reposo. El tiro de pistoia de Vera Zassulic es el punto de partida de una de las tragedias más patéticas y memorables de la Historia.

Figuraos un país donde ninguna libertad se conoce, donde ningún derecho individual existe, donde para la omnipotencia del Gobierne no hay freno, ni siquiera nominal; donde no sólo pasa, sino que es lícito, matar á latigazos á un hombre que no ha sido procesado; donde, en torno del Poder Público hay una camarilla de avideces que comercian con el hambre del pueblo, y de adulaciones que lo embriagan, y de miedos de perder el botín que lo enloquecen; donde la policía es más numerosa que un ejército y tiene más formas que Proteo; pero figuraos al mismo tiempo un país donde la dé-

bil novia del azotado hiere; donde, al cabo, ese delito se somete al jurado, porque el despotismo europeo, aun en Rusia, no tiene los descaros del de la América Española; donde la heroína es absuelta; donde, dado el veredicto, se le concede la libertad; donde ya libre, el pueblo la toma junto á su seno y la ampara contra el monstruo de mil ojos que la acecha; y donde, por último, apesar de la vigilancia enorme, de las miriadas de bayonetas, de la policía densa, del terror en el aire,—tres meses después del atentado de Vera, un hecho semejante al que lo originó se verifica, como reto lanzado á la muchedumbre sierva, y el General Mesenteff, el jefe de los aduladores y de los espías, cae moerto á los pies del trono, sentenciado y ejecutado por la Revolución inespugnable.

Difícil es formar idea en estos países del sol á la mano, por decirlo así, como calentador gratuito, del aire fresco ó tibio, de la tierra próvida, de la riqueza barata, de las costumbres suaves,—en que, aún el despotismo, parece, por lo común, femenino,—difícil es formar concepto entre nosotros de aquella tierra del pan escaso y del agua helada, de aquellos calabozos inmundos, de aquellas flagelaciones crueles, de aquellos verdugos sin reposo, de aquellas deportaciones en masa, de aquella Siberia, que ha hecho pensar á los rusos en un infierno nuevo, el infierno de hielo, de aquellas separaciones súbitas del novio y la prometida, del hermano y la hermana, del padre y la hija, de la madre y el hijo, que rompen los corazones al desatar con violencia el lazo que los une; de aquella vigilancia siempre despier-

ta, siempre intranquila, nunca ociosa, que registra el agua que bebéis y el aire que respiráis, que abre vuestra carta en el correo y vuestro cofre sin que los advirtáis y escudriña vuestro pensamiento en una sonrisa, ó en una lágrima, ó en la frase dicha á media voz á la mujer que amáis; mirada que os sigue en la sombra, oido que se pega á vuestro sueño, por si habla, círculo de hierro en que no os es dado vivir tranquilo en el fondo de vuestro ho gar, ni encerraros en el seguro de la amistad y del amor, ni platicar con vuestro propio pen· samiento. Pues bien, en ese país de la vigilancia perenne, y del látigo en el aire y del verdugo de plantón,—en ese país de las cárceles llenas y de los hogares vacíos, en cse país de la tiranía sin disfraz y del poder six freno, todos los días, al sentarse á la mesa, encontraba el Emperador un número del periódico del Nihilismo junto á su plato, y al pasear por las galerías de su palacio, veía de repente estallar el reloj en que acababa de ver la hora, en esa galería fijo, – ó al ir á tomar el tren del ferrocarril para pasearse, sabía pavorido, que una máquina infernal habia estallado bajo el carro listo para recibirlo; y llegó un momento en que él, cuasi omnipotente, envuelto por la vigilancia de millares de ojos, protegido por el celo y el valor de millares de brazos, con mil escudos de oro y de diamante en torno de su vida, con millares de aceros levantados para protegerlo, recibió en la frente la bomba explosiva preparada por el valor de sus esclavos, y cayó en tierra sin vida y sin corona, herido por la indignación de la justicia.

Ese atentado, que por sus circunstancias

no tiene semejante en la Historia, no se realizó sin forma de juicío, y sin notificación cumplida de su amenaza y de la manera de evitarlo. Lo que el Nihilismo quería ahora,—¡ asombra de veras su moderación! – era simplemente una constitución para la Rusia; quería el derecho común de las naciones civilizadas; la libertad de la imprenta, la libertad de la tribuna, la asociación á la luz del día, el sufragio para el Parlamento, y el Parlamento para la ley. ¡Pobres ilusos,—no sabían como todo eso se falsifica y se corrompe!—Esperaban la imprenta libre para decir sus ideas, y la tribuna libre para impartirles la electricidad de la elocuencia, y la asociación libre para realizarlas en fraternal consorcio. El Czar había abolido la esclavitud en el Imperio, con poquísimo fruto, porque las circunstancias financieras, políticas y sociales del país hacían preferible la suerte del esclavo, con su pan seguro, á la del proletario, sin asilo; y con mansedumbre y reverencia pidió el Nihilismo al Czar que colocara á Rusia en el meridiano de la civilización occidental, y que tuviera Ministros responsables y que dejara hablar al país y que rompiera el látigo con que le ensangrentaba las espaldas.

Ah! señores,—el Czar no contestó con un acto de cordura aquella noble invitación; dejad que me detenga un momento para lamentar su ceguedad é intransigencia; era aquel hasta cierto punto un noble Czar, un hombre generoso hasta donde la soberbia de la tiranía con la generosidad es compatible: la Historia no puede menos de lamentar ese desacuerdo memorable. ¡Quién sabe cuánto de adulación infame, cuánto de engaño por los sicofantas y los cor-

tesanos de los grandes poderes mentido,—cuánto por los policiales falsificado, cuánto por los falsos amigos contrahecho, entraba en aquella imprudencia temeraria con que arrostró las santas iras de su pueblo é hizo rodar por el polvo, con su cabeza, la sacra corona que su orgullo insolente anteponía al resplandor del derecho!

El temple moral de los conspiradores rusos á ningún otro puede compararse; por cientos los llevan á la cárcel sombría, al calabozo inmundo, á dormir sobre el fango, á vivir entre la podredumbre; por cientos les rompen las carnes con el *knut*, látigo para fieras; por cientos van por calle de la Amargura que parece interminable al infierno de hielo de la Siberia, casi sin comer, casi sin beber, casi sin dormir, casi sin abrigo contra el viento helado que parece ponerse de parte de sus verdugos, y les rompe los músculos y les atormenta los nervios: la tiranía desata la familia hecha, arranca el hijo de los brazos de la madre, separa el hermano del hermano; impide la familia por hacer: manda á la novia á un tormento y al novio á otro. Aquella revolución no es para el triunfo de ahora á un rato, ó de hoy á mañana: nadie piensa en la victoria y se prepara para el botín ó para la apoteosis. Los conspiradores viven casi siempre bajo nombre supuesto, y por lo común, para la policía, para la cárcel, para el presidio, para el patíbulo, tienen un número por única designación. En este mundo no se tienen prometida victeria alguna; en el otro sólo aguardan la nada, porque no creen en un Dios personal y providente, sino en un azar sombrío ó en un sobrenatu-

ral maléfico; algunos pocos conocen de otros pocos el artículo de periódico admirable por la lógica, el corto discurso sublime por la elocuencia, la hazaña increíble, el rasgo de ingenio, de bravura ó de tenacidad realizado en la sombra; no tienen fiestas, ni reuniones vocingleras; no se dedican versos los unos á los otros; no usan metáforas sonoras: dicen: *la obra* cuando hablan de su empresa, dicen los *ilegales* cuando hablan de sí mismos; le quitan un hermano á la policía, ó lo arrancan acaso del cadalso, y el uno no se para á dar las gracias, y el otro no se detiene para dar la enhorabnena, si no que cambian una consigna ó un aviso, y siguen, cada uno por su lado, como esas hormigas que vemos con frecuencia encontrarse, juntar sus cabezas un segundo, y seguir atareadas su faena; no se entusiasman con lo que nos entusiasma, no se conmueven con lo que nos conmueve, no se asustan con lo que nos asusta; hablan poco: algunos han estado años sin hablar; otros ban vivido años sin ver el sol, en un subterráneo húmedo, manejando una imprenta secreta, por ejemplo; sin saber de su familia; sin cambiar ideas con sus compañeros, á quienes no conocen; sin comer todos los días; dnrmiendo sobre un poco de paja, á veces podrida; viviendo sin goce y muriendo sin gloria; éste, doblando papel desde el alba hasta el sueño; aqél levantando tipos, el otro llenando cuartillas de ideas y de hechos, desnudas las primeras, escuetos los segundos, ahorrando palabras, ahorrando sílabas, porque eso es ahorrar faena para los demás; el otro ha estado mucho tiempo: meses ó años, en peligro de todos los minutos, repartiendo impresos, por

ejemplo; aguardando sin cesar, de día y de noche, durmiendo ó despierto, el momento en qce la policía le ponga la mano sobre el hombro, y lo lleve á la pocilga; al látigo, á la cárcel sin aire, al calabozo sin luz, al destierro sin piedad, al cadalzo sin espectadores: innominados, sin gloria, sin Dios, sin patria, sin familia, sin éxito posible, sin esperanza de este mundo ó del imaginario. Cuando se habla de ellos; la gente seria y bien pensante dice: esos infames. La historia buscará, en cambio, en vano, algún día, nombre bastante alto para decir la grandeza de su locura, y tendrá que contentarse con llorar de rodillas á su recuerdo.

Uno hubo entre esos hombres sobre todos ellos interesante. Era millonario y noble y se llamaba Demetrio Lisogoub. Sus hermanos le negaron el derecho de mezclarse en sus tramas, y ese fué el mayor dolor de su vida. Eres rico, le dijeron; *la causa* necesita tu fortuna antes que tu persona; si andas en nuestros trabajos, acabarán por descubrirlo y se confiscarán tus bienes; si los entregas á *la causa* llamará la atención el cambio de propietario: adminístralos para ayudarnos; esa es la mayor utilidad que puedes prestarnos. Demetrio aceptó el pacto, comprendiendo las razones de la propuesta. Privado, entonces, del goce que ambicionaba en la vida, vivió extraño á la fiebre de la conspiración y á la actividad, para él deliciosa, de las diarias faenas revolucionarias; solo, aislado en la única intimidad del propio pensamiento; en la miseria negra, porque no pudiendo participar de los peligros, quiso, al menos, participar de las privaciones y llevar la existencia de los más pobres y sufridos de la

asociación; menospreciado por avaro y aun por demente á los ojos del mundo, sin que, fuera de algunos jefes enterados de su sacrificio y que con excepción de cortísima suma recibían de sus manos la renta enorme de sus bienes, supieran sus mismos hermanos de conspiración lo que hacía; con frio en invierno, con sueño y sin poder á veces dormir en su habitación lóbrega y pestilente; con hambre siempre; ignorado, oscuro, humillado á sus propios ojos, por no participar bastante del sacrificio común; por no poder aspirar al látigo, ni á los sofiones de la policía, ni á las angustias de la Siberia, ni al cadalzo ignominioso. Tuvo una amiga, y su vida se refrescó un poco: era una joven encantadora, cristiana, educada por una inglesa en la religión protestante, que quiso comunicarle su fe y que se contagió con la del Nihilista. En el oasis de aquella intimidad vivió muy poco tiempo; la joven supo, por acaso, la historia de aquel héroe, que con tanto empeño embozaba la propia grandeza,—la amistad se trasformó en amor y él llegó á notarlo, á pesar del pudor de la niña. Entonces se alejó desdeñosamente de ella: su doctrina miraba al amor como una voluptuosidad cobarde. Antes habían discutido sus credos. En dos puntos no estaban de acuerdo: en la mansedumbre para buscar el triunfo de la Justicia y en las esperanzas de ultratumba. Jamás comprendió Demetrio que el cristianismo renunciara á la espada. Con la palabra,—decía la niña, ha triunfado sobre el mundo. ¿Triunfó ya, por ventura? contestuaba el conspirador sombrío, ¿triunfó porque hay iglesias? ¿triunfó porque se cantan oraciones?—¿Dónde está su victoria?

¿viven los hombres como hermanos? ¿se acuerdan, siquiera, de que lo son, atareados como andan en robarse, engañarse y deslumbrarse mutuamente? ¿Es hermano el déspota del opreso, el amo del siervo, el verdugo de la víctima?

A la postre el mayor de sus anhelos pudo satisfacerse. ¿Hubo algún traidor que lo denunciara? ¿Inspiró sospechas su modo de vivir? ¿Sorprendieron sus relaciones con *la obra?* El abismo de aquella tiranía es insondable. Cierta noche la policía llegó á su tugurio, sus bienes fueron confiscados y algunos días después, sin proceso, sin ruido, sin formas, subió al cadalso en el patio de la cárcel. El largo calendario de los devotos no menciona una vida más noble que la de aquel rebelde, más valerosa que la de aquel soldado sin fusil, más santa que la de aquel ateo. Si lo infinito no está vacío, y el pensamiento que nos anima es inmortal, la imaginación no concibe trono más alto que el que la conciencia de lo ideal debe tener reservado para ese atleta de la indignación humana ante la burla de la vida,

Es verdad que para el criterio del cristianismo, que de una manera irregular predomina en nuestro tiempo, los procedimientos nihilistas tienen que aparecer inaceptables, y aún el simple sentido común los rechaza en cierto concepto. El cristianismo, según los nihilistas, informó con su espíritu de fraternidad muy poco espacio la vida de sus secuaces, convirtiéndose, después de haber alcanzado las alturas del favor de los poderosos de este mundo, en un conjunto de recetas para ganar el cielo sin mengua de seguir siendo ricos y soberbios en

la tierra, contra la terminante declaración de su maestro. El egoísmo, que es nuestro movimiento *centrípeta* es siempre mucho más poderoso que el *centrífuga* de nuestros impulsos sociales, y para cohonestar el desequilibrio, las sociedades humanas, sin necesidad de expreso acuerdo, practican todas, como por instinto, las artes de la hipocresía, que nos hacen apareeer muy benévolos y suaves los unos para los otros, aun en medio de la lucha tenaz de nuestros intereses y pasiones. De aquí las sentimentales propagandas contra las servidumbres de las razas inferiores hechas en pueblos que se aprovechan de la menor inferioridad de los otros para imponerles su albeldrío; de aquí las jeremiadas contra el cadalso, á pesar de que la propia defensa social, que es en el fondo más importante que la individual, exige á veces su erección, y de que el argumento más poderoso contra él, que estriba en la falta de responsabilidad de nuestros actos, hijos todos de nuestro organismo, de nuestra educación y circunstancias, en realidad no puede emplearse en su defensa, ya que el miedo es el estímulo más poderoso entre los que mueven á los hombres, que *el loco por la pena es cuerdo*, muchos veces, y que en cuanto á la injusticia innecesaria que se comete, matando á quien no lo experimentó lo suficiente, para que otros con el espectáculo se acobarden, es de poco momento comparada con las ventajas que produce, é indigna de tomarse en cuenta en una vida social y natural que no es más que un conjunto de iniquidades por los contrastes y desequilibrios que ésta crea por sí y que aquella se ve forzada á fomentar. El cristianismo es una

exageración enfermiza de los impulsos contrarios al egoísmo, pretendiendo que midan con el mismo rasero las satisfacciones de su organismo el enteco y el vigoroso, por ejemplo; que no seamos de carne y de huesos, cuando no nos componemos de otra cosa, y que amemos á nuestros enemigos, cuando ni el amor se manda, ni la enemistad lo produce. El sentido común ha disuelto estas máximas extremas en una cantidad enorme de interpretaciones ingeniosas en virtud de las cuales pueden llamarse cristianos y aún aspirar á la bienaventuranza eterna hombres que están bien lejos de vender sus bienes para dar el producto á los pobres, como exigía terminantemente el maestro, con tal que algo de ellos le den á la Iglesia, y en virtud de las cuales pueblos cristianos se desgarran mutuamente en guerras fraticidas, y los representantes de los apóstoles cantan en ellos sendos *tedeums* para solemnizar las hecatombes de sus asesinatos. Es ridículo, por lo mismo, acusar de cruel el procedimiento nihilista: lo que á nuestros ojos lo condena es su falta necesaria de método y, por lo mismo, lo ilógico de su conducta; si tres sucesivos Emperadores Rusos hubieran caído en tierra, la Rusia tendría á estas horas seguramente el beneficio de las torpezas y ficciones del absurdo Parlamentarismo, que los nihilistas en su inexperiencia con inocentes anhelos apetecen, Este mundo no está hecho para dar la túnica á quien nos pidiere la capa, ni presentar la otra mejilla á quien nos hiera en la una, so pena de ser muy pronto conjunto de desnudos y descalabrados; como decían algunos críticos excépticos acerca de los primeros cristianos que vi-

vían en común: imbéciles que se dejan explotar y pícaros que los explotan. Nada se gana con estarnos engañando los hombres mutuamente acerca de estos puntos esenciales.

Desde que la especie humana alcanzó algún desenvolvimiento de sus facultades racionales, debió notar que se verificaban en torno suyo hechos de grandísima importancia que de su voluntad no dependían: La imaginación común, y el arte de los primeros taumaturgos, crearon una serie de cultos y divinidades que tenían por comunes raíces el misterio de la vida y la característica curiosidad humana, y por comunes formas las adulaciones más abyectas hacia esas grandes voluntades desconocidas. El genio de la raza semítica dió un gran paso en esta esfera de los humanos ideales estableciendo, con el inmortal *decálogo* de Moisés, que la gran causa desconocida se complace en que la justicia y el amor inspiren las humanas relaciones, y unificando todas las fuerzas misteriosas que manejan el Universo en una entidad fabricada con la sustancia de más precio que los hombres tenían á la mano: su propio pensamiento. El misterio impeuetrable se personificó entonces en un pensamiento análogo al humano, pero al que la fantasía agrandó desmesuradamente; con atributos puramente verbales, llamándole infinito y eterno, sin que ninguno de esos vocablos pudiera responder á un verdadero concepto inteligible, y procediendo para constituirlo por medio de sublimaciones y de negaciones de las cualidades intrínsicas que nos caracterizan. La piedra bruta, por decirlo así, con que el ídolo nuevo quedó representado, la proporcionó, aún á otras ilusio-

nes religiosas menos dignas de aprecio, un fenómeno natural y casi cuotidiano: el ensueño. Producto de un sueño incompleto, en que la actividad del cerebro no cesa por entero, y en que esta actividad característica tiene que trabajar con ilusiones y recuerdos, porque la comunicación con el mundo exterior presente está del todo, ó casi del todo, interrumpida; operación mental que hoy científicamente se explica,—hacía creer á los hombres anteriores y exteriores á la ciencia en una entidad que en nosotros vive fuera y hasta cierto punto extraña á nuestra carne, y el salvaje pensaba de buena fe que había estado cazando, por ejemplo, mientras su cuerpo reposaba en el lecho de hojas secas que le era habitual; lo mismo hubiera podido pensar de su perro, ya que estos animales dan con frecuencia trazas, mientras duermen, de agitarse en imaginadas cacerías. Un místico sublime, cuya superioridad moral incomparable sólo en su raza y en su pueblo se concibe, arrojó sobre esta religión monoteísta, que ya era un prdigio de potencia imaginativa, un encanto y un prestigio nuevos, superiores á cuanto los hombres han creado. La religión mosaica había dicho ya que los hombres deben amarse los unos á los otros como se aman á sí mismos y el precepto, imposible de cumplir, había originado, como era natural, una refinada hipocresía; el profeta nuevo quería producir una reacción contra este género de humanas relaciones compuestas de mentiras y en que un exagerado egoísmo se dejaba ver á cada paso, y mandó amar á quien nos ataca y envilece. El maestro nuevo, aunque debió ser de simpática figura, pues fué

muy amado y seguido por las mujeres; de que su carácter era dulcísimo, su vida intachable y de que estaba dotado de un magnetismo personal poderoso, pasó por demente aun á los ojos de su madre y sus hermanos, según cuenta el Evangelista Marcos, y como era necesariamente poco grato para los sacerdotes judíos que gobernaban á su pueblo, ante el cual ponía á cada paso de relieve la hipocresía refinada de aquellos, después de tenderle un lazo, en que no cayó, para que como agitador político se le persiguiera, acabaron por fijarse en que, si bien de un modo vago y aun contradictorio, daba á entender que era hijo del Dios por ellos adorado, no como ellos decían que lo eran todos los hombres, sino por una generación como sexual; la blasfemia que esto envolvía era de cierto grande, y dada la estrechez de ideas de aquellos tiempos, la condenación del blasfemo enteramente lógica. Siglos más tarde, la Iglesia fundada en su nombre hubiera recurrido á penas harto más fuertes que el suplicio de la cruz para castigar un atentado semejante. Es positivo, por otra parte, que los prodigios de su magnetismo personal han sido muy exagerados por los discípulos que han contado su vida; porque, aun en nuestros tiempos de escepticismo, un hombre que curara ciegos y paralíticos y resucitara muertos, no podría ser perseguido judicialmente sin que una sedición en su favor se produjera, y discípulo alguno suyo estaría dispuesto á vendetlo ni á negarlo. Su carácter profundamente humano, afeminado á veces, su agonía del huerto, tan distinta de la serenidad de Sócrates, su grito en el suplicio: señor ¿por qué me abandonas? que in-

dica una quimérica esperanza de que alguna legión de ángeles viniera á protegerlo,—en vez de amenguarlo, dan mayor realce á su serenidad definitiva, á su valor, en resumen heroico y á la sublimidad de su mansedumbre: el Nihilismo no lo mira eon odio, sino con respeto, aunque confíe más que en los resultados de una propaganda exagerada, sentimental y definitivamente estéril, en establecer por la fuerza la igualdad racional entre los hombres, como producto, no del amor, sino de la convicción y del derecho, y un progreso moral y científico en que las enemistades resulten absurdas y se curen, como se cura la anemia y la fiebre, por medios que la ciencia proporcione.

Para exponer toda esta parte de la doctrina que debo mostrar por entero, he debido hacer violencia á mi respeto por las convicciones religiosas de algunos de los que me oyen; pero sin la explicación de los puntos que acabo de tocar, el Nihilismo resultaría, en verdad, perfectamente incomprensible.

Casi no menos sagrados que aquel á que acabo de referirme son para las sociedades contemporáneas otros tres conceptos que la doctrina del Nihilismo desconoce: la propiedad, la herencia y la familia; Un ilustre economista de la época ha dicho que el hombre nace propietario, indicando que la apropiación exclusiva de algunos objetos, por lo menos, le es tan indispensable como el oxígeno que toman para sí de la atmósfera los pulmones del infante; sin la herencia, la propiedad no existe de veras, y en cuanto á la familia, bien puede decirse que la civilización no existió de veras en el mundo sino cuando el hombre y la mujer se

juntaron en uno para la juventud y la vejez, para la próspera y la adversa suerte; ni hay sueño hermoso del manceho y la jovencita semejante al de buscar abrigo para las inclemencias de la vida entre los sacros muros del hogar honrado que la bendición de los padres cubre, que el aprecio de la sociedad protege, que la infancia alegra, que la adolescencia hechiza, en que la vejez se ampara y reverencia: dicha que si perdura es la más alta que en la tierra puede disfrutarse, y que si, por faltas propias ó por decreto del hado se turba y desvanece, hermosea y perfuma con su recuerdo los abismos que la orfandad y la viudez abren en nuestro atribulado pensamiento, que el frío de la soledad hiela y espanta.

Conviene notar que hay algo de declamatorio y esencialmente falso en la defensa que de la familia y de la propiedad se hace. Ya el divino Platón había atacado lo uno y lo otro, como os lo recordé en la primera conferencia de esta serie. Imaginó el sublime pensador la comunidad de los bienes y de las mujeres para suprimir muchos inconvenientes que el matrimonio y la familia entrañan de seguro: educados sin diferencia, bajo el influjo del gimnasio y de la música, los ciudadanos de su República ideal crecerían juntos como hermanos, desenvolviendo en igualdad de condiciones su naturaleza; extinguiéndose la enorme injusticia que coloca, ya en tosca, ya en dorada cuna á los hombres; que los destina, desde los vagidos de la infancia, ya á esplendores heredados y no merecidos, ya á privaciones y dolores precoces; proporcionando, por lo contrario á todos educación sana é idéntica; haciendo germinar

en ellos desde la niñez fraternidad bien inspirada y mantenida, libertando á los padres de los cuidados y desvelos que la protección y cultura de la prole acarrea, haciendo desaparecer las disputas domésticas, apagando la fiebre de los celos, desterrando el tedio de las largas uniones conyugales, que convierten no pocas veces el vínculo del matrimonio en algo como cadena de forzado y el hogar en una cárcel, desvaneciendo de golpe diferencias de condición y de aptitud para la dicha, gérmenes de discordia, causas de sobresalto y de tristeza, las más frecuentes sin duda que en lo común de la existencia aparecen, y atacando por la base y aniquilando desde la raíz las pasiones y los intereses que hacen de las sociedades humanas algo menos armónico con frecuencia que la piara de bestias que pastan juntas, tranquilas bajo el sol y aun que el grupo de fieras, que el azar junta á veces en paz en las profundidades de la selva.

Está fuera de duda que la educación y la vida de la mujer actual son en lo más esencial incompletas. Su traje mismo, que atormenta y desfigura su cuerpo, y está sobrecargado de embarazos y ridiculeces, propias algunas de estas últimas de las tribus salvajes, es como un signo de la reclusión en que vive, dentro de la esfera en que nuestro egoísmo y nuestra soberbia se empeñan en mantenerla. El traje actual, aunque parezca pueril la observación, fuera de conformarse mucho menos á las exigencias de la higiene, de la comodidad y de la estética, que los que antiguos griegos y romanos emplearon, es motivo, con sus complicaciones ostentosas y caras, de verdaderas perturbaciones sociales,

muy principalmente en lo que á las mujeres respecta, y una evolución en este punto es bien de apetecerse. Lo repito, habrá quien ría de estas reflexiones, y sin embargo ¡cuántos sufrimientos entraña para una gran parte de la sociedad el conjunto de fórmulas que encierran el vestido y el tocado! lo cual se agrava con la contemporánea pretensa democracia que ya no aguarda, y, casi no tolera, las diferencias que en estos puntos eran de rigor en las sociedades antiguas. Respecto de la mujer actual, su traje indica á primera vista que está destinada casi exclusivamente á agradarnos, y como la inmensa mayoría de los hombres carece de buen gusto, y como el cosmopolitismo se exagera lastimosamente en el asunto sin parar mientes ni en la diversidad de los climas, la mujer de hoy es una especie de esclava de los caprichos de modas insensatas y, un ser humano que dedica la mayor parte de su tiempo, por ley ineludible, á preocupaciones propias de muñeca consciente, ó cuando más de una niña de pocos años. De aquí la tiranía conyugal, á que la entrega la sociedad contemporánea casi sin defensa. Su debilidad excesiva, la cual depende sobre todo de la existencia en que la encerramos, sin gimnasias útiles, y sin ocupaciones que den á su organismo otros desarrollos que los que nuestros egoísmos apetecen; su carencia de vida mental, para la cual no tiene preparación ni estímulos; la posición de aparente supremacía y de inferioridad verdadera en que la sociedad la confina, mutilan la actual civilización del mundo, al privarla de colaboraciones importantes, cuyo precio no puede ahora medirse, pero es dado calcular ya,

por la trascendencia de la obra femenil, aun en esas condiciones desfavorables, desde que el cristianismo primero, y más tarde, en mucho mayor grado, la reforma religiosa y el individualismo sajón, dieron algún campo á la mujer para el ejercicio de actividades superiores. El matrimonio y la familia cuando sean las obras de dos seres incontestable y completamente iguales llegarán á ser algo bien distinto de lo que en tales conceptos conocemos.

¡La propiedad privada!—es cierto que la vida no puede concebirse sin ella; el socialismo moderno no lo desconoce; lo que pretende es que la explotación de la tierra y las fuerzas naturales por nadie puedan apropiarse, y mucho menos dejarse como herencia y en la manera de cambiar de sistema en el asunto conciben atenuaciones y tanteos. Supongamos que en Costa Rica una revolución triunfante ó un dictador á lo Carrillo expropia los patios de beneficiar café, y si no los expropia, los fabrica, llevando á cabo en lo adelante esa tarea, y la de la conducción y venta en Europa del precioso grano, por cuenta del Estado, sin expeculación alguna, deduciendo sólo del precio del café el gasto intrínseco de esas operaciones: es claro que si la práctica pudiera ajustarse exactamente á la teoría del caso, el resultado sería maravilloso.

Existe hoy un complicado feudalismo creado por las diferencias de fortuna: unos hombres son verdaderos y cuasi omnipotentes señores, y otros humildísimos vasallos. Es fábula lo de que la fortuna es el premio del trabajo: la mayor parte de las veces,—la regla casi absoluta,—es que provenga del azar, cuando no de

las artes más pecaminosas, y el resultado del reparto, llamémoslo así, de las condiciones sociales, hecho por la culpa y la casualidad, no sería más justo si dependiera de lo que se llama el mérito,—que es premio de otra lotería en que apuntan números las condiciones ó predisposiciones, hereditarias ó no. con que se nace, y las que la educación y las circunstancias contingentes producen. ¿Y cuál es la consecuencia formidable? Éste en el fango, en la picota, en el presidio, - aquél en el palacio; aquél hambriento, harto el otro; quien en el pináculo, quien en la sima, y á veces, por turno, uno mismo en ambas partes. Que las iniquidades de la distribución social son inmensas está fuera de duda, y no lo está menos que ello depende del azar.

Dada la constitución social del momento histórico, hay grandes injusticias inevitables, incurables, mientras esto no cambie, que son como matemáticamente precisas: las ambiciones torpes y las envidias ruines tienen el éxito seguro. Y aun cabe más en las costumbres de la época: cabe que un gran inventor agonice de hambre sin encontrar los medios de realizar su obra redentora, en tanto que un gran talento de garganta, un tenor soberbio ó una soprano de raras facultades,—ocupe el ápice de las alturas envidiables.

La religión no da remedio para el caso. He tenido ya con otros propósitos la oportunidad de contarlo. En el siglo XV., un fraile, Gerónimo Savonarola, fué quemado vivo por rebelde á la autoridad de la Santa Sede y por hereje; para obtener el suplicio, el Papa amenazó la ciudad que le servía de abrigo con un

entredicho universal, que hubiera arruinado su comercio. Antes de morir sufrió siete veces el tormento de la cuerda, abriéndose, al fin, su cuerpo por bajo de los brazos, y siendo preciso interrumpir el suplicio por miedo de privar á las llamas de su presa. Pero semejantes crueldades no pudieron triunfar de su prestigio. Hubo grandes glorificaciones artísticas de su recuerdo y de su nombre en bronces, telas y medallas; la Santa Sede dejó vender en Roma imágenes suyas á cuyo pie se le llamaba Doctor de la Iglesia y se le invocaba como mártir; durante más de dos siglos, las jóvenes de Florencia mantuvieron sembrado de flores el lugar de su tormento; Rafael de Urbino lo colocó entre los Padres del Catolicismo en un cuadro suyo pintado en el recinto del Vaticano. Santa Catalina de Ricci lo invocaba en sus oraciones. San Felipe Neri se conmovía hasta las lágrimas pidiendo á Dios que restaurase su nombre. La Italia entera veneró su memoria. La Cristiandad pidió su intervención en el cielo para purificar el mundo. Nadie que de imparcial se precie puede desconocer que fué un cristiano en el único sentido lógico que puede tener ese vocablo.

La hermosa Florencia era entonces impía: el galanteo acudía todas las noches á la reja de los conventos, sin otro velo que el de las sombras que daban mayor hechizo á la cita. Cortesanas impúdicas servían de modelo para las imágenes de María,—y en general los retratos de mujeres hermosas y no muy crueles representaban todas las santas imágenes.—Cuando los artistas buscaban modelos en las novicias de las comunidades religiosas, las

consecuencias eran peores, como en el caso de Fra Filipo Lippi. Hubo fortunas que se disiparon en los gastos de una boda ó de un entierro. Todos los usos, todos los trajes, todos los detalles de la vida tenían extravagante magnificencia. La adoración por las bellas artes rayaba en locura, y los gastos que esto traía consigo acarreaba enormes despilfarros. Las carrozas antes desconocidas, los utensilios, antes nunca vistos, los trajes, llevados á una delirante suntuosidad, se modificaban á cada momento. La prodigalidad, la lascivia y la soberbia eran como las tres virtudes teologales de aquella vida: Florencia era la capital del arte, del buen gusto y del vicio.

Es cierto que el veneno estaba en el aire de la época. Era aquel el tiempo en que Fernando el *Católico*, Rey de Aragón, decía serenamente: recuerdo haber hecho muchas promesas: pero ni de una sola que haya cumplido. La época en que la Canosa no era la única cortesana que tenía parte en el manejo de la Iglesia El tiempo en que se vendió alguna vez la tiara en pública almoneda. La época en que más preocupaba á los Príncipes el hallazgo de una medalla desconocida que la pérdida de una provincia, y el lujo de sus *amigas* que el hambre de sus pueblos. La época en que todos los crímenes quedaban cubiertos con una indulgencia comprada al Cielo ó á la Tierra ó excusados por el despliegue de algún talento artístico. La época en que el Aretino ponía en una balanza ante los reyes y los grandes señores las más viles lisonjas y las más torpes calumnias, y los invitaba á colocar oro en un platillo para que la balanza se inclinara

en su provecho. Era aquel el tiempo en que la hija de un Papa era disputada por dos hermanos suyos, uno de los cuales mataba al otro. Era el tiempo en que "El Príncipe" de Maquiavelo, que había de pasar por una sátira enorme, copiaba, haciéndole favor en la pintura. La época en que por la rencilla de dos príncipes, dos pueblos se obstinaban en desangrarse mutuamente; el tiempo en que, bajo el manto de la razón política, lo más ilícito parecía permisible y en que, bajo el manto de la Iglesia, nada parecía ilícito. La época en que un valiente general italiano estrelló contra una muralla á los hijos de un enemigo suyo, degolló á la mujer, que estaba en cinta, y clavó en la puerta al pequeñuelo, siendo muy aplaudido por lo duro de su venganza; la época en que César Borgia era Cardenal á ratos, á ratos Duque, bandido siempre. Era aquel un tiempo en que la hipocresía era la única forma de la virtud; pero no por eso se empleaba muy á menudo; sin exigirse, por ejemplo, de un papa en ejercicio, que dejara de reir francamente de los tontos que creían en Dios. En ese momento en que toda frontera moral, toda línea divisoria entre lo bueno y lo malo parece borrada, y en que Savonarola gemía por los pecados del mundo con elocuencia cuyo estro era el fervor de sus convicciones y propósitos, apenas se concibe que en nombre de Cristo se le persiguiera. Si de él podría decirse, acaso, que tuvo intemperancias de predicación que irritaron, con motivo, á la Santa Sede, nada de eso pudiera alegarse en el caso del famoso santo de Asís, cuyas predicaciones sublimes, virtudes preclaras y supuestos prodigios, no fue-

ron inferiores á los de Fray Gerónimo, llegando á oponerse á que se cazara un lobo que hacía grandes perjuicios en los rebaños y yendo á conferenciar con él en medio de la selva. El "hermano lobo," como lo llamaba el Santo hombre, aceptó el trato de ser alimentado sin hacer daño; pero los lobos humanos de aquel tiempo continuaron sus rapiñas de costumbre, sin que se arrodillaran las soberbias y envainaran su espada las iras, como, en medio de prodigios, aceptos á la fantasía é ignorancia del tiempo, lo pretendía el apóstol de Asís. La idea de que estamos dispuestos por la naturaleza para convertirnos en ángeles, de que quien duerme ó se desmaya es como un trozo de piedra; pero quien se muere, sigue pensando y existiendo mentalmente para siempre, á pesar de que su cerebro se pudre y acaba por desaparecer, — no ha sido hasta ahora, ni hay anuncio de que será en lo futuro, preventivo eficaz contra los embates del egoísmo y de las malas pasiones que su propia naturaleza inspira á los hombres; las cuales, sea dicho de paso, como no han sido inventadas por él, hay que cargar en cuenta á la inteligencia soberana é infinitamente buena creadora del cielo y de la tierra, sin que se salga de la dificultad con acudir al Diablo, lugarteniente y especie de verdugo de nuestro padre misericordioso, según el mito á que aludimos, pero obra é invención de su sabiduría y bondad inconmensurables en la misma leyenda. Quien sacó de la nada la vida, pudo sacarla, si era omnipotente, sin sus posibilidades tormentosas y nefandas, y si era infinitamente bueno, así debió hacerlo: tal es el punto de vista del Nihilismo.

Se llaman leyes las condiciones de enlace y dependencia entre varios fenómenos distintos; las que se refieren á la vida social humana constituyen el Derecho. El hombre, lo repito, tiene dos movimientos como nuestro planeta: el centrífuga de sus instintos sociales y el centrípeta de su egoísmo, por lo común triunfante, aunque con atenuaciones de no pequeña importancia y casi incesantes disimulos. A través de los siglos, el impulso social ha progresado paso á paso, hasta el punto de confundirse con su antagonista y aun de supeditarlo. En el desarrollo de lo que se llama la vida moral humana, la familia de pueblos que se conoce con el nombre de raza latina, y la que se llama anglo-sajona, encarnan principalmente dos aspectos distintos del Derecho. El *individualismo* en el progreso anglo-sajón, y la costumbre de *vivir* el Derecho, en vez de considerarlo como un artificio exquisito, han hecho posible la libertad personal casi completa en medio de una sociedad tan fuerte como feliz, si bien para esto no se ha mostrado por ese grupo de pueblos traza del talento técnico en los latinos, de los romanos heredado, hasta el punto de que lo que forma entre ellos el Derecho privado, y aún gran parte del público, es un conjunto de lo que con aversión justificada llamaba el rey Alfonso X de Castilla "juzgar por fazañas é albedríos."

Los latinos, por otra parte, en asuntos de la mayor importancia, han estado en situación análoga á la de aquellos hambrientos de quienes habla el humorista Heine, que para calmar los tormentos de su apetito se entregaban á la lectura de un manual de cocina.

Con más racional acercamiento del que hoy existe entre ambos grupos humanos, caben grandes influencias y enseñanzas mutuas de trascendentales ventajas.

Lo que ese contacto podría traer de más benéfico entre nosotros es el respeto y la tolerancia de la opinión y el interés ajenos; la práctica sincera del sufragio, para que la autoridad resulte, á la manera de la razón en el individuo, el exponente moral é intelectual de la sociedad que dirige; el verdadero *principio de autoridad*, que no consiste, como nosotros lo entendemos, en que los errores y los crímenes de una autoridad, aunque lo sea simplemente de *hecho*, deben encubrirse y sostenerse, sino en que no se tolere como autoridad de hecho la que no lo sea de derecho, y en que ésta sea perfectamente responsable de sus actos; la organización independiente del Poder Judicial y su carácter de árbitro supremo en las controversias entre gobernantes y gobernados; la descentralización de todos los servicios públicos, siendo elegidas, además, por el país sus autoridades inmediatas, sin lo cual jamás habrá libertad en estos pueblos, por la falsa noción de que el nombramiento del último agente de la autoridad en la región más remota debe depender del Jefe del Estado, mientras que en los Estados Unidos del Norte es frecuente el caso de que el Presidente de la República pertenezca á un partido político y á otro los Gobernadores de estados de grande importancia, sin que haya, ni pueda haber, por eso, conflictos que no es dado concebir donde la administración está excentralizada.

Ahora bien, nada tiene de incompatible un individualismo radical en cierta región del Derecho, y un bien entendido socialismo en otra. La cuestión religiosa, por ejemplo, es de aquellas en que no se concibe la menor intervención social, porque la hipocresía podrá imponerse, pero no la creencia, y porque en este terreno las más amplias libertades individuales coinciden sin estorbarse mutuamente. El derecho de creer, el de pensar, el de decir, sin cortapisa alguna, su pensamiento; el de asociarse para fines lícitos, son tan espontáneos y sencillos en el anglo-sajón como puede serlo en nosotros la función respiratoria, y no se estima por ellos, de cierto, como de menos importancia.

La idea del divino Platón de educar en común á los ciudadanos de la República, ha tenido la aplicación que era discreta, en los tiempos modernos, por medio de la instrucción primaria gratuita y obligatoria. Entiendo que tiene la mayor importancia el punto que ahora toco, y voy á decir cándidamente cuanto á cerca de él pienso, por más que no se esconda á mi noticia cuánto de visionarias pecan mis ideas á los ojos de importantísimos criterios.

Soy de los que creen que no ha llegado para el mundo la hora feliz en que las sociedades racionales puedan prescindir definitivamente de la guerra, y pues que no ha llegado, estimo que ciudadano y soldado de la patria son dos aspectos de una entidad indivisible, y juzgo que no puede haber democracia donde los elementos que merecen tenerse en primer término por varoniles se sacan del pueblo y se colocan en cierto modo frente á él como en son

de amenaza y desafío. La milicia nacional debe estar formada por todos los ciudadanos del país, prestándose el servicio por turno riguroso, que á nadie excluya, y que ningún arbitrio altere, y en las escuelas públicas debe empezar el ciudadano á someterse á la saludable disciplina, que no forma autómatas como algunos ilusos entienden, si va acompañada de la educación que al ciudadano corresponde. Una página sólo añadiría yo á la excelente cartilla de *Instrucción Cívica* que el país posee, y con las nociones y los conceptos en ella contenidos, á más de lo que ya reune, desafío á que haga autómatas de los niños, que con su enseñanza se familiaricen, la disciplina militar; por lo demás, sólo el día en que soldado y ciudadano sean términos que se correspondan y completen, cesarán las funestas cuarteladas que á estos países empobrecen y deshonran. Completada la cartilla de la instrucción cívica con algunas cortas explicaciones, que á mi ver le faltan, acerca de los derechos individuales, de la función municipal, y del ministerio verdadero y completo de la Justicia del país, así como del carácter y la trascendencia del sufragio, debía añadírsele un libro de lectura que diera las ideas fundamentales de la ciencia moderna: conceptos claros y sugestivos de los métodos con que el pensamiento humano ha conquistado la ciencia que posee, de los puntos de partida de ésta, de sus horizontes actuales, de sus instrumentos y caminos. El libro en que aprendemos á leer graba para siempre en la memoria su enseñanza y su influjo, y ya, por otra parte, que todos los ciudadanos no pueden ir á Institutos y Liceos, en el camino que señalo

hallarían cierta compensación para la gimnástica mental que pierden, algunos que, acaso, hubieran sido por ella los más aprovechados! Como lo dije en una de las conferencias anteriores, la ciencia no comenzó de veras su marcha majestuosa sino después que la Reforma religiosa rompió los lazos que la aprisionaban en la Sacristía. No pueden, los que sostienen lo contrario, negar que con Galileo, y sobre todo con Newton, ha empezado la verdadera ciencia del mundo y de la vida. La admirable fijación de la ley de la gravedad, así como el descubrimiento del cálculo indirecto, forman con los trabajos astronómicos y físicos de Galileo, el verdadero punto de partida, no sólo de la ciencia, sino del modo de pensar científico. La conquista y manejo de la electricidad; la geología y la química, que sólo nuestro siglo ha sabido de veras, dan las bases de la investigación única posible acerca de los problemas que más nos interesan. Los trabajos de Pasteur han abierto ante nuestros ojos el mundo de lo infinitamente pequeño; nos han enseñado á comprender las fermentaciones; nos han explicado la vacuna, que empíricamente practicábamos, y han iniciado por lo mismo una medicina nueva, que llegará un día, según legítima esperanza, á modificar nuestro organismo moral por una higiene trascendente y una alteración, que no juzgo irrealizable, de nuestras condiciones orgánicas. Sólo el mundo moderno ha podido por el anfiteatro anatómico, que el fanatismo hubiera mirado con horror, por las atrevidas investigaciones que lo precedieron acerca de la circulación de la sangre, por ejemplo, y por los inmortales hallazgos de Cu-

vier sobre la anatomía comparada, penetrar hasta donde es posible á la inteligencia humana el interesante misterio de la vida. Sólo nuestra época hubiera podido encontrar la luz X y el telégrafo sin hilo, conductor de la corriente eléctrica, y ponerse á la tarea, de no lejano éxito, de andar bajo las aguas, y cruzar el aire con vuelo que las águilas envidien, y sólo en ella no parece demencia soñar en la trasmutación de la materia y en vencer al cabo todas las asechanzas de la muerte. Dar la base y esencia de la sabiduría moderna é indicar sobre todo sus métodos y sus caminos, es perfectamente posible, aunque no falten pedantes que lo nieguen, en libro sencillo y de interesantísima lectura, que se agarre á la mente y se clave en la memoria de los niños. La educación física, de que tanto cuidan los ingleses, y de que aquí ni siquiera se tienen nociones adecuadas, completaría la educación intelectual, contribuyendo, además, á su buen éxito. No es quimérico ni vaporoso, como no faltará quien lo pretenda, enseñar á nuestros niños á decir sus ideas y á discutirlas sobre todo; que los gobiernos de libertad son gobiernos de opinión, y por lo mismo de controversia y de palabra, y el miedo cerval que nuestros gobiernos tienen á la prensa y á la tribuna, muestra de una parte su falta de educación en la materia, y se origina, en algo, de la otra, en nuestros vicios para discutir, y en nuestra propensión á perder la calma y á envenenar con elementos malsanos nuestras discusiones. Hay que hacer ensayos en la vida escolar del ejercicio del sufragio para ciertos asuntos; hay que amaestrar á los niños en la distinción esen-

cial de lo que pertenece á la disciplina que honra á quien la obedece, lo que atañe á la discusión en que el voto de la mayoría debe en calma aceptarse y lo que toca al reducto de la conciencia individual y á su autonomía sacrosanta. Hay que darles menos de lo antiguo y esto de manera que sientan el sabor añejo de lo que tomen de ello, y no se les escape el aroma peculiar suyo, y mucho más de lo moderno. Hay que dejarles ver de la historia aunque sea sólo lo esencial, pero no como cadáver de anfiteatro, sino como drama en movimiento. De las lenguas muertas un análisis sucinto; que las estudie por dentro quien á ello especialmente se dedique. Que aprendan á servirse de su idioma, y que no queden sin saber el misterio de la belleza poética y la intensidad de expresión que caracteriza la elocuencia. Todo esto que he dicho, y que cualquiera llamaría programa largo, en el libro de lectura cabe, en cuanto á las nociones, y en la disciplina de una escuela elemental, en cuanto al ejercicio, si con buenas reglas se conduce. Y no lo he dicho todo.

Hay todavía por ahí quien enseña *Psicología* y aun quien enseñe *Metafísica*. Lo único que es sensato, en esta parte, es enseñar lo que conocemos de la función y de la disciplina de nuestra inteligencia: claro concepto de nuestro organismo cerebral y del de los sentidos; lógica de la reflexión, además, en vez de lo que por psicología se entiende; lógica de la voluntad, en vez de la moral; lógica del arte, lógica de la historia, lógica del Estado; y más que todo, el estudio crítico histórico de las falacias en que ha caído el entendimiento huma-

no, influenciado por la imaginación y el sentimiento, y de cómo se ha levantado de sus caídas y llegó la mayoridad, no hace mucho tiempo. Con decirles á los niños en breve y claro concepto general cuál era la astronomía de los antiguos y cuál la de los modernos, se les enseña, quizás, más de filosofía verdadera, que con laborioso curso de los que todavía andan por ahí, los libros de los cuales deben ir ya á reunirse con los volúmenes de versos á los cabellos de Dorila y á los suspiros de Filis, que hay quien siga escribiendo sin darse cuenta de que el tren pasó hace tiempo por esa estación y está mucho más adelantado.

Y de la educación matamática de la inteligencia, que á nadie es bueno que le falte, dará primicias al niño el libro de lectura, extractando algunas ideas del magistral trabajo en que Augusto Comte dejó explicada la historia de su lógica especial y en que, sin que el maestro se fijara en ello, quedó también hecha la lógica de toda demostración y, por lo mismo, la lógica de la elocuencia. La matemática, como él lo explica, no hace otra cosa que buscar el camino para medir *indirectamente* lo que por el camino usual no puede medirse, y su procedimiento queda patente con el ejemplo de quien estando junto á un abismo no tiene instrumento que le diga su profundidad; pero tiene una piedra y un reloj, y por el tiempo que tarda en oírse el sonido de aquélla en el fondo sabe con exactitud la profundidad de la sima. Cuando se raciocina, no hacemos otra cosa: buscamos la cantidad mental que sirva de piedra de toque, por los dos contendientes aceptada, á las doctrinas que ambos sustentan,

y si ese criterio común, que sirve de *función*, en este caso, para hablar el idioma del álgebra, se encuentra y se fija con cuidado, el resultado de la controversia, confiéselo ó no la vanidad del derrotado, es el que los derechos de la verdad pueden apetecer. Siento que mi plática, por su índole, no pueda detenerse más en esta materia, entrando en detalles que son de tanto interés como importancia.

La propaganda serena, desinteresada y persistente de la verdad, acaba siempre por asegurarle el triunfo, alcanzándose por ella, bien pronto, la asociación de esfuerzos racionales en un mismo sentido; la Historia lo demuestra con ejemplos numerosos. A la forma transitoria de los *mecanismos* con que actualmente la ley de sociabilidad se cumple, ha de sustituirse, en plazo no remoto, el conjunto de *organismos* que la asociación expontánea constituirá para reemplazarlos y llegará la hora en que el *egoismo* de cada hombre no esté satisfecho sin la satisfacción cabal de sus impulsos de sociabilidad hallándose la fórmula que á la dicha de toda nuestra naturaleza responda. Entonces nadie tendrá que tender la mano para pedir socorro y nadie se alzará estúpidamente soberbio sobre los hombros de otro: un cristianismo sin espasmos ni alternativas y contradicciones, reinará sobre la tierra; hay que prepararlo, ¡jóvenes que me oís: jamás se dió mejor negocio, ni más alta hazaña, ni más noble andante caballería que trabajar en algo para tan altos fines! ¿Qué ideal de los que actualmente parece contemplar el mundo puede compararse con éste? El de las religiones,— si de éste, el de la íntima y fraternal socie-

dad humana, se le separa,—no es más que un egoísmo que anhela bienaventuranzas más allá de la tumba; el del arte, el de la ciencia, meras vanaglorias personales, si á su contemplación no atienden; el de la política, juego de palabras é hipócrita encubrimiento de vanidades y soberbias, si en la dicha del mayor número no se cifra, en resumen. Somos, aquí en el planeta, en medio de las crueldades de la naturaleza y las imperfecciones de nuestro organismo, como pasajeros de un buque que hace agua en el centro de arrebatadas olas. Si no nos acercamos y nos unimos, si no nos auxiliamos y nos confortamos mútuamente ¡miserable destino el de este pretenso rey de la creación, inferior, en suma, á todos los demás seres que la pueblan, más capaces, en definitiva, de compatibilidad y de concordia en todo caso en que ven de cerca un gran desastre común, é incapacitados, en su feliz ignorancia, para estar mirando, como nosotros, de hito en hito, el gran desastre de la vida!

RENAN

Renan ha muerto; hase extinguido con él una inteligencia serena y radiosa que, con suave claridad, alumbraba las mayores alturas de la crítica histórica, filosófica y literaria de nuestro tiempo.

Era el suyo un talento singular por lo perspícuo, por lo delicado, por lo profundo, que entre tantas condiciones sólidas ó brillantes como en él lucían, distinguíase, en primer término, por un equilibrio perfecto. Después de Platón, nadie; ni Macaulay ni Taine, han usado un estilo más limpio de redundancias, de adornos falsos, de afectaciones ingeniosas, tan sobrio, tan elegante, tan potente, en cuyas formas se unieran con tan magistral é íntima armonía todos los recursos del arte sin que hilo alguno saltase ó reflejase con mayor intensidad el rayo de la fantasía en aquella urdimbre á que la seda no podría compararse. El tono de su literatura crítica era de una majestad olímpica llevada con una sencillez ejemplar; algo que trae á la memoria aquellos reyes que eran

pastores de pueblos, como los llamaba el viejo Homero.

Era, en efecto, un maestro que servía no sólo como oráculo, sino como dechado, que daba á sus discípulos,—casi todo el mundo literario de nuestros días,—no el canon frío, sino el modelo palpitante: artista supremo de la palabra escrita, al mismo tiempo que Doctor de sus Academias. Su pluma, como la de Taine, pero con una serenidad mayor, era un buril que trabajaba en piedras preciosas. En sus libros nos quedan tesoros de sabiduría; pero, por fortuna, para muchos que los aprecian más, quedan, asimismo, el perfume exquisito y la atmósfera luminosa de una soberana belleza.

Su ciencia era enorme y estaba admirablemente asimilada. Ello explica, acaso, mejor que cualquier otro motivo, la catolicidad, la amplitud, la noble tolerancia del criterio con que juzgaba así en filosofía como en historia; los ignorantes somos los intransigentes; la sabiduría es siempre plácida; el que ha visto toda la vida del género humano adquiere cierto noble excepticismo, que no excluye el entusiasmo, pero que estorba al apasionamiento feroz por opinión alguna de los hombres.

La Historia fué bajo su estudio y bajo su labor, lo que tantas veces se ha intentado: una arte bella, sin mengua de su severidad característica; la interpretación ideal de los sucesos; la reconstrucción, no mecánica, sino con hálito de vida, de un tiempo que fué, de una civilización, de un pueblo, de una raza que pasaron sobre la tierra y que en ella se hundieron. Pocos hombres, si alguno, han hablado como Renán la lengua de las costumbres, de las institu-

ciones, de las ideas que ya no existen ó que existen á larga distancia de su órgano; tenía en el más alto grado posible la elasticidad plástica que permite á la inteligencia colocarse como la cera en torno de todos los objetos para tomar su molde. No era un pensador indeciso, no era de convicciones levantadas en el aire, sino sobre la roca viva y honda de una sabiduría casi venerable;—su autoridad podía considerarse indiscutible; y, sin embargo, ¡cuán poco autoritario!, ¡cuán poco dogmático en sus juicios! Su existencia, relativamente larga, trascurrió sin un debate violento, sin una frase dura, sin una invectiva, á pesar de haber estado bien adentro en asuntos que apasionan por lo común las opiniones, sin dejar caer en caso alguno de su pluma una sola gota de la hiel de la sátira, á pesar de haber visto de cerca asuntos que para pensadores de su escuela suelen ser ridículos, y de haberse ocupado, más de una vez, en analizarlos despacio. En medio de aquel París agitado, ruidoso, atronador, la Babel moderna, el laberinto de las doctrinas, el campo de batalla de las teorías, el pandemonium de los sofismas, el circo en que la inteligencia moderna celebra sus combates olímpicos, de aquel París en que las ideas parecen llamas por el resplandor, pero también por lo candentes, que se ve, por lo mismo, de lejos como un incendio, como un remolino, como un caos luminoso, si la paradoja se permite; en medio de aquel París, decimos, es un buen espectáculo, algo que tranquiliza y refresca, el de aquel anciano grave, sonriente, dulce, melancólico, conversando á media voz con los mártires, con los apóstoles y con los sabios de

otro tiempo, quizás por no tener verdaderamente con quien hablar en los que corren.

La fisonomía del filósofo no era en Renan menos interesante. Por ciertas condiciones de su espíritu, estaba llamado á ser un *positivista*, y lo fué en cierto modo; era harto metódico, harto dialéctico, harto escrupuloso en la formación de sus juicios, en el examen de los elementos con que los constituía, para que no descubriese su mirada la línea que separa la investigación posible de la investigación insensata; el dato del delirio; lo que se piensa, de lo que se imagina; lo que se cree en virtud de las leyes de la inteligencia, de lo que se cree porque se quiere creer, volviendo la espalda á la luz de la razón, apagándola cuando su claridad nos importuna. Pero si ante esa línea se detenía circunspecto, nunca tuvo una palabra de insulto para los que la cruzaban; los acompañaba, por lo contrario, con mirada respetuosa, algunas veces con admiración, siempre con amor, y en algún caso, daba suelta á la fantasía para que cruzase también el equinoccio formidable: sólo que entonces la dejaba ir como globo cautivo, conservando en las manos el hilo salvador que debía llamarla á su punto de partida y guardar la señal, en algún modo, del espacio ilícito recorrido, para que no hubiese extravío del raciocinio bajo el influjo de sus narraciones de viaje. Tenía en su entendimento la balanza que se ha atribuído al de Voltaire, tan fina que en ella podía pesarse un cabello; sólo que la de Voltaire, por lo mismo de ser tan fina, se desequilibraba con un soplo, y sobre la de Renan pasaba sin alterar su fiel el huracán de las pasiones.

Por otra parte, su positivismo era idealista; veía bien el mundo de la materia, pero veía también el mundo de la idea, y estaba animado por lo tanto por el impulso sacro y por la esperanza sublime que acaso se haya cumplido ya en este momento; no era un creyente; pero sí un hombre alta y profundamente religioso; lleno de piedad, de unción, de recogimiento ante el misterio insondable y augusto que envuelve nuestra vida y nuestra muerte.

Su "Vida de Jesús," el más famoso de sus libros, pudo mover la cólera fácil del dogmatismo católico; pero ¿quién puede negar que es un libro serio, de estudio sincero, de tolerancia llevada hasta el colmo, de pensamientos altos, penetrado todo él por una emoción hondísima y por una ternura infinita? No fué al pie de la cruz en la peregrinación de los devotos ciegos por la fe; llevaba los ojos abiertos, pero llenos de lágrimas; no fué un espectador deslumbrado, pero tampoco burlón ni indiferente, ante el drama del Calvario, la más hermosa y más patética tragedia que ha pasado ó se ha concebido en la tierra; no trajo del Gólgota escapulario ni reliquia alguna tocada en el monte en que espiró quien ni él ni nosotros vacilaríamos en llamar "Nuestro Señor," porque es nuestro maestro y nuestro ideal; pero de esa romería, nunca en vano emprendida, trajo santas tristezas, una emoción imborrable, nuevo y vigorizante alimento para su idealismo de filósofo y de artista; y cuantos hemos tenido la feliz intimidad de su pensamiento, aunque sea á través de la lectura, hemos saboreado algún sorbo de la miel de sus abejas del Cedrón, algún hálito de sus rosas de Jericó y de sus li-

rios del huerto teñidos por el sudor de sangre del Nazareno.

Ahora se ha ido, pero tenía concluída su obra, tenía hecha su tarea: no es un artífice que deja la joya á medio cincelar. No es una columna rota, un obelisco destrozado en lo alto, un día que se eclipsa cuando comienza la tarde: esta calamidad no aflige por lo prematura, sino por lo grande. Es probable que su agonía, es seguro que su muerte han sido serenas y tranquilas, sin sobresaltos, sin inquietudes, sin remordimientos, sin convulsión terrible de ver ó de imaginar, sino como un sol que se pone.

Octubre de 1892.

NINDIRI

El me había hablado del pueblecito, y con él tuve el gusto de verlo por vez primera, en viaje que hicimos juntos en un cómodo y ligero carruaje de Managua á Granada. A Rubén Darío me refiero, el poeta laureado de Centro América.

A eso de las tres de la tarde divisamos las primeras chozas; el cielo estaba azul, alguna que otra nube, transparente como velo de gasa, volaba por él, y de lo alto caía y por todas partes se derramaba, la luz color de oro quemado de un sol brillante pero ya muy soportable. Me pareció que estaba en Grecia: así debió ser la Jonia antigua, ó por lo menos, esa segunda Grecia, la Provenza de los tiempos medios. En calle sin polvo, recta y ancha, se alineaban las casas, hechas de corteza de palma y de bejucos, cada una de arquitectura diferente, á cual más graciosa y originalmente ideada, de formas caprichosas, como sueños de hombre que no ha visto civilización, pero que, sin conocer la de los otros,

ha inventado él mismo su poesía, y se la saca del alma para ponerla en todo lo que le rodea; al rededor de las casas había siempre flores, y por la espalda de ellas asomaba algún árbol, indicio de huerto, que con sus ramas de esmeralda oscura y sus frutos de colores vivos daba nuevas notas á la pintura ideal que formaba el paisaje. A la puerta ó en pequeños corredores delante de ella, ví algunas mujeres de la raza india de Nicaragua, que es la más bella que conozco; todas lucían, muy morenas, por estar vestidas de un blanco inmaculado, y los cabellos muy negros y los ojos como llamas, tomaban con eso un relieve encantador. Admiróme su limpieza singular y el aire de fiesta que eso daba á la aldea, porque se trataba de un día de trabajo de la semana. ¿Qué hacen estas gentes? pregunté con curiosidad á Rubén;— se diría que esperan alguna visita. Venden flores y frutas, me contestó el poeta, las llevan en cestos muy bizarros á todos los alrrededores; esta es su vida cotidiana. Pasaron, en efecto, á poco, por junto á nosotros dos mujeres y un jovencito con cestos tan extraños como las casas, llenos de colores y de aromas, conduciendo su mercancía: nunca hubiera calculado antes que el comercio pudiera tomar á mis ojos forma de poesía.

No era hora de oír pájaros: lo que se escuchaba era una cigarra; pero la influencia del medio ambiente, sin duda, me hizo encontrar bello su toque de clarín delgado y persistente: pensé en la cigarra de oro, símbolo del arte en el mediodía de Francia, y el canto sin ritmo, lejos de perturbarla, completó mi ilusión.

Soñaba yo entonces, por otra parte que

llevaba á mi lado la cigarra de nuestros bosques y de nuestra poesía americana, pues Rubén era ya un poeta, aunque todavía no era un hombre, y su inspiración no había aún torcido su cauce, sino que era genuina y expontánea. Más tarde se dejó influir por ideales exóticos, y siguiéndolos ha llegado á la cumbre de la gloria; pero yo prefiero la cigarra desconocida, y ahora que temblamos á la idea de recibir una mala noticia, (1) ha venido á mi mente, con sincera ternura, el recuerdo del pueblecito original de las flores vivas, de las casas lindas y de las indias limpias que venden colores y perfumes de los que brotan, sin amaño, del seno fecundo de la naturaleza.

Diciembre de 1894.

---

(1) Estaba muy enfermo Darío.

COLON

Colón pertenece al pequeño grupo grandioso: los héroes del género humano; los excelsos representantes de la especie. Nació en Italia: la marina española lo cuenta entre sus Almirantes; pero ni Italia ni España pretenden ni podrían tenerle por gloria nacional: su sombra no cabe en las dos naciones reunidas.

No es, por otra parte, un marino, ni un soldado, ni un gobernante ilustre, ni siquiera un sabio. Colón no es de los hombres que por el camino de las menudas investigaciones, tras largas veladas, después de cansarse la vista observando, y la inteligencia analizando el resultado de sus observaciones, llegan al fin de sus anhelos, á la tierra de promisión de las soluciones felices; es del corto número de los grandes iluminados. Ciencia no le faltaba; perseverancia, obstinación, voluntad firme, ya las mostrará más adelante, cuando llegue la ejecución de su empeño: lo primero que muestra es la intuición pasmosa, el sentido como

divinatorio y la fe sublime del genio; con la luz que alumbra su pensamiento tratará de alumbrar la ignorancia y las preocupaciones que ¡oh prodigio! intenta poner al servicio de su convicción; con su fe invencible producirá el contagio de su idea y de su esperanza en pechos y en entendimientos que no estaban llamados á albergarlas. Es una de las grandes tristezas de la Historia; se oprime el corazón; nos sentimos acongojados y llorosos al ver marchar con el recuerdo, al grande hombre ¡poderoso mendigo! de Corte en Corte, de tierra en tierra, por el Continente europeo, tendiendo la mano para pedir el oro de su empresa, cuando lleva en su idea, en su intuición, en los pliegues de su voluntad, algo que sobrepuja los tesoros de "Las mil y una noches:" la realización del cuento de hadas más prodigioso que concibió la humana fantasía. Con melancólica mirada seguimos al peregrino sudoroso y fatigado; con agonía lo vemos luchando con esa forma de la ignorancia que se llama ciencia oficial, que por sus macisos soportes y soberbia satánica, es la ignorancia más oscura y la más difícil de vencer; pero con gozo inefable vemos también, de súbito, levantarse junto á la figura del genio próximo á la derrota, otra figura, otra personalidad, destinada á compartir con él la inmortalidad de su triunfo: como quien llega al venturoso desenlace de hechicera y semi-trágica ficción poética, que ya con sus peripecias nos desgarraba el pecho, vemos asomar el momento de oro en que una gran reina sale, como por providencial acaso, al encuentro del genio, cercano ya al abatimiento: ese momento es un momento de júbilo para el

género humano, es la reversión de una de las más pavorosas catástrofes que se han conjurado en la Historia, y nosotros todos —¿cómo no hemos de decirlo con orgullo?—pero principalmente toda mujer de nuestra raza, al recordar á Colón peregrino y errante, tiene que sentir en las sienes la frescura del laurel olímpico que ciñe para siempre la memoria de la nagnánima Isabel.

Ella hizo que el sueño de aquel visionario fuera una realidad. Ella hizo que pudiera intentarse aquella aventura inaudita que da á pensar, á un tiempo, en las proezas legendarias del Cid y en las quiméricas empresas de don Quijote. Sólo que esta vez el león no se contentaba con volver las grupas al heroe: el combate iba á verificarse; el océano espumoso ignoto, inmenso, armado con sus oleajes, con sus abismos, con sus corrientes y sus vientos desconocidos, iba á tener deveras bajo sus garras y entre sus fauces al paladín sin miedo. Por el mar conocido, planificado, detallado, á la manera de un camino público, con los recursos de que la ciencia dispone hoy contra las sorpresas y los asaltos de la ola y el viento, el viaje triunfal de las tres carabelas simbólicas que vinieron á América para solemnizar la memoria augusta del primer viaje, y que no pudieron ser idénticas en lo frágil, en lo desarmado, en lo humilde á las tres de entonces; con todo eso, digo, el viaje de ahora no dejó de verificarse con precauciones, con medidas de protección, con el amparo de otras embarcaciones capaces de protegerlas en el caso de algún accidente. La gallardía del primer viaje apenas puede repetirse con la imaginación, y no sin

que sufra vértigos la misma fantasía. Pensad los que me leéis en aquella salida de Palos de Moguer, y decidme si hubo jamás en los sueños de la poesía, en las exageraciones de la leyenda, en las ficciones mitológicas, algo que supere al grupo de insensatos que van así á meterse en los senos de la aventura casi inconcebible. Si mañana, por caso no previsto, un sabio que reuniera, concentrara é hiciera dar nuevo y gigantesco paso á toda la sabiduría actual del mundo, propusiera viaje por las regiones del espacio é otro planeta de nuestro sistema,—á Marte ó á Saturno,—y si en la endeble barquilla del aerostato para la navegación temeraria encontrase compañeros, y si estos compañeros fueran hombres que participaran de su audacia, pero que no pudieran participar de la intuición de su genio, ni de las confianzas de su ciencia, todavía ese viaje increíble y maravilloso, tendría un término conocido, una marcha marcada á través de un medio menos misterioso hoy que lo era en el siglo XV el Océano Atlántico; todavía habría menos solemnidad en la despedida, menos grandeza épica en la resolución, carácter menos sublime en el intento, que en aquella arrancada de Palos de Moguer de las tres carabelas inolvidables que van,—palomas de alas sedosa y breve,—á tender el vuelo que para los alciones es locura. Ya parten, ya se inflan sus velas, ya se alejan, ya apenas se divisan, ya se pierden de vista. ¡Cómo debió brotar entonces de las playas de la España creyente é idealista, como debió surgir de aquellas arenas, en que quedaron las madres y las prometidas, el himno sonoro, uno de los más grandiosos que

han llenado el espacio: ¡que Dios las acompañe!

Por eso, bien podemos decirlo, aunque sin la pretensión ridícula de monopolizarlo: Colón es una gloria nuestra. En un momento crítico de la Historia, nuestra raza y él se comprendieron y se aceptaron mútuamente. ¡Adopción inolvidable que ha dilatado el planeta! El tenía, al menos, ya lo dije antes, la fe de su genio: una claridad privilegiada, á la manera de un ángel que llevase una estrella en la mano, marchaba delante de su pensamiento, disipando las tinieblas del abismo; pero aquellos marineros que lo seguían, tan sencillos, tan inespertos, digámoslo en honor suyo, tan ignorantes, — esos tuvieron la fe que faltó á Pedro para caminar sobre las olas detrás del Redentor. El Océano sin límites; después, al llegar, la selva semejante al Océano; aquellos ríos como mares, aquella raza extraña, aquellos precipicios, aquellos volcanes,—nada los arredró, colocando sobre la erguida cumbre de los Andes la bandera de España, y partiendo con ella como en dos mitades, partiendo con ella como en dos hemisferios distintos el horizonte de la Historia.

El nombre de Colón cifra y expone esas ideas, Gloria de Italia, en cuyo suelo se meció su cuna; de Italia, donde Garibaldi hubiera sido capaz de emular las aventuras maravillosas de nuestros Corteses y Pizarros; donde nació Miguel Angel, el único digno de levantar la estatua del grande hombre, y Dante, el único digno de cantarlo. Gloria de nuestra raza, que le dió en el Cid y en el Quijote sus dechados, en los marineros de Moguer sus colabora-

dores, en la Reina Isabel su providencia, con su bandera sombra, con sus premios aliento, con la conquista la fecundidad de su obra,—Colón, he de repetirlo al concluir, es una gloria humana: tal es el sello y el verdadero carácter de su grandeza. Este Continente prodigioso; el de los montes altos, el de los bosques densos, el de los anchos ríos, el de los pechos fuertes, es el pedestal del monumento que la Historia erige para su recuerdo; pero de todos los pueblos, de todas las zonas, de todas las castas han de levantarse los homenajes y los laureles de su triunfo. Su heroísmo en sufrir, en trabajar, en arrostrarlo todo: las privaciones, la miseria honda, la humillación cotidiana, la muerte misma, para la victoria de su idea, es, no después de su genio, sino con su genio, lo que hace deveras incomparable su grandeza. La Historia no recuerda otro caso de una inteligencia tan alta, puesta en conjunción con un carácter tan noble y vigoroso. Colón es una estrella doble. Es un granito que parece hecho de luz. Por su entendimiento es incomprensible en su época. Por su voluntad es incomprensible en la nuestra. Todas las conquistas de la ciencia se muestran pequeñas cuando se las compara con la suya; todas las hazañas de los grandes capitanes resultan baladíes en comparación con sus hazañas. Luchó con lo imposible; venció el Océano inmenso; extendió el mundo; prolongó la sombra de la cruz sobre todo el planeta; hizo al género humano, en conjunto, un servicio como divino; que muriera definitivamente cuando cerró los ojos, lo juzgamos imposible: bronce como el de su inteligencia, oro como el de su voluntad,

son metales imperecederos. Su nombre es un estímulo perenne, su ejemplo una lección imborrable; su apoteosis, uno de los raros casos en que la Humanidad se yergue altiva, y aliviada de sus desmayos y sus pesimismos, olvidada de su concupiscencia, consciente de su fuerza, retemplada en la religión de lo ideal, exclama con alborozo: *Ecce homo.*

EL SANTO DE ASIS

Asís es tierra en que el naranjo florece, que el limonero perfuma, que el olivo sombrea, que corrientes aguas festonan con espumas blanquísimas ó con el azul profundo de sus reflejos esmaltan, y sobre la cual despliega el cielo claridades y nubes, resplandores y hermosuras que superan todos los sueños de la fantasía. Y en aquella tierra nació y creció Francisco rodeado de prodigios, de apariciones misteriosas, de celestes mensajeros, de fenómenos naturales, nunca oídos, de avisos de lo alto, de vaticinios claros,—desde la cuna, desde antes de nacer más bien, marcado por el dedo de Dios para carrera más luminosa que la de la estrella de la mañana.

Su inocencia de niño no fué la ignorancia absoluta y común de la infancia; fué sólo la ignorancia del mal; era aquella una sombra que surcaban celestes resplandores. Los sacramentos de la Iglesia católica los veía como escalas que bajan de lo infinito de la misericordia divina á lo infinito de nuestra miseria.

Oía la misa asistiendo palpitante de emoción al drama de la cruz que ella simboliza. Oraba levantando el vuelo del pensamiento hasta la región de lo inefable, estableciendo con ella la comunicación que la plegaria envuelve. Su fe perfecta era la base de una esperanza perenne, superior á todas las dichas de la Tierra, y de ambas se engendraba una caridad abrasadora que lo hacía amar, no sólo á sus amigos y á sus enemigos, sino á la bestia inmunda ó pequeñuela, á la flor del campo, á la naturaleza entera, que por obra de Dios tomaba á sus ojos color nuevo y sobre natural hechizo. Viviendo en una época de vicios escandalosos, de discordias ardientes, de pasiones monstruosas, de contrastes horrendos entre la desventura y el lujo, se consagró á hacer fraternizar la soberbia y la envidia, pidiendo á la primera su oro y á la segunda su cólera, con humildad y fervor tales, que ablandaban todas las durezas, estableciendo entre un abismo y otro la vía de comunicación que es la gloria del Gólgota, La pasión de Cristo no se apartaba un instante de su pensamiento, hasta el punto de que las señales del martirio sublime acabaron por aparecer en su cuerpo, llevando en su carne las huellas de los clavos crueles que habían atravesado las manos y los pies del Redentor.

Lo ideal lo atraía, y la fiebre de la adolescencia y de las primeras horas de la juventud, el influjo del cielo de Italia, la atmósfera de su tiempo, la holgura de su casa lo llevaron blandamente al cultivo de las artes: fué tañedor elegante y poeta; amó lo bello que resplandece en la superficie de la vida, antes de buscar las perlas de sin par hermosura que sólo se

hallan en sus profundidades: se dió á cantar y beber con sus amigos en esos largos insomnios en que los vulgares cuidados de la existencia se olvidan por completo en una media embriaguez de la carne y en una sublime ebriedad del pensamiento: conoció el sueño pesado del vino, pero conoció también su ensueño refulgente; rindió culto pasajero á todas las delicadezas de la forma, desde las del pensamiento sutil que se envuelve en el ritmo y la rima como en túnica y toga de seda y la melodía exquisita que da voz al pensamiento indeciso y misterioso hasta la que pone en los primores de la tela con que se viste el cuerpo símbolo y marca de la belleza que se ama con ansias de angustioso apetito.

Pero su piedad lo apartó pronto de aquellas disipaciones: encontróse un día, al dirigirse al punto de cita de sus compañeros de holganza, un mendigo cuyos harapos y cuyas úlceras formaban repugnante espectáculo: de aquella miseria salió para él la voz que oyó Saulo en el camino de Damasco; la pureza moral, la inmensa ternura y la humildad incomparable del Cristianismo brotaron como de ocultos manantiales en su pecho, y la vida quedó trasfigurada ante sus ojos; cambió por las asquerosas del mendigo sus ricas ropas, y no volvió á comer pan que no fuera el escaso y duro obtenido de limosna. En los abismos sociales á donde descendió en seguida, la lepra, esa enfermedad cruel que pone en la vida todas las podredumbres de la muerte, era la compañera ordinaria de la pobreza. Francisco por su delicadeza ingénita, por lo rico de su cuna, por sus costumbres elegantes sentía hacía aquella forma

de la miseria repugnancia extrema y lo que hubo de más heróico en su nueva existencia fué el vivir mezclado con aquellos compañeros inmundos, respirando su atmósfera, lavando sus llagas, bebiendo en la misma copa, besándolas para aliviarlos con los testimonios de su amor inmenso, ansioso de que no hubiera barrera que los separase y exponiéndose á recibir el contagio de sus inmundicias corporales á trueque de esperar contagiarlos á su vez con la pureza de su pensamiento.

San Pablo lo ha dicho: el Cristianismo es una suerte de locura; la sabiduría común busca el goce, y él se complace en mantener viva la tristeza profunda que se desprende del drama de la Cruz; acordarse de si exalta en perennes ansias á los hombres, y él predica que hay que olvidarse de sí mismo; el mundo promete sus recompensas á los osados, á los que salen á su conquista con la frente erguida y con pecho de hierro, y él se las brinda á los mansos y humildes de corazón; el mundo se inclina ante la altivez, adora los explendores de la vanidad, cae de hinojos ante el oro, se deja guiar por una espada desnuda; y él levanta al humilde, besa la miseria y rompe la espada; el mundo busca la riqueza y él anda detrás de los pobres; el mundo está lleno de curiosidades. y él sabe lo que le importa; el mundo pasa de un amor á otro amor y de una esperanza á otra, y él está fijo en el amor que lo abraza y en la esperanza que lo alumbra; el mundo corteja el favor de los poderosos, y él la sonrisa de los humildes; el mundo corre sin cansarse de un lado á otro anhelando protecciones y favores, *él sabe que su Redentor vive;* el mundo quiere vivir y él

adora la muerte; al mundo nunca le parece tener lo bastante, y él había pensado y sentido desde el principio la frase que un gran poeta ha dicho: *á el que nada tiene le queda siempre su Dios.*

Hay dentro del Cristianismo una institución que ha sido instrumento de grandes abusos y víctima de no menores injusticias; la de los frailes, como los llama exclusivamente el vulgo. ¿Qué son los frailes? Son sencillamente hombres que renuncian al mundo: hacen votos de pobreza, de castidad y obediencia; sufren sin abrigo la inclemencia de las estaciones, van toscamente vestidos, descalzos á veces; ayunan; se mortifican la carne, unos rezan casi de continuo, otros trabajan casi sin reposo; algunos predican, otros enseñan: todos viven para los demás, en la abstinencia, en el ayuno, sobre la cama dura, en el sol, en la lluvia, en medio de las furias de los elementos y de los desprecios y de los odios de los demás hombres. Por lo común están obligados á vivir de limosna, sin poseer cosa alguna en verdadera propiedad, ni el sayal que visten, ni el devocionario en que leen: cuando no son grandes criminales, son seres abyectos y sublimes; desposados con la pobreza, verdaderos siervos de los siervos de los hombres: lo que está más abajo de la vida, y por lo mismo, lo que está más alto: las filosofías los han encontrado absurdos, las políticas, peligrosos, el sentido común ridículos; las legislaciones los han espoliado, las plebes los han befado ó exterminado. No importa: los pocos que el mundo ha dejado vivos continúan serena y valientemente su camino. Piensan sólo en estas palabras del Evangelio: "el que

quiera ser de veras mi discípulo, que tome su cruz y me siga."

Los que lo han conocido de cerca ó de lejos, recuerdan con espanto al monje ambicioso trastornando imperios, al monje disoluto trastornando familias, al monje codicioso arruinando países, al monje glotón devorando patrimonios, al monje fanático encendiendo la discordia entre el esposo y la esposa, entre el padre y el hijo; recuerdan los mares de sangre de las guerras religiosas, los potros de tormento de la intolerancia; la ciencia pavorida y silenciosa, la superstición triunfante, los pueblos esclavos teniendo por coyunda la cruz, las iglesias sirviendo de morada sólo para la concupiscencia y de asilo sólo para el crimen; Arnaldo de Brescia asesinado, Savonarola asesinado, Galileo deshonrado; se acuerdan de conventos que eran verdaderas pocilgas, y de otros que eran mataderos, hablan del *in pace*, maldicen á Domingo de Guzmán y á Ignacio de Loyola, y creen que el litigio está definitivamente fallado por la civilización y archivado por la Historia; pero ese no es el proceso, ese no es sino el alegato de una de las partes. La Historia recuerda asímismo la dulzura de Carlos Borromeo, la caridad de Vicente de Paúl, la piedad de Francisco de Asís; la Historia ve legiones de frailes doctrinando salvajes, amansando pasiones, encadenando iras, curando enfermos, iluminando ignorancias, amparando orfandades, levantando casas y dando calor de hogar para todas las desventuras, haciendo misiones de Evangelio al centro de todos los peligros, subiendo al Calvario en todos los continentes del planeta,—y en tanto que la ciencia

resuelve sin apélación la contienda,—la poesía besa el bordón del peregrino, la cruz del mártir y el rosario del fraile.

La orden fundada por Francisco se marcaba especialmente dor la pobreza y la humildad: su sayal tosco y la soga con que lo ceñía fueron durante mucho tiempo más venerados que las coronas y los cetros de los Reyes. Aquella milicia de amor, apaciguadora de iras, sembradora de amistades, hasta el punto de que infestando un lobo feroz cierta comarca, la tradición cuenta que Francisco logró ajustar paces entre la fiera y los habitantes del lugar cercano á sus fechorías y entró en lo adelante mansamente el lobo á recibir el cotidiano alimento á la casa de los labriegos antes por él de contínuo amenazados; aquella milicia, digo, fué durante muchos años rodeada y aclamada por el amor de las muchedumbres, y si, degenerando, al cabo, en vicios se trocaron algunas veces sus virtudes, nada hay en su instituto y nada hubo en su piadosa fundación que no merezca gratitud y alabanza.

La liturgia católica, la pompa de las ceremonias, las grandes bóvedas de las catedrales á donde sube el humo del incienso y en el que se refleja el solemne acento del órgano, las ideales pinturas en que grandes artistas han dado imágenes adecuadas á misterios dogmáticos que son en sí mismos de una hermosura arrobadora, los ritos majestuosos, la mitología hechicera, las milicias angélicas uniendo el cielo con la tierra, el profundo sentido de las fiestas, el lenguaje, admirablemente elegido, por su fondo y por su música en que el catolicismo habla, la asiduidad con que acompaña



al hombre desde la cuna en que lo bautiza hasta el sepulcro en que lo rodea de plegarias y bendiciones, la magia de sus esperanzas, los arcanos de su fe, la sublimidad de sus sacramentos, la eficacia de sus consuelos, la multiplicidad de sus recursos, el carácter de sus oraciones, las maravillas de su culto, esa flor de poesía, incomporable en los anales de la imaginación, que se llama la virgen madre,—todo ese mundo, toda esa fábrica portentosa de ideas y emociones que constituyen el Catolicismo, forma á los ojos de quien sea capaz de darse cuenta de él en todos sus detalles, espectáculo de una grandeza soberana.

En el estado actual del mundo no hay esperanza de dominarlo, empero, por ese camino: la fantasía tiene á cada hora que pasa, menos imperio sobre el hombre y las esperanzas de ultratumba entran por tan poco en la vida contemporánea, que el Nihilista, que no cree en Dios, representa en la actualidad el mismo papel que representó el mártir cristiano ante la tiranía de los Césares y las fieras del circo. Un Francisco de Asís haría hoy, en cambio, más por la paz del mundo que los más grandes estadistas de Europa. La poesía de aquella existencia singular no está á nuestros ojos en los arrobamientos místicos, en los torrentes de lágrimas que llegaron á cegar sus ojos por la idea constante de la pasión del Redentor; no está en las oraciones bellas por él inventadas y que la Iglesia conserva; ni en los milagros múltiples, ni en los trabajos innúmeros, ni siquiera en la vida sin mancha; está sobre todo en su caridad, sólo á la del Cristo comparable; con obra semejante es como puede

salvarse aún la civilización, amenazada hoy por la terrible faena subterránea del odio. Hablando de Francisco de Asís ha dicho León XIII: el más grande santo después de Nuestro Señor: un Santo al menos, según los quería Nuestro Señor, añadimos respetuosamente nosotros.

Octubre de 1898.

¡EL SIGLO XIX!

Discurso pronunciado en la cena ofrecida por el señor Presidente de la República de Costa Rica, á muchas personas distinguidas del país, al cerrarse el siglo pasado.

Señor Presidente, señoras y señores:

Ahora se cumplen diecinueve siglos desde que, en condiciones maravillosas, que ya no podrán repetirse, empezó á enseñarse á los hombres que deben mirarse como hermanos. ¡Cuántos resplandores han pasado, después de esa hora memorable, por la humana historia! La dilatación del Imperio Romano, con todas las trágicas grandezas del poder guerrero y con todas las iluminaciones de la ciencia jurídica; las irrupciones de los bárbaros, que parecen como gentes que llegaran de otro planeta á visitar la Tierra; el feudalismo, con sus vasallajes entre cruzados y sus cortes de amor y sus reglamentos de caballería, conjunción

fulgurante de la poesía y de la historia; las monarquías absolutas, con sus centros radiosos, que se dirían á veces lugar-tenencias de un poder divino; la revolución francesa, explosión como volcánica del pensamiento; el establecimiento de la libertad inglesa, monumento humano superior á todos los del arte griego; las hazañas napoleónicas, encarnación cumplida de los antiguos ensueños mitológicos; la ciencia llegando á los dinteles de lo infinito, pesando los astros en su mano y persiguiendo con su vista las evoluciones del átomo cósmico en las tinieblas del misterio biológico; el arte repitiendo el milagro de la creación con universo nuevo de imágenes, con constelaciones de armonías que en líneas y colores la pintura agita, y en verbos de intensa eficacia, de cuasi omnipotente influjo, la poesía, la música y la elocuencia mueven, levantando el cosmos de lo ideal sobre las sombras y las tristezas de la realidad vencida; la industria, con la actividad titánica, abandonando las alas de los vientos para montar el caballo de vapor y la quimera de la electricidad resplandeciente. Pues bien, entre tantos portentos industriales, entre tantos fulgores de las artes, entre tantas adivinaciones de la ciencia, entre tantos movimientos ciclópeos de la política y la guerra, entre tantos hermosísimos fantasmas como los tormentos y ansiedades de los hombres han hecho volar por los espacios de su fantasía, nada supera ni aun se acerca á aquel ensueño prodigioso de unir en una sola familla á todos los habitantes racionales del planeta, apagando las iras y humillando las soberbias que nos dividen, sustituyendo las concupiscencias y los egoísmos

con corrientes de generosidad y abnegación, que arrastren en sus limpias aguas nuestras desventuras, y si hoy, á pesar de los portentos de la industria, de las hazañas del comercio, de los milagros de la ciencia, hay todavía guerra perenne de nación á nación y de casa á casa, grandes sombras de tristeza sobre el mundo, presentimientos de desconciertos y trastornos en lo social y en lo político, es porque está sin cumplir sobre la tierra el testamento inolvidable de aquel mártir sublime, y porque en vez de hacerlo sólo con misticismos, ceremonias y dogmas, no consagramos su recuerdo humillándose los soberbios, perdonando á los soberbios los humildes y juntando todos nuestras manos para la obra del amor, la libertad y la justicia, esos tres astros en el cielo de nuestro pensamiento, cuyos irizados é inapagables resplandores vencerán, al cabo, todas las tinieblas de la vida.

El siglo XIX ha sido el siglo de la industria y ha sido el siglo de la ciencia. El siglo de la geología, el de la química, el de la biología; por excelencia, el del comercio, el de la Economía Política; como ninguno, el de la mecánica; el siglo de la ingeniería, y así como el 16 el de las matemáticas teóricas; el siglo de las matemáticas aplicadas; el siglo de la música, el siglo de la electricidad, el de la actividad incesante, el de los viajes al Polo, el que deja casi resuelto el problema de la navegación aérea y de la navegación submarina; el siglo de la fotografía, el siglo del espectroscopo, el del fonógrafo, el del teléfono, el del cañón rallado, el de los rayos X, el de la mecánica industrial y científica; el siglo de la pedagogía y

el de la lingüística; el siglo de las investigaciones internas bien dirigidas: el de la estética, el de la crítica, el de la antropología penal; el siglo de la curiosidad infatigable y del análisis paciente; el siglo de la ubicuidad intelectual que así se ha ocupado, con febril ardor, la inteli gencia, de la vacuna de todos los virus, y del telégrafo sin hilos conductor, como del ensayo de fundir la poesía y la música en un arte nue vo; el siglo de los códigos, el de las leyes hipotecarias y el de los registros; el siglo de la cirugía; el siglo, por antonomasia, de los Bancos; el siglo de los viajes rápidos; el siglo de la propaganda incansable, el del periódico, el folleto, la hoja suelta, la novela,— todo en condiciones excelsas;—el de la esterotípia, el siglo que sustituyó las cruzadas con los misioneros; el siglo de todas las formas de la asociación; el siglo de la policía de higiene y de la instrucción primaria obligatoria; el siglo de la comunicación incesante,—el siglo del correo; el siglo de las grandes empresas y el de las sociedades anónimas; el siglo de la minería y del carbón de piedra; el siglo de la calefacción multiforme para vencer los grandes fríos y de la ventilación y renovación del aire multiformes para los grandes calores;—el de la licuefacción del aire; el siglo del cartón-piedra y del acero; el siglo dcl galvanismo; el siglo de la contabilidad; el siglo del sufragio, el de la abolición de la esclavitud. el de la abolición del cadalso, el de la emancipación de las Américas, el del arbitraje, el del *seguro*, en todas las formas imaginables, el de las cajas de ahorros; el siglo en que ha comenzado la emancipación de la mujer; el siglo en que, con pedazos de

todas las razas y fracciones de todos los pue blos, se ha formado una nacionalidad nueva, la más compacta y sólida del mundo, no por la mano de hierro de una dictadura imperial, sino en la descentralización y la república y la democracia, para anunciar, nada más, la humanidad libérrima y asociada de mañana, nación en que todas las religiones tienen templo respetado y todas las opiniones periódico y todas las ideas tribuna, larva— insisto en ello,—larva nada más, y aun protoplasma de los Estados Unidos de mañana, de la gran asociación universal de los hombres en que, así como allí hay Estados soberanos dentro de la nación, haya pueblos y aun razas soberanas dentro de la unidad sustancial de la familia común, unida por el amor racional humano y por la libertad y la justicia.

Sucede con los grandes inventos de la industria, sucede aun con los grandes descubrimientosde la ciencia, que se deben á que algún estudioso nota de golpe lo que ha estado años, y aun siglos, á la vista de todos sin que alguien se fijara en ello. Tal pasa en el fondo con el secreto de nuestra dicha, así particular como social. ¡Cuán fácil sería, después de todo, algo que parece hoy lejano y aun casi imposible,—que una de nuestras pequeñas sociedades latino americanas fuera de veras libre, fuera de veras republicana, si cuarenta ó sesenta personas de las que viven en las primeras capas sociales, si lo propusieran de veras, con firmeza de voluntad y con abnegación y patriotismo! ¡Cuán fácil sería, del mismo modo, llevar á cabo una reforma social tan honda como pueda necesitarse en el mundo, con un po-

co de desinterés de los unos y un poco de arrojo y de perseverancia de los otros! Recordad, si no, aquel día sublime en que en el seno de la convención francesa se alzaron con entusiasmo los privilegiados para abandonar sus privilegios, se alzaron los nobles para renunciar sus derechos feudales, para romper sus pergaminos, para destruir el muro que los separaba del pueblo. Ah! si un cristianismo sincero nos inspirara á todos! ¡Si viniera por movimiento unánime, en paz y en concordia, lo que vendrá en otro caso cuando las muchedumbres sufrientes é ignorantes lo pidan entre los relámpagos y los truenos de la gran revolución del porvenir! Dentro de cien años,—lo aseguro en nombre de la experiencia de la Historia, lo aseguro en nombre de las leyes de la Naturaleza, lo aseguro en nombre de la conciencia humana,—dentro de cien años el feudalismo del oro habrá terminado, como á fines del siglo pasado terminó el feudalismo del hierro y la superstición; dentro de cien años descolgaremos al Cristo de la Cruz, no como lo descolgó antes Voltaire para robarlo á la admiración y el amor de las gentes, sino porque la redención que él soñó estará deveras consumada; porque nadie alzará la frente altiva como dueño y nadie la tendrá abatida como siervo; ni siervos de la raza, ni siervos de la preocupación, ni siervos del feudalismo del dinero, ahora vigente, ni siervos del miedo ó de las malas pasiones;—ningún siervo;—ningún yugo, ninguna cadena, ninguna sombra: tal es el porvenir cercano.—La operación de la catarata para toda ceguedad intelectual,—las manos juntas contra todas las iniquidades;—los pechos juntos contra

todos los odios, las inteligencias juntas contra todas las preocupaciones; las conciencias juntas contra todo despotismo imaginable; el milagro fantástico de Josué realizado de veras, un día prolongado—un día definitivo; el hombre de pie sobre el planeta, con el cuerpo erecto, con la frente luminosa, con las manos limpias de toda infamia y de toda servidumbre y cayendo á torrentes sobre la conciencia la luz de lo ideal, la luz de la fraternidad que nos une, de la justicia que nos eleva y de la libertad que nos consagra en el pontificado augusto de la razón sobre la naturaleza.

DISCURSO

pronunciado en la velada consagrada al centenario de Victor Hugo

Señor Presidente, señoras y señores:

El siglo pasado tenía dos años, lo dijo el mismo Hugo en versos, como suyos, inolvidables, cuando nació en Francia el último gran poeta lírico que tendrá probablemente el mundo. La amplitud de su canto, los tesoros de música de su lira, su ciencia profunda de la lengua del entusiasmo, las maravillas de su fantasía,—caleidoscopio gigantesco en que todas las escenas de la naturaleza y todas las emociones del pensamiento trazaron imágenes excelsas,—todas las singulares condiciones exteriores,—así las considero,—de su talento de poeta hubieran sido suficientes para títulos de una gloria sin par en el dominio de lo que se llama el arte puro, el arte sin trascendencia,—

él mismo inventó la frase,—el arte por el arte. La Francia estaría con sólo eso orgullosa de su nombre, y el mundo lo recordaría con pasmo de admiración: esta fiesta solemne se hubiera dado siempre, quizás con sólo eso; pero no sería el humilde orador que os habla quien hubiera venido, en tal caso, á ejercer el minisnerio de la palabra en este día. Entiendo que estamos aquí, y es bueno decirlo desde el principio, para hacer homenaje al pensador antes que al artista, al que estremeció con su palabra emocionada las entrañas de su época, sembrando la piedad en los corazones, al autor de la oración para todos, al creador de Fantina, de Juan Valgean y de Bienvenido Miriel, al que sobre las alturas que sólo su genio,—es verdad,—hubiera podido erigir en medio del mercantilismo de la sociedad moderna, se puso de rodillas para pedir á Rusia que emancipara á Polonia, á Francia que hiciera la República y al mundo que desarmara el cadalso. Su obra fué inmensa. Niño sublime lo llamó la primera autoridad literaria de la época cuando salieron á la luz sus primeras odas,—á la manera que en bosque largo tiempo silencioso se oye de súbito la melodía del ruiseñor,—y después de los ochenta años todavía las musas acudían á su reclamo. A vuestra memoria,—estoy cierto de ello,—vienen en estos instantes los nombres sonoros de aquellos volúmenes de versos que Europa y América se arrebataban de las manos para aprenderlos de memoria: *Odas y Baladas*, las *Orientales*, las *Hojas de Otoño*, los *Cantos del crepúsculo*, las *Contemplaciones*, las *Canciones de calles y de bosques*, *La leyenda de los siglos*, los *Castigos* el *Año*

Terrible; el *Arte de ser abuelo*, los *Cuatro vientos del espíritu*, *Toda la lira*, y á través de eso, como si no hubiera faena bastante en aquellos torrentes de armonía, las novelas que empiezan con *Bug Jargal* y el *Han de Islandia*, para llegar primero á *Nuestra Señora de París* y más tarde á *Los Miserables*, los *Trabajadores del mar*, *El hombre que ríe*, *Noventa y tres;* los libros, folletos y discursos *Claudio Guex*, *El último día de un condenado*, *Napoleón el pequeño*, *Antes del destierro*, *Guillermo Shakespeare*, *Durante el destierro*, *Después del destierro*, y en esta materia no quiero mencionarlo todo, ni siquiera los folletos en verso, y aparte, y á veces por encima de eso, la obra del dramaturgo, suficiente para una vida como labor y para una gloria como éxito: *Hernani*, *María Tudor*, *Marión de Lorme*, *Cromwell*, *los Burgraves*, *El Rey se divierte*, *Tisbe*, *Ruy Blas*, la formidable *Lucrecia Borgia*, y ya junto al sepulcro, *Torquemada*.

Las variaciones progresivas de su pensamiento,—lo que el vulgo necio llamaba sus inconsecuencias,—fueron muy atacadas; empezó su tarea como monárquico ferviente y al morir bien podía mirársele como socialista: él mismo ha parecido querer retratarse en aquel Mario de *Los Miserables*, hijo de una legitimista y de un bonapartista, exactamente como Hugo, que pasa de la fe de su madre á la de su padre antes de llegar á ser republicana. Portaestandarte en Francia del siglo XIX, su pensamiento sufrió los vaivenes de su tiempo; experimentó la piedad profunda con que la Francia después de la fiebre revolucionaria y la epilepsia de la época imperial, se empeñó por una hora

en restaurar la venerable monarquía del pasado y el templo derruído de las viejas creencias; sufrió el hechizo de aquella empresa curiosa que deslumbró al mismo Laffayete: la monarquía democrática de Luis Felipe; contribuyó coma poeta, sin prestar su complicidad como hombre político, á la construcción del segundo imperio, entre cuyos sillares no puede menos de distinguir la mirada del crítico hermosos versos suyos y grandes trozos de su prosa ciclópea, y desterrado como republicano el día en que, según sus ardientes palabras, al "asesinar la democracia, asesinó Luis Napoleón su propio juramento," el que había prestado como Presidente de la República, fué fiel hasta su útimo suspiro al noble ideal que consiste en que los pueblos se gobiernen por sí mismos, en que las aristocracias desaparezcan, en que los hombres vivan como hermanos, en que el Evangelio sea la carta fundamental de la sociedad, en que los continentes formen federaciones de democracias, en que no haya plebes ni feudalismos, en que las razas se den la mano, los caídos se levanten y surja de todos los ámbitos del planeta el himno del trabajo y la concordia: gloria á Dios en las alturas, y paz en la tierra á los hombres de buena voluntad.

Acabo de pronunciar una palabra sobre la cual es bueno que me explique. Víctor Hugo creía en Dios, creía en el espíritu. creía en la inmortalidad personal del pensamiento. Los que nos empeñamos, sin pretender descifrar los misterios que esas creencias dan por resueltos, en la libertad y la iluminación de los hombres, no podemas ver como perniciosas esas ilusiones en creyentes que, como él, sacan de tales

dogmas el elevado idealismo de su vida, la fraternidad universal como inspiración perenne de su obra y una tolerancia característica, tan honda como amplia, con respecto á todos los credos. La fe definitiva del gran poeta no se encerraba en ningún santuario: su templo era la naturaleza entera, su Dios era el del Cristo al mismo tiempo que el de Buda. En el punto en que concluye la percepción de la inteligencia para nosotros, empezaba para su imaginación un cosmos lleno de visiones sublimes, los fantasmas de los cuales comunicaban á su genio una fuerza incomparable para elevar y ennoblecer la visión de la vida. Aun los menos dispuestos á entregarnos á esas embriagueces, debemos al bardo de que os hablo muchas horas de letargo delicioso en que se olvida el dolor de la vida y en que las miserias de la realidad se velan con vapores fúlgidos. Todas las generaciones jóvenes y de adolescentes de la segunda mitad del siglo recién pasado le deben á Hugo lo mejor de sus generosos arrebatos y de sus abnegaciones sublimes. Sus libros, sus versos lo mismo que su prosa, han hecho, aun para los no creyentes, el papel de evangelios fortificantes, que daban á todas las buenas causas de que el servicio del bien y de la verdad dependen, un resplandor de belleza y una inspiración de entusiasmo capaces de formar, como lo han formado, una religión nueva: la que consiste en buscar la verdad, en practicar la justicia, en querer la libertad, en procurar el progreso, en sentir por el universo una piedad profunda y en sumergirse en las traiciones de la vida lo mismo que en las emboscadas de la muerte con la frente alta, sin

pedirle á lo infinito su secreto, como gladiador vencido que no saludara al César caprichoso al al caer á sus pies, sobre la arena; no como rebeldes frente á la causa incógnita del universo, sino como soldados que para cumplir la consigna del deber no aguardan que el director de la guerra les revele la secreta intención de la batalla.

Ser el primer poeta lírico del mundo, y en mi concepto, el primer poeta lírico de la historia; haber producido en el teatro y en la novela creaciones singulares por la potencia imaginativa que revelan y por detalles de una hermosura sin rival; haber dicho en la tribuna frases de una elocuencia soberana; haber escrito cincuenta volúmenes de inspiración excelsa,—todo esto forma sólo á mis ojos el tema de los relieves que han de esculpirse en el pedestal de la columna. Vivió y murió como poeta: esta es su grandeza característica. Enseñó con su ejemplo, no sólo el arte de ser abuelo, sino el de ser padre, el de ser esposo, el de ser ciudadano, el de ser patriota, el de ser hombre; pues no fué sólo ciudadano de su país: fué como Sócrates, ciudadano del mundo. No huho en la Olímpica antigüedad griega poeta caballero sobre el *Pegaso* que llegase con tan magestuosa marcha ó tan furiosa carrera á la altura del Pindo. Su vocabulario, su fraseo, sus juegos de luz y de sombra, sus prodigios de pintura, la grandeza escultural de sus imágenes, la arquitectura, ya clásica, ya gótica, ya bizantina, de su obra, encierran enorme materia de estudio para los aficionados á tratar el pensamiento como tratan los naturalistas los insectos, á disecar las ideas, á rellenar con la pa-

ja de sus comentarios las frases muertas de los grandes hombres. Enrique Heine, el crítico de más talento que ha habido seguramente en el mundo, encontraba que carecía de gracia y de buen gusto. Hay pasajes de su obra, sin embargo, de una delicadeza exquisita, de una sobriedad suprema, de una ternura emocionada á que nada puede compararse sin sacrilegio, y como otro crítico, inferior á Heine en el genio, pero superior en la perspicacia,, el inolvidable Saint-Beuve, lo hizo notar alguna vez, había en Hugo un león regio y poderoso, cuyo rugido sorprendente sonaba de pronto en su obra más mezquina, y al rey de la selva no es dable pedirle los suaves movimientos que en seres más humildes nos encantan: es indiscutible que si sus *Castigos* son dignos de Juvenal, hay pasajes de sus novelas y de sus versos,—algunos de los dedicados á la muerte de su hija, por ejemplo, de una ternura penetrante, como dichos por una voz que velan las lágrimas; hay hechiceros movimientos de niño en algunos juegos de su ingenio; todo, en fin, menos la gracia desvergonzada, el cinismo desnudo, ó la voluptuosidad latente. Decía Alejandro Dumas hijo, que él no podía encerrar el arte en los límites de lo que una niña de 15 años no podía ver ú oir sin ruborizarse; Víctor Hugo encerró el suyo,—que comparado con el de Dumas, es como el Himalaya junto á la colina de Montmartre—dentro de esos límites estrechos. Fué casto como Virgilio, grandioso como Esquilo, sombrío como Dante, suave como Teócrito, desmesurado como Shakespeare, fecundo como Lope de Vega, titánicamente infantil como Homero.

Su canto fué ya como el de órgano sonoro en Catedral inmensa, ya como el de flauta cristalina que se oyera á la media noche entre las olas del océano, ya como el de la guzla enamorada junto á morisco alcázar, ya como el de trompa de guerra en la batalla; pero siempre fué casto y puro. El león, el águila, el océano desgreñado por la tormenta, el bosque lleno de misterios, la montaña que rompe las nubes con la cresta, el torrente coronado de iris, el volcán con entrañas de fuego y penacho de humo, son las imágenes con que es lógico que nos representemos su genio uraño, extraordinario y rugiente; pero á través de aquellos arrebatos y convulsiones nos parece oír siempre una mujer que llora ó un niño que canta y que se imponen como las primeras figuras del cuadro prodigioso que nuestra imaginación y la del poeta trazan de consuno; un mar encrespado que tiende la espalda dócilmente á la barca del pescador humilde, una avalancha que se detiene de súbito para no arrastrar á la destrucción un insecto, una llama que no consiente en quemar el ala de una mariposa: he aquí las visiones que complacían á Víctor Hugo. Su musa ha sollozado con patética grandeza junto á todas las tristezas de la vida. Los débiles, los desesperados, los humildes, los oscuros eran, por decirlo así, tomados en los brazos y calentados junto al seno de la egregia hija de Apolo que estaba siempre cerca de él.

No retrata á la mujer perdida, Fantina, ó al borracho, Grantaire, para que se admire su habilidad de pintor, como lo harían otros grandes escritores de nuestro tiempo, sino para arrancar á las entrañas del género humano un

sollozo convulsivo. Va, en la historia del pensamiento, detrás de Cristo, con la lira en la mano, traduciendo á la lengua del arte las frases divinas de la misericordia infinita. Ha entusiasmado; pero, sobre todo, ha conmovido. Ante su genio, la historia admira: ante su ternura, la historia bendice y adora. "Yo no quería ser un grande hombre, ni un hombre poderoso.—decía él sollozando en sus versos, cuando la muerte de su hija:—yo no quería ser sino un hombre oscuro que pasa por el camino de la vida llevando á su niña de la mano:" así ha quedado para siempre su imagen en el alcázar de la gloria.

POR ESPAÑA

Discurso pronunciado en la velada que se verificó el 3 de noviembre de 1907, en el Teatro Nacional, á beneficio de los damnificados por las inundaciones en España.

El Ateneo de Costa Rica me encarga de traer á esta fiesta, que es un homenaje de piedad y una prenda de fraternal amor, el testimonio de su concurso, y yo me enorgullezco de ser el heraldo portador de su mensaje. La hermosura femenina, que aquí resplandece, y las galas del arte bello, que van á hechizar nuestro pensamiento, pueden contarse, de seguro, entre los grandes encantos de la vida. El deleite del arte no parece, por su carácter ideal, propio de la vida que conocemos, sino de otra que la fantasía vislumbra; su idioma, por lo mismo que indeciso y vago, se diría de la región de la quimera, de los paraísos del ensueño. El arte es un cielo que se comunica con la vida y que nos hace soñar en otro que se comunica con la muerte; con los ímpetus

que nos producen la poesía y la música, la inteligencia parece pronta á escapar de la cárcel oscura y fría en que vive como desterrada y opresa; y la mujer bella completa, con su presencia, la ilusión sublime de que estamos en un mundo mejor que el que nos es habitual, ya que ella luce como un ángel cautivo que nos acompaña; por eso, para muchos, la vida se concentra en esos dos conceptos: la mujer y el arte: lo bello que vive y lo bello que se sueña, y uno de los títulos de gloria del siglo resplandeciente que acaba de extinguirse es que sus maquinarias múltiples y sus empresas industriales y mercantiles prodigiosas no hicieron que se descuidase la conservación del fuego de Vesta del entusiasmo estético. Nunca esa maravilla compleja, que se llama por italiano bautizo, la ópera, y en que la poesía y la música se enlazan en intimidad tan hechicera, se dió en los prodigios de desempeño como en ese siglo, que casi puede llamarse, por eso, su inventor verdadero; nunca los detalles de la pintura, sus recursos maravillosos y las formas de sus exquisitas variantes alcanzaron tan eximio desenvolvimiento; la poesía tuvo nuevos ecos, y precisa reconocer que la variedad de sus instrumentaciones, por decirlo así, y su penetración, más íntima que nunca fué antes, en los abismos del pensamiento y en los misterios de la naturaleza, hicieron de ella un arte como nuevo, como si una musa, antes no conocida, hubiera llegado á aumentar el coro memorable de las nueve, y á pedir nuevos compases á la batuta del divino Apolo. No ha mucho que, en la inauguración del Ateneo, tuve la oportunidad de decir á un público que, en buena

parte al menos, es el mismo que me dispensa en estos momentos la merced de su atención, mi reverencia y mi entusiasmo por el arte bello, que deja caer sobre la naturaleza y el pensamiento un manto de esplendores: especie de Tabor en que lo humano se transfigura y resplandece como con luz junto á la cual se diría noche la de los soles del espacio.

Pero la devoción á estas ideas, que no vacilo en confesar por mi parte, ha producido fanatismos lastimosos. Urge protestar contra cierto paganismo hoy existente que exalta con tendencias inadmisibles los delirios imaginativos hasta consecuencias que tienen que considerarse, después de bien pesadas, como lastimosas. La vida ha llegado á concentrarse para muchos en estos dos conceptos: la mujer bella y el arte bello, y ello envuelve una religión de la forma que puede colocar veneno en todas las fuentes de la vida. Vosotras valéis mucho más porque sois buenas que porque sois bellas, y no hay obras de artista alguno que puedan compararse en hermosura con las que llama un catecismo de la doctrina cristiana,—ese libro, el más humilde de todos,—las obras de misericordia: esas son las verdaderas cúspides de la vida: lo más elevado y lo más bello que puede pensarse y que puede realizarse en el mundo. Levantar al caído, consolar al triste, dar arrimo á quien lo ha menester: la poesía no tiene sueños de mayor altura: en esa esfera de las emociones y de las ideas lo humano llega al colmo de su grandeza. Emancipar esclavos, hacer hogar al huérfano, ir tras el desvalido que vaga en la noche del desamparo y traerlo al calor de la hospita-

lidad, preparar para el enfermo el lecho del alivio, tomar la mano que estaba fría y calentarla entre las nuestras, abrir para los ciegos de la ignorancia la escuela de primeras letras, honrar al trabajador humilde, acordarse de que los que sufren son nuestros hermanos y hacérselos sentir: eso quiere decir el cristianismo; la paz del mundo, eso reconocemos al colocar sobre los tronos de nuestra soberbia la cruz del Gólgota; eso es lo que hace veinte siglos pugna, por una parte, con la hipocresía, y la religión de la forma, por otra, con la concupiscencia y con la ira: eso es lo que labora para que la familia humana esparcida sobre el planeta, se una, al cabo, bajo la cúpula del cielo, en el concierto de la amistad definitiva, de la excelcitud del trabajo honrado, del imperio de la razón sobre las pasiones. Este teatro es, por ello, ahora un templo: el del acercamiento humano, el de la mansedumbre, el de la mano extendida hacia el que implora, el de los corazones abiertos al llamamiento de la pena, el de la fraternidad humana, el de la piedad: eso y la pureza adoráis, en esencia, vosotras cuando en la media luz de la capilla levantáis el pensamiento á lo alto, llamando á María rosa del cielo, consuelo de los afligidos, madre inmaculada y reina de los pecadores.

Tengo la dicha de no ser de los que miran con aversión ó con antipatía raza ni grupo alguno de los hombres. Puedo repetir con sinceridad perfecta la frase memorable del escritor latino acerca del asunto. Ello no estorba que por español me tenga, y si el azar de las disputas políticas ha roto en pedazos la familia, en cuanto á la ficción,—que ello no es otra co-

sa, en el fondo, de lo que se llama las nacionalidades,—la voz de la naturaleza, más poderosa que todas las ficciones, me llama, con llamamiento ineludible, á las dichas y á los dolores de la casa. Por eso no era posible que guardara silencio en este acto, en el que venimos á decir: ¡Oh España! aquí estamos, aquí nos tienes, no á socorrerte de veras, que á tanto no alcanzamos, sino á tomar nuestra parte de tu pena, á hacer nuestro también tu quebranto, á comulgar contigo en la santa comunión de la tristeza; á que sepas que en tu mitad de la América, todo corazón generoso quiere impartir calor á tus manos ateridas, que en toda ella tiene eco el dolor de tus madres tristes y de tus huérfanos desolados: que ella daría con entusiasmo todas las flores de sus pensiles inmensos para cubrir las tumbas de tus muertos. Bien sé que no alcanzo á decir lo que todos quisiérais; dígalo el latido de tanto pecho de ángel, el fulgor de tanta mirada estelar que aquí palpita ó brilla; dígalo la música con su lengua, por inarticulada, precisamente, más que toda humana palabra poderosa; un pueblo entero, de los que tú sembraste de este lado del mar, te envía, no de corte á corte, como hace la diplomacia, sino de corazón á corazón, el mensaje de simpatía y de ternura que á tu pena corresponde. El rey ha muerto,—se decía en la antigua monarquía francesa al exaltar al trono el nuevo soberano,—¡viva el Rey! En España se muere hoy de dolor; señoras y señores: ¡viva España!

EL SERMON DEL ABISMO

Se afecta mucho desdén, lo mismo en Norte América que en Europa, hacia el estado social de la América latina; pero en ello pasa lo que con nuestros temblores de tierra: de pronto *tembló* en San Francisco de California con las consecuencias que todos saben. De *temblores* sociales no está menos amenazada aquella opulenta y altiva sociedad de Norte América: los de Europa suelen ser terribles.

El caso general es que la sociedad está mal hecha,—como por instinto y á ciegas: hay que rehacerla con los ojos abierros. El bellísimo sermón de Jesús, llamado de *la montaña* daba, de antemano, el remedio para el mal,—pero como las soberbias del egoísmo han estorbado su trascendencia práctica,—ruge ahora otro en los abismos de la miseria á que es bueno que la civilización actual,—ó será volada en pavesas, ponga atento oído.

Lo peor, es que, por miedo á las muchedumbres ignaras, se aceptan por las clases

conservadoras remedios que no lo son, pero que satisfacen la vanidad de los inconscientes, —*con daño para todos*. Dos ejemplos bastan: lo que se llama el *sufragio universal*, y lo que se llama el *juicio por jurados*. Mayores desatinos no puede soñarlos la demencia.

Se fundan ambos en que una *función* social no es como una *función* orgánica,—que necesita *órganos* adecuados para su desempeño: quieren poner á respirar el estómago,— éste es el caso.

El jurado hizo aquí, en su corta historia, disparates monumentales: los señores del radicalismo inconsciente contestan que las Cortes de Justicia los hacen también, lo cual,—aun cuando fuera estrictamente cierto,—nada demostraría. Necesitamos *juicio oral y público*, en lo civil como en lo penal, con una sola instancia de tribunál colegiado,—cada uno de los cuales tenga á un lado un juez instructor que prepare la sesión solemne del asunto, y un Procurador de la República, que represente de veras en todos, el ministerio de la ley, bajo la jefatura del Abogado de ella, á la Sala de Casación adscrito. Eso y la *inamovilidad judicial*, entrándose en la carrera por *oposición*,— en lo intelectual, y después de *información* bastante, en lo moral;—no pudiendo perderse el puesto sino en virtud de *expediente* bien hecho, y ascendiéndose según antigüedad de buen servicio. Los detalles en que, á propósito de esta materia no me ocupo, los reglamenta cualquiera, porque la esencia en todos las cosas es, en realidad, lo que importa. Las sentencias con *resultandos* y *considerandos*, no *ukases* como los antiguos del jurado.

Nada de sufragio universal para constituir la Jefatura del Estado: un sistema análogo al francés, que es hasta el presente el menos malo que se conoce, y que los EE. UU. acabarán por adoptar. Dado lo que hay en la actualidad, he opinado por el sufragio para las gobernaciones y jefaturas políticas; pero si se cambia todo, el sufragio debe sólo quedar para las autoridades municipales y con *ponderación del voto* en virtud de método semejante al famoso de Bélgica, y dando á las mujeres como á los extranjeros que tengan propiedades en la localidad, intervención en el asunto.

Y sobre todo,—nada de omnipotencias. Carreras administrativas bien organizadas, con oposición ú la entrada, y ascenso por antigüedad de buen servicio, y pérdida del puesto sólo en virtud de juicio contradictorio. Indultos y gracias parciales al poder judicial;—que aplique ley bien reglamentada en la materia. Milicia nacional con servicio de todos, bien reglamentado también, con preparación en la escuela de párvulos, y con *Estado Mayor* competente á la cabeza, Instrucción elemental obligatoria que *eduque* al país, y libertad de imprenta bien entendida,—sin insultos,—y sin acusaciones que no pueda justificar el escritor.

Es claro que trato estos puntos á la ligera, —y en resumen.

Porque lo principal no es eso. Lo principal es que no haya desheredados en el mundo. Eso es lo que significa el cristianismo,—no ceremonias paganas y adoración de forma, y salmodías y otros embelecos.

No es sueño de dementes el llevar con abundancia aire puro y agua limpia á todas

partes; no lo es el tener en cada barrio una escuela que sea un taller y una gimnástica para hacer hombres, con libro de lectura que sea un compendio y un evangelio de la vida; no lo es la organización de la vida pública,—buscando y ayudando la acción individual,—y suprimiendo la mendicidad vagabunda y asquerosa; no lo es el arbitraje para las disputas del capital con el trabajo; no lo es el auxilio para el trabajador, que ya no puede trabajar y el montepío para sus hijos: Cristianismo vívido, y democracia vívida: con eso tiene el mundo para su remedio.

Hay algo que se ha acercado á eso,—aunque la adoración al *dollar omnipotente* acabó por podrirlo: la primitiva república norteamericana, "La flor de Mayo," aquella lectura del Evangelio en el hogar honrado y limpio, aquellas predicaciones amorosas, aquellas nobles batallas por la independencia, aquellos primeros días de la república sincera: ello parece, entre las páginas de la historia como las flores de durable perfume que las niñas guardan entre las de sus libros preferidos. En ningún otro espacio del planeta,..por otra parte,—se ha emancipado el trabajo de servidumbres y vilezas, se han coronado con su derecho las plebes, se han roto iniquidades, se han evaporado privilegios, se han alumbrado supersticiones sociales, se han deshecho preocupaciones fraticidas, se han edificado solios altos para la libertad y el derecho como en esa tierra en que se meció la cuna de Wáshington y Lincoln,—los dos hombres de mayor estatura moral que han estado al frente de un Imperio. De allí puede salir, en condiciones que no se dan en ningún

otro suelo la sociedad racional humana que el mundo está en dolores de alumbramiento para producir en lo futuro. Sus tradiciones están lo mismo que sus banderas: colmadas de estrellas.

Uno de los pensadores más originales y poderosos del siglo XIX hizo observar que Napoleón I, lejos de haber trocado en humo, como muchos suponen, la *revolución francesa*, la había extendido por el mundo en uno de sus trascendentales conceptos, porque cada soldado de su ejército llevaba implícitamente en su mochila, no como quiera un bastón de mariscal, sino, á las veces, una corona de monarca. Algo semejante significan los EE. UU.: en ninguna otra parte ha sido tan fecunda y enérgica la igualdad de las hombres para luchar por la vida, según sus condiciones personales, sin rango hereditario.

Pero, con el culto del oro, eso en buena parte se ha podrido,—no faltará quien diga. La progaganda intensa é incansable puede volverlo á hacer. Hizo la palabra la caridad y el idealismo cristianos cuando la sensualidad y el egoísmo habían llegado al máximun de sus energías, fletó buques para descubrir la América cuando la superstición tenía por dogma que nuestra Tierra era cuadrada, deshizo el feudalismo, deshizo la monarquía absoluta, rompió la picota, rompió el potro del tormento, rompió la cadena de las rasas esclavas, sacó de la servidumbre á la mujer, sacó á la ciencia del escondite en que se guarecía temblorosa; ha desmontado, piedra por piedra, á veces de un golpe, en conmoción, súbita los alcázares de la mentira y sus fortalezas formidables; ha bajado

á los antros y ha subido á los empíreos: ha llenado el mundo,—lo posée: nada es poderoso contra ella. Penetra hasta en los huesos de las iniquidades y los carcome: es un céfiro que se trueca fácilmente en vendabal. ¿Qué es la pólvora? Un poco de polvo negro; ponedla en las entrañas del granito, y vereís como las desmenuza: la palabra, más poderosa mil veces que la polvora, reduce á fragmentos todo cuanto se le opone.

El derecho es la filosofía social: la palabra lo trae. Como la geología es la historia: como la formación del planeta ha sido la de la varia, evolutiva sociedad humana: terrenos de aluvión, ó bien terrenos ígneos; ideas acarreadas por el lento correr de los sucesos junto á otras que son como lavas frías y endurecidas de erupciones revolucionarias; capas de piedra que marcan las edades del globo, y capas de sentimientos y costumbres que indican el itinerario del progreso; sedimentos de materia inerte, ó de la sustancia del pensamiento, reunidos y cuajados en larguísimo tiempo; filtraciones que producen grutas maravillosas en que las estalactitas fulguran, ó prodigios del arte humano en que las fantasías resplandecen el diamante, el rubí y la esmeralda que se cristalizan, ó los principios que se constituyen; las venas del oro precioso, del hierro fuerte, del carbón utilísimo en reserva para el explorador entendido y para el obrero infatigable, ó las minas de los recuerdos interesantes, de los documentos elocuentos, como dormidos, esperando la evocación del sabio; las especies de la flora y de la fauna, á cada nueva etapa más complicadas, y al mismo tiempo mejor consti-

tuidas, y por idéntico proceso, las especies de la moral y del derecho, los grupos de las instituciones y de los hábitos, á cada nueva era más complejos y á la vez más consistentes y robustos; y el planeta, que fué pedazo de nebulosa y materia en fusión, tras masa de vapores.—sólido, fuerte, organizado, como animal inmenso, como obra de arte, al cabo, salida del taller de lo infinito, moviéndose majestuoso en su órbita, como nota de las armonías del espacio encendido é iluminador. por el reflejo de la luz sidérea, que cae en torrentes de esplendor sobre sus flancos,—lo mismo que la sociedad humana, salvaje primero, bárbara después, buscando su paso entre las sombras, vadeando tímida y vacilante el obstáculo,—ahora en segura senda hacia la perfección que apetece, dirigiéndose con bien sentado paso á la realización de sus anhelos, alumbrada por el rayo de sus ideales, que son como soles, que son como estrellas fijas en los espacios cuasi infinitos de su pensamiento,

La inteligencia humana,—aunque designándola por atributos que no corresponden á conceptos definibles tales como infinita y eterna,—afirma muy generalmente la existencia de una primera causa,—lo que se llama Dios, —y dada su propia naturaleza inmaterial,—ya que el pensamiento no puede pesarse ni medirse y vence hasta cierto punto las leyes del tiempo y el espacio,—supone posible una existencia personal ultramundana.

Tales conceptos vagos no han sido hasta ahora fecundos para la dicha de la especie.

Otra controversia de hoy es la referente á la responsabilidad humana. Parecemos como

productos de la raza, de la familia, del medio ambiente, de las circunstancias que nos rodean. Pero es indudable que la educación, —no la de la escuela,—ni aun la del hogar; sino la del influjo de todo cuanto nos rodea, modifica, en la inmensa mayoría de los casos, al individuo humano.

La fraternidad es la panacea de los males sociales. La propaganda que la sirve acabará por triunfar. La palabra es casi omnipotente: pinta, esculpe, da carne y huesos á la idea.

Una generación nueva puede cambiar el mundo.

Aprendí en una guerra llena de escaseces, —escasos de pólvora inclusive,—la de Cuba en 1868, una lección que no he olvidado Estábamos casi sin ropas y en un invierno ingrato, viviendo en región montañosa, donde el frío de las noches era un tormento casi insoportable: descubrimos entonces que estendidos sobre la dura tierra, espalda desnuda contra espalda desnuda, cada uno de nosotros era un foco de delicioso calor para su compañero: si eso hacían las espaldas ¿qué será, - hombres de poca fé, —cuando lo que pongaís, apretados y vibrantes, en comunión sincera, el uno junto al otro, sean vuestros propios corazones?....

Posea, ó no, un espíritu inmortal, el hombre encuentra su dicha más alta en los placeres intelectuales y morales, —y antes que en lo que á lo individual se refiere, en los impulsos y satisfacciones de la vida social. La promesa de un sólo premio basta para impulsarlo al máximun de sus esfuerzos: la corona de laurel - la única diadema del orgullo humano que no ha rodado por el polvo al soplo de la revo-

lución moderna: la primera de todas las coronas, —inferior sólo al menos á la del martirio, —á la del perfecto amor humano: inferior sólo, al menos, á la corona de espinas manchadas de sangre, que hace veinte siglos, la humanidad entera adora de rodillas.

INDICE